DOSSIER

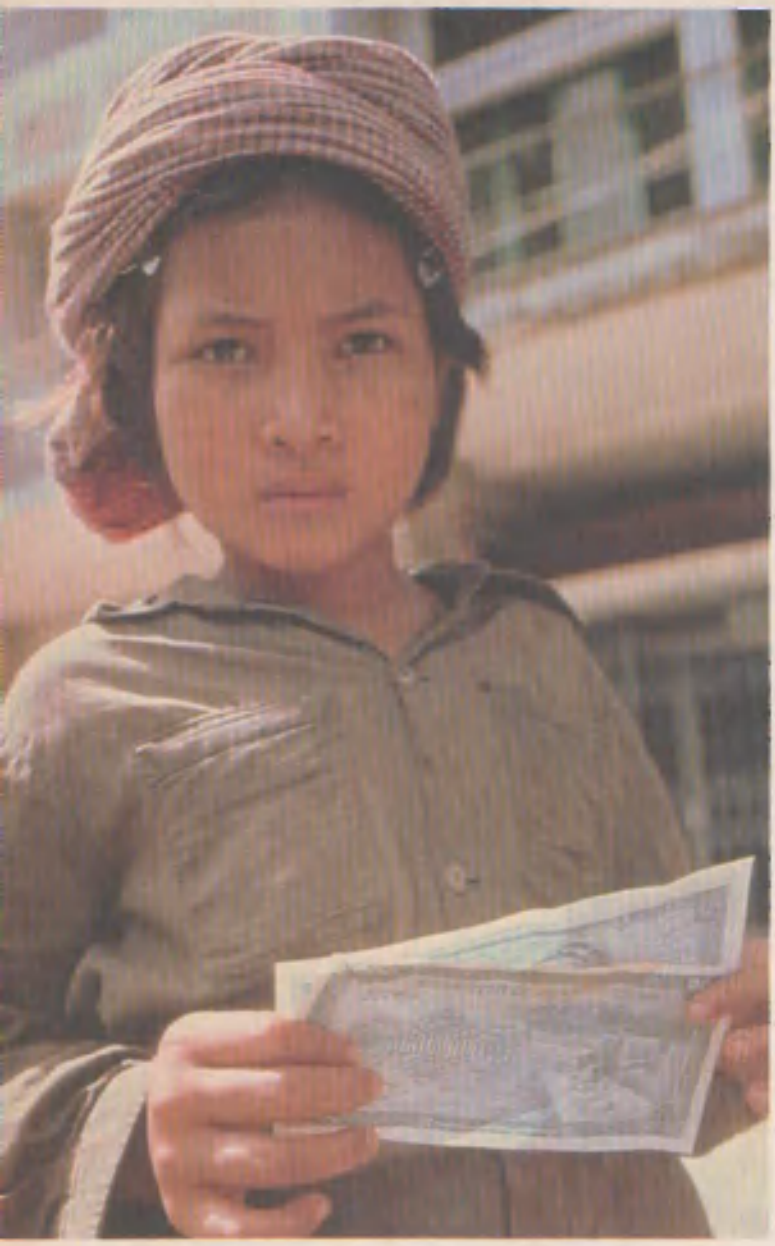
NAM TESTIMONIOS

TESTIMONIO CAMBOYANO 20

LO QUE FUE EL INFIERNO DE LA KAMPUCHEA DE POL POT, POR SOMETH MAY

H.SANABRIA

PLANETA-AGOSTINI



DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 20 - Testimonio camboyano

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

Introducción del Editor

Cuando los Khmer rojos entraron victoriosos en Phnom Pehn el 17 de abril de 1975, la familia de Someth May estaba compuesta por 14 personas. Cuatro años más tarde, cuando la invasión vietnamita acabó con el reinado del terror de Pol Pot, sólo cuatro de estas personas quedaban con vida. *Testimonio camboyano* es un documento de este horrendo capítulo de la historia de Camboya, un documento obstinadamente humanista, nacido de un régimen espantosamente inhumano.

El libro fue comenzado, después de una sugerencia realizada por James Fenton, escritor del *New Statesment*, mientras Someth esperaba en el campo de refugiados Khao-i-Dang el momento de volar hacia EE.UU. para iniciar una nueva vida libre del miedo. Completado mientras estudiaba en Inglaterra, *Testimonio camboyano* capta la constante sensación de desesperanza que se vivía en un campo de trabajo de los Khmer rojos, un lugar donde los niños eran alentados para que denunciaran a sus propios padres, y la muerte llegaba de un modo tan natural como la leche de cada mañana.

Cuando el ejército de Lon Nol se derrumba bajo el fanático fervor de los Khmer rojos, Camboya es virtualmente confiscada. Las ciudades son evacuadas, las personas instruidas son fusiladas y el dinero es abolido mientras Pol Pot realiza su sueño de construir una sociedad agraria cruelmente simplificada. Para el pueblo camboyano ese sueño se convirtió en una pesadilla.

La supervivencia es un esfuerzo diario de voluntad mientras Someth lucha para eliminar cualquier rastro de su educación y se arriesga con el estado de ánimo traicionero y caprichoso de los Khmer rojos. El hambre es el único pan seguro de cada día y la salvación de la crueldad indiscriminada de los Khmer rojos parece la más débil de la posibilidades.

Sobrevivir en esta sociedad que se ha vuelto loca exige suerte y una férrea determinación y, aún así, solamente la huida de esta tierra devastada puede proporcionar un alivio reparador. La historia de Someth se desarrolla en los límites del sufrimiento humano *Testimonio camboyano* recoge este viaje a través de la locura con una cordura que sólo podía ser conseguida por alguien que realmente hubiera pasado por esta pesadilla.

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Mayo 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

TESTIMONIO CAMBOYANO

SOMETH MAY

Introducción 3

Capítulo 1
La locura de la guerra 9

Capítulo 2
Mi padre 31

Capítulo 3
Todos mis hermanos 57

Capítulo 4
La venganza 82

Capítulo 5
Bailando para los Khmer rojos 106

REX FEATURES

INTRODUCCION

Pocó antes de la Navidad de 1979, en una época en que los informes sobre el hambre en Camboya habían adquirido un carácter siniestro y las estaciones y pasos subterráneos de Londres estaban llenos de grupos que entonaban villancicos para recaudar fondos, recibí una carta enviada por la Organización de búsqueda de personas de la Cruz Roja en Bangkok a «The News Statesment, London WC1». «Estimado Mr. James Martin Fenton —comenzaba la carta—, a duras penas puedo decirle que he sido capaz de vivir hasta ahora.»

El autor, Someth May, continuaba la carta preguntándome amablemente por la salud de mi familia antes de contarme los padecimientos que había sufrido. Su padre, dos de sus hermanas, tres de sus hermanos y su cuñado habían perecido bajo el régimen de los Khmer rojos. Ahora estaba viviendo en un campo de refugiados en la frontera entre Camboya y Tailandia y se preguntaba si yo podía conseguirle algún trabajo de oficina. «Ahora soy libre —escribía— y sobre todo soy muy pobre.»

El hecho de que esta carta hubiera podido llegar a mis manos me produjo una profunda satisfacción y un alivio igualmente profundo. Cualquier extranjero que haya trabajado en Camboya antes de que se produjera la victoria de los Khmer rojos en 1975 seguramente dejó buenos amigos en aquel país. Todos nosotros seguimos con horror y desesperanza las noticias sobre los acontecimientos que tenían lugar en aquella zona del planeta. Luego, en 1979, los vietnamitas invadieron el país y derrotaron rápidamente —o parecieron derrotar— a los Khmer rojos, y en los meses siguientes gran número de personas que habían sufrido terriblemente durante los cuatro años y medio previos decidieron escapar al exilio.

No obstante, yo pensaba que era muy poco probable que pudiese volver a ver a alguno de mis amigos camboyanos. Es verdad que yo había oído que Dith Pran (el héroe de la película de Roland Joffe *Los campos del silencio*) se las había arreglado para ponerse en contacto con su antiguo jefe, Sydney Schanberg, del *New York Times*. Aunque era una noticia maravillosa, no fue suficiente para convencerme de que hubiese demasiadas esperanzas para mis amigos. Pran, una figura muy respetada, era conocido como el mejor fotógrafo del cuerpo de prensa camboyano. Si había alguien que podía sobrevivir a los Khmer rojos, era Pran.

Entre los periodistas que no sobrevivieron al nuevo régimen hubo uno que, en los primeros días que siguieron a la victoria Khmer, confesó voluntariamente haber tomado fotografías para una agencia occidental. Su honestidad fue recompensada con el fusilamiento.

Algunos de los periodistas camboyanos que fueron considerados más tarde como personas contaminadas por sus contactos con organizaciones extranjeras tuvieron la posibilidad de huir de Phnom Pehn antes de la caída de la ciudad. No todos ellos aceptaron la oferta (del mismo modo, muy pocos miembros del ganibete de Lon Nol o del alto mando decidieron salir del país) y, por lo que yo sé, no se les insistió demasiado para que lo hicieran. Yo mismo debo reconocer que convencí a un amigo para que permaneciera en Camboya, creyendo honestamente que no le esperaba un futuro decente en un país extranjero. La evacuación norteamericana de Phnom Pehn no tuvo nada que ver con el pánico masivo que caracterizó el abandono de Saigón. Algunas personas anticipaban el desastre, pero gran parte de la opinión pública sostenía que el fin de la guerra sería un alivio para todos.

La asociación de prensa camboyana fue una institución extremadamente excéntrica y amistosa durante el período al que hago referencia, el «Intervalo decente» entre los acuerdos de paz de París de 1973, que pusieron punto final a la intervención militar norteamericana directa y el colapso del estado caliente en 1975. Nos encontrábamos todas las mañanas y todas las tardes en el Groaning Table Restaurant y Cocktail Lounge, para lo que se llamaba «las instrucciones». Las instrucciones no guardaban ninguna parecido con las más famosas «locuras de las cinco de la tarde» en Saigón. De hecho, si no sabías dónde buscar las noticias, podías perderte todo lo que estaba pasando. Porque «las instrucciones» eran simplemente un trozo de papel que emanaba de la oficina del general Am Rong y se fijaba con una chincheta en un tablón de anuncios

El Groaning Table Restaurant y Cocktail Lounge era uno de los sitios preferidos del trabajo de Am Rong. Un rótulo vistoso del restaurante estaba clavado en una cabaña situada en el perímetro de sus oficinas, donde la cocina proveía de comida y bebida gratis para el general y sus ayudantes. Había también una hermosa higuera de Bengala. Los periodistas nos sentábamos debajo de unos toldos a un grupo de mesas y pedíamos huevos al plato con jamón y café helado con leche evaporada La mesa central estaba reservada para los occidentales, quienes se pasaban alrededor de una hora tomando el desayuno.

Cuando no estaba sirviendo al cuerpo de prensa, Someth estudiaba ciencias naturales y, en 1974, el último año del régimen

de Lon Nol, comenzó un curso de medicina en la universidad. Someth y yo hicimos un trato: él intentaría enseñarme el idioma camboyano a cambio de que yo corrigiera sus ejercicios en inglés. Trabajando de forma independiente, y viviendo muy modestamente, yo no podía permitirme el lujo de tener un intérprete a jornada completa, de modo que este trato informal era muy útil para mí. El trato con Someth duró hasta abril de 1975, cuando la capital comenzó a caer en manos de los Khmer rojos y me vi obligado a abandonar el país.

Después de recibir la primera carta de Someth en 1979, perdimos el contacto durante algún tiempo, hasta que apareció en la zona tailandesa de la frontera, en el campo de refugiados de Khao-i-Dang. Fue allí donde yo me dirigí para arreglar su traslado a Occidente. No hay necesidad de decir que el estudiante siempre sonriente y servicial que yo había conocido había cambiado enormemente en esos años. Sus dientes delanteros habían sido destrozados y las arrugas de su cara mostraban tensión, miedo y ansiedad permanentes. Cuando queríamos hablar, dábamos un paseo por el enorme campo y él me mostraba el lugar donde los contrabandistas eran fusilados y me confesaba el miedo que sentían todos los refugiados, que estaban a merced de los soldados tailandeses cuando, cada noche, los miembros de la ONU abandonaban el campo.

Khao-i-Dang era, a la vez, una ciudad y una prisión. Las autoridades tailandesas se afanaban por no hacerlo tan atractivo y, de ese modo, impedir la llegada de más inmigrantes ilegales (que era el nombre que recibían los refugiados). El aprendizaje del inglés, por ejemplo, estaba oficialmente prohibido, ya que ello daría la impresión de que cada uno de los inmigrantes ilegales estaba destinado a EE.UU. Los mercados informales eran cerrados regularmente. Los oficiales de ayuda y la embajada norteamericana operaban con tacto y extremada precaución. Según los tailandeses, todos los refugiados camboyanos podían ser obligados a regresar a Camboya y enfrentarse a las armas de los ocupantes vietnamitas. No se trataba sólo de una amenaza. Muchos camboyanos ya habían perdido sus vidas de este modo. Tailandeses y vietnamitas son enemigos tradicionales de los camboyanos, así que nadie en el campo se sentía seguro.

Someth y su familia fueron aceptados por EE.UU., pero entre la aceptación formal y la salida del país había una larga demora, y el increíble tedio del campo de refugiados. Recuerdo haber señalado que muchos de los refugiados habían plantado pequeños jardines junto a sus cabañas y sugerido que ello podía constituir una distracción. Someth me contestó discretamente —pero con firmeza— que, habiendo pasado los últimos años trabajando como un esclavo en el campo, lo último que deseaba hacer era cultivar vegetales. De modo que le sugerí que comenzara a escribir sus memorias.

Es probable que, en muchas de las familias que lograron escapar de Camboya, alguien haya tenido la iniciativa de escribir sus experiencias. Pero, aunque ha habido varios libros sobre los Khmer rojos escritos por occidentales, muy poco de esa historia ha sido contada por los propios camboyanos que la sufrieron. Someth piensa que los mejores escritores camboyanos deben de haber sido asesinados. Hay otras razones. La autobiografía, una tradición largamente establecida en Occidente, no es un arte especialmente familiar en Camboya. Para Someth, a veces es sorprendente que alguien le pida que dé detalles de una vida cotidiana que para un occidental puede resultar exótica, aunque para el autor no son más que detalles normales.

Y hay otra razón por la que los relatos satisfactorios sobre ese período son muy escasos: la traumática naturaleza de la propia experiencia. Para describir la naturaleza de la vida bajo el régimen de los Khmer rojos en la clase de detalle que podría comenzar a satisfacer el horror de nuestra curiosidad, alguien debe estar preparado para *revivir* esa experiencia en su imaginación. Someth comenzó esta tarea en Khao-i-Dang y la continuó mientras trabajaba como conserje en el *Washington Post*. Durante los últimos años ha estado estudiando en Inglaterra. Habiéndole observado mientras trabajaba duramente en sucesivos borradores, me he preguntado a veces si el dolor de ese esfuerzo no ha sido demasiado grande. Ha supuesto para él muchas noches en blanco y terribles sufrimientos.

Podríamos haber recurrido a otros procedimientos menos traumáticos —una grabadora y un «negro» que escribiera la historia—, como lo hacen los políticos que están muy ocupados y las estrellas de cine. Pero para hacerle justicia a la experiencia, era necesario que Someth aprendiera inglés y también el arte de escribir simultáneamente. En los borradores intermedios recibió la ayuda de Nicola Richards en gramática y expresión, y sólo fue en la última etapa cuando yo intervine directamente para rehacer el ya rico material. Ha sido una experiencia feliz a la vez que desgarradora, y estoy convencido de que solamente este método podría haber garantizado la singular calidad de las páginas que siguen.

JAMES FENTON, enero de 1986.

ARRIBA: *Víctima de un bombardeo de los Khmer rojos sobre Phnom Penh.* DERECHA: *Las inocentes alegrías de la niñez serían arrojadas pronto en las fauces insaciables de la guerra: un niño soldado del ejército de Lon Nol*

FRANK SPOONER PICTURES

Capítulo 1

LA LOCURA DE LA GUERRA

CAPÍTULO 1 LA LOCURA DE LA GUERRA

Soñé que estaba en mitad de ninguna parte. Los hombres con uniformes negros estaban eligiendo a los adolescentes saludables para que se unieran a sus fuerzas. Nos colocaban en grupos y me señalaban a mí. Yo me sentía inmediatamente feliz y excitado porque sabía que me alimentarían bien Una gran fiesta, la clase de fiesta que yo no había visto durante años, estaba teniendo lugar en ese momento. Había carne, pescado y arroz, seguidos de un postre hecho con arroz viscoso, azúcar de palma y leche de coco. Yo comía todo lo que podía.

Durante la fiesta nos dijeron lo que debíamos hacer Debíamos ser leales a nuestro territorio y a nuestra nación. Debíamos ser sinceros con el Alto Comité Revolucionario. Debíamos estar preparados para morir en defensa de nuestro país, y especialmente en apoyo del Angka Yo escuchaba estas órdenes con gran sorpresa.

Nos subieron a unos camiones y nos marchamos. Viajamos todo el día a través de una espesa selva hasta que comenzamos a oír el fragor de la batalla. ¡Nos habían llevado al campo de batalla sin habernos entrenado! Cuando salté del camión. todos los que me rodeaban cayeron acribillados a balazos. Yo eché a correr, siempre perseguido por el sonido de la artillería. Sin embargo, no podía ver a nadie que me persiguiera. Creo que estuve corriendo durante varias horas.

Entonces vi un jirón de humo, visto a través de unas cortinas, y también una pared blanca decorada con mapas de anatomía. El sonido de la artillería continuaba. Me preguntaba dónde estaba. Gradualmente tomé conciencia de que el fuego de la artillería era el agua del cuarto de baño que corría en la puerta de al lado, el humo provenía de la casa que estaba enfrente y yo descansaba cómodamente en una cama. Estaba en Inglaterra, en Oxford. Era un estudiante y me estaba preparando para mis exámenes. Me deslicé debajo del edredón y me relajé.

> Las pesadillas se producían durante el día. Los hermosos sueños se presentaban por la noche.

Hacía mucho tiempo que no tenía esta clase de sueños. En Norteamérica, donde pasé los primeros años de mi exilio, tuve muy pocos sueños. Pero en Camboya, después de largas horas de trabajo y de hambre. me acostaba aunque raramente sentía una verdadera necesidad de dormir. Y soñaba. Soñaba que me daban gran cantidad de comida, tanta como había comido antes de que comenzaran mis penurias. En ocasiones soñaba con las diversiones y la alegría que alguna vez había disfrutado en compañía de mi familia y de mis amigos en la escuela. Pero raramente tenía pesadillas. Las pesadillas se producían durante el día. Los hermosos sueños se presentaban por la noche.

En la pesadilla que acabo de describir, puede parecer extraño que yo me alegrara al ser escogido como soldado. Pero realmente hubiese sido muy afortunado. Los soldados eran los únicos que estaban bien alimentados y, durante varios años de mi vida, la comida era la idea principal que tenía en la cabeza. Si he aprendido alguna cosa de los Khmer rojos, es que la comida es deliciosa. Actualmente, aun cuando no disfrute comiendo algo, sé que sigue siendo delicioso. En aquellos días, había algunos momentos en que, después de 10 días de duro trabajo, había una jornada de descanso y alimentación. Y ese día la gente comía tanto que se moría.

El hambre, el trabajo agotador y el terror eran las circunstancias normales de mi vida. Mis experiencias no diferían de las de aquellas que vivían tanto mi familia como mis amigos. Cualquiera de nosotros podría contar exactamente la misma historia. Pero, a diferencia de muchos de nosotros, yo me las arreglé para sobrevivir. La revolución me obligó a convertime en embustero, ladrón, contrabandista, refugiado y, finalmente, en una persona sin patria. Y ahora que he sobrevivido quiero contar la historia exactamente como sucedió.

★ ★ ★

Hasta hace poco tiempo no había visto a muchos soldados en la ciudad, pero a finales de 1969 aparecieron por todas partes No iban armados y se comportaban como si todo fuese normal. Sin embargo. eran un espectáculo inusual. Le pregunté a mi padre la razón de su presencia. El me dijo que los soldados estaban en la ciudad para mantener el orden entre los refugiados que llegaban del campo, los campesinos que habían huido del Vietcong. ¿Y por qué estaba el Vietcong en nuestro país? Mi padre me dijo que habían sido empujados a través de la frontera por los norteamericanos que estaban en Vietnam del Sur.

—¿Quieres decir que en este momento se está combatiendo en las zonas rurales?

—Sí —dijo mi padre—, por esa razón hay tantos campesinos acampados en las calles

—¿Y por qué no obligamos al Vietcong a regresar a Vietnam del Sur?

Mi padre hizo una pausa y sonrió.

—Combatir no es tan fácil como empujar una caja de cerillas a través de una línea. Tienes que organizar un plan, con tropas, municiones y todas esas cosas. Antes de hacer tu movimiento, tienes que estar seguro de que eres más fuerte que el otro bando. De otro modo, te destruirán. Nosotros no somos tan fuertes como para obligar al Vietcong a regresar a Vietnam del Sur. Y, de cualquier modo. Sihanuk les ha permitido permanecer en nuestro territorio.

—¿Por qué los políticos no hablan con Sihanuk? —pregunté.

—Eso es precisamente lo que están haciendo —dijo mi padre—. Y por eso los soldados están en la ciudad, para eliminar a cualquier agente del Vietcong entre los refugiados. Ya sabes que los vietnamitas desearían barrernos a todos. Algo sucederá muy pronto. Pero no pienses más en estas cosas. Vuelve a tus tareas escolares.

En los titulares de los periódicos aparecían noticias sobre combates entre el Ejército y fuerzas del Vietcong a lo largo de la frontera oriental y meridional, y dibujos de hombres con pijamas negros y sobreros cónicos, asesinando campesinos, violando a las esposas de los granjeros y destruyendo las cosechas. El número de refugiados aumentó dramáticamente. Cuando ya no hubo espacio en los edificios, levantaron cabañas en los parques. Las casas de empeño cerraron. Solamente las prostitutas siguieron trabajando por las noches en los parques.

Sihanuk estaba de viaje por el extranjero cuando un gran titular en el periódico le acusó de estar vendiendo el país a Vietnam del Norte para que lo utilizaran como base militar contra los norteamericanos Apareció un dibujo que le presentaba de pie sobre el mapa de Camboya, aserrando el territorio oriental con una mano y, con la otra, recibiendo un puñado de billetes de Phan Van Dong.

Un día llegué a la escuela y me encontré con que los maestros estaban ausentes de las dos primeras clases. A las nueve de la mañana fuimos llamados al patio de la escuela y nos dijeron que

marcharíamos hasta el monumento a la Independencia. Nos entregaron pancartas donde se le decía al Vietcong que se fuera del país, y mientras marchábamos por las calles los estudiantes encontraban lugares donde colgar las pancartas en los balcones o a través de la calle. Mientras desfilábamos gritábamos consignas contra el Vietcong. Estábamos todos muy excitados Era un acontecimiento único en nuestras vidas. El líder de la asociación de estudiantes trepó al monumento y pronunció un discurso a través de un megáfono, terminando con un feroz ataque a Sihanuk por haber permitido que los vietnamitas permanecieran en nuestro territorio. Después, colgamos las pancartas en las barandillas de la escuela y dibujamos caricaturas de Sihanuk en las paredes, cruzando su rostro con un X y llamándole traidor.

Esa noche descubrí que todos los estudiantes que había en mi familia habían participado en manifestaciones similares; todas las escuelas de la capital habían ido al monumento y nos lo habíamos pasado en grande Mi padre dijo que deberíamos habernos escabullido y regresado a casa, ya que podríamos haber tenido problemas con los soldados. Pero no había aparecido ningún soldado. Mi padre dijo: «Tal vez el momento ha llegado.»

El segundo día, el retrato de Sihanuk fue quitado de todas las aulas No hubo clases. Los maestros estaban ayudando a decorar la pista de baloncesto con pancartas que ahora atacaban duramente a Sihanuk. Yo recorrí las clases, observando cómo los alumnos dibujaban chistes políticos en las pizarras. Esa noche mi madre me aconsejó que no debía hacer nada en la cabeza de la multitud, ya que nunca podía saberse qué estudiantes eran tus amigos. En la escuela podía haber agentes.

En la radio no se difundía ninguna noticia, sólo se podía escuchar música marcial. Cuando, en la televisión, apareció un informe sobre la manifestación estudiantil, mi hermana Sisopha y yo tratamos de vernos entre la multitud.

Después del tercer día de manifestaciones, la Asamblea Nacional llegó a una decisión: Sihanuk fue depuesto. Fue acusado de convertir Camboya en un país comunista y de permitir el establecimiento de bases del Vietcong a lo largo de la frontera. Se convocarían elecciones generales y se proclamaría la república. Mi padre y nuestros vecinos de Kampuchea Krom se sentaron alrededor de la radio y comentaron las noticias. Era el momento que habían estado esperando. Brindaron con vino chino por el anuncio de la Asamblea Nacional.

> Gran número de vietnamitas civiles fueron sacados de la ciudad y masacrados, y sus cuerpos arrojados al Mekong.

Los periódicos estaban llenos de historias contra Sihanuk, y la que a mí más me impresionó fue una que decía que Khieu Samphan, mi viejo profesor de matemáticas, había sido arrojado dentro de un baño de ácido por haberse opuesto a la corrupción de la familia real. Khieu Samphan fue presentado como un héroe, como el único hombre honesto que había tenido la valentía de levantarse para defender a los pobres.

ABAJO: *Las manifestaciones preceden a la devastación mientras los estudiantes protestan contra Sihanuk y el Vietcong. Bajo los Khmer rojos, la oposición sería imposible*

PARIS MATCH

© MARK SPOONER PICTURES

ARRIBA: *El ejército de Lon Nol intenta detener a los Khmer rojos en las afueras de Phnom Penh. Su arsenal defensivo incluía hechizos mágicos, que no servían para nada contra los demonios de los Khmer.*

La locura de la guerra nos afectó a todos. Mi padre fue atrapado por esa locura porque ahora su héroe, Son Ngoc Thanh, llegaba desde Vietnam del Sur para ayudar a combatir al Vietcong. Mi cuñado Phan también fue atrapado por esa locura y, finalmente, se hizo soldado. Consiguió un trabajo burocrático y se encargaba de distribuir los uniformes. Estaba orgulloso de sus galones, y traía a casa toda clase de elementos de la parafernalia militar. Su uniforme se colgaba en un lugar prominente de la sala principal para que los visitantes pudieran verlo. Colocó bayonetas en la pared y se negaba a beber en cualquier otra cosa que no fuese la jarra del Ejército. Mientras tanto, mi padre había comenzado a trabajar como cirujano en el Hospital Militar.

La gente había recibido con agrado la posibilidad de la guerra, si ello significaba desembarazarnos de los vietnamitas. En los primeros días de la república, gran número de vietnamitas civiles fueron sacados por la fuerza de la ciudad y masacrados, y sus cuerpos arrojados al Mekong. Poco tiempo después no quedaba ningún vietnamita en la capital. Habían huido o habían sido asesinados.

En el campo, la situación era muy diferente. Los norteamericanos, que habían estado bombardeando las posiciones del Vietcong a lo largo de la frontera, invadieron Camboya para obligar al Vietcong y a los norvietnamitas a regresar a territorio vietnamita. En la invasión utilizaron tropas survietnamitas que trataron a la población con tanta crueldad que pusieron a los campesinos en su contra. De todos modos, los campesinos siempre habían sido leales a Sihanuk. Ahora él era el jefe de la resistencia de quienes, anteriormente, habían sido sus enemigos. Fué Sihanuk quien les dio su apodo de Kmer rojos. En los primeros meses de la república, mientras la lucha se extendía a lo largo de todo el país, había soldados norteamericanos, survietnamitas, norvietnamitas, Vietcong, Khmer rojos y republicanos, por no mencionar a las fuerzas pertenecientes al Kampuchea Krom. Pocos meses más tarde, las zonas rurales del país estaban fuera del control gubernamental.

Cuando las fuerzas norteamericanas y survietnamitas se retiraron, la situación quedó del siguente modo: la mayoría de las capitales provinciales quedaron aisladas y en manos de las tropas de la república. Nos dijeron, asimismo, que la mayoría de los soldados eran norvietnamitas, pero, en realidad, los norvietnamitas estaban entrenando gradualmente a los Khmer rojos para que fuesen ellos los que combatieran. El control de Sihanuk era ahora solamente nominal. Estaba en Pekín. Los líderes de los Khmer rojos que estaban en el país eran, aparentemente, Hu Nim, Hou Yuon y mi profesor de matemáticas, Khieu Samphan, pero la radio de Phnom Penh decía que era sólo un gobierno fantasma. Todas estas personas habían sido asesinadas por Sihanuk hacía ya varios años.

En cuanto a la república, la figura más poderosa era el viejo primer ministro de Sihanuk, Lon Nol. Finalmente fue elegido presidente, y fue su retrato el que reemplazó al de Sihanuk en las escuelas, oficinas y tiendas por toda la ciudad. Lon Nol era budista, pero más que eso, era un hombre que creía en la magia. Los ateos debían ser destruidos. En sus posters de reclutamiento, el Vietcong era presentado llegando con carros de combate y bazookas contra el trono de Buda. Pero la Reina del Mar y de la Tierra produce una inundación mágica con su cabellera. Todos los enemigos son tragados por las aguas.

El ejército que dirigía Lon Nol también creía en la magia con un sabor budista. Cada regimiento tenía su *lok kru*, un mago que recitaba encantamientos y salpicaba a los soldados con agua bendita antes de que marcharan hacia el campo de batalla. Los soldados llevaban amuletos mágicos alrededor del cuello. Tenían pañuelos repletos de conjuros y tatuajes que se suponía les protegerían de las balas enemigas.

De lo que no estaban protegidos era de la corrupción de los oficiales, quienes habían saludado la intervención norteamericana en Camboya precisamente porque pensaban enriquecerse. Desde el principio comenzaron a apropiarse de todo lo que podían coger. Las raciones K aparecieron en los mercados junto con botas, uniformes y toda clase de equipo. Los suministros militares de gasolina encontraron su camino hasta el nivel de los pequeños vendedores callejeros, quienes la vendían en botellas de litro a un costado de las carreteras. Y los oficiales vendían las municiones al otro bando. Todo el mundo sabía lo que estaban haciendo. La inflación era muy alta y los salarios muy bajos: resultaba muy sencillo saber lo corrupta y poderosa que era una persona por la forma en que vivía. En los primeros años de la guerra se construyeron numerosas villas en los alrededores de Phnom Penh, con aire acondicionado, neveras y coches Mercedes aparcados delante de ellas. (Después de haber comprado tu primera casa, habría una segunda para tu amante, etcétera.)

Yo tenía un familiar —a quien llamaré Asok—, bajo, fuerte y con 14 hijos. Inmediatamente después del golpe de Estado se convirtió en tesorero, y luego vinieron la villa, el coche y todo lo demás. Tenía un televisor en color japonés —un sorprendente símbolo del *estatus*—, aunque en Camboya no se recibían transmisiones en color. Realmente no sabía qué hacer con el dinero. No quería guardarlo en un banco, de modo que lo tenía en una caja fuerte en la sala. La caja era el centro de atención. Un día invitó a mi padre, a Phan y a mí a beber whisky White Horse con gaseosa. Abrió la nevera y me dio un plátano congelado, toda una novedad. Luego me enseñó cómo, si alguien manipulaba la caja fuerte, sonaba una alarma. Nos quedamos escuchando el sonido de la alarma. Yo le dije que ese sonido me haría dormir apaciblemente. El dijo que se suponía que debía despertarte.

Asok le pidió a Phan que inscribiera su nombre como «soldado fantasma». El podría ganar un salario de cabo en la unidad de Asok, siempre que se presentase a los comisionados cuando estos viniesen a hacer las comprobaciones. El resto del tiempo trabajaría en su ocupación regular. El treinta y cinco por ciento del sueldo era para Phan, el resto para Asok y sus colegas. Esta era la forma en que los oficiales se enriquecían practicando la corrupción.

Había un eslogan que la gente solía usar para referirse a la forma de conseguir un trabajo: «El dinero es el número uno, el cono es el numero dos y la influencia el número tres.»

Debido a los bombardeos y a los combates, los campesinos continuaban llegando en creciente número a la ciudad, dejando sin cultivar grandes extensiones de tierra. El desempleo era muy elevado y el gobierno hacía muy poco para ayudar a los refugiados. Comenzaron a aparecer las bandas organizadas. Le robaban a todo el mundo, incluyendo a los ancianos y a los huérfanos. Podían robarte en cualquier momento del día. Los refugiados empezaron a levantar sus cabañas junto a la carretera. A veces aparecía la policía militar y las derrivaba, pero el día siguiente estaban nuevamente en pie como si fuesen hongos.

El Ejército le estaba vendiendo armas a los Khmer rojos, quienes, muy pronto, se hicieron tan fuertes que cortaron todas las carreteras principales. El arroz debía ser traído desde el extranjero. La inflación se disparó. Un kilo de carne costaba la paga semanal de un soldado. Estudiantes y maestros comenzaron a manifestarse contra el gobierno.

Además de mis tareas escolares y mis actividades en la asociación de estudiantes, cogí un trabajo a tiempo parcial en la Groaning Table, donde pude aprender inglés con los numerosos corresponsales extranjeros que cubrían la guerra. Estábamos a finales de 1973 y los Khmer rojos se acercaban cada vez más a la capital. La ciudad se encontraba dentro del radio de acción de sus bombas y cohetes. La gente moría todos los días. Recuerdo que una mañana, mientras esperaba sentado a una mesa, varias granadas hicieron impacto en una escuela de enfermería próxima. La onda expansiva destrozó todos los vasos del restaurante.

Nos arrojamos al suelo. Los periodistas y los fotógrafos corrieron hacia el lugar de los hechos y yo fui tras ellos. Yo tuve que coger una ruta indirecta porque las calles estaban bloqueadas con alambre de espino. Cuando llegamos, encontramos una piscina de sangre. Ocho personas habían resultados heridas, niños la mayoría de ellos, y había trozos de miembros destrozados por todas partes. Las ambulancias y la policía tardaron mucho tiempo en llegar.

El presidente Ford anunció que no había más ayuda militar para Camboya. Y entonces todo se precipitó rápidamente.

Phnom Penh se parecía cada vez más a un campo de batalla. Los soldados ya no estaban bajo el mando de sus oficiales y su paga era siempre exagerada. Muchos de los oficiales jamás aparecían en primera línea. La única acción para ellos se encontraba en los clubes nocturnos de la ciudad. La capital estaba llena de desertores y se formaron grupos especiales para detenerlos. A veces había peleas entre estos grupos y los soldados que intentaban arrestar. Todo el mundo iba armado y resultaba difícil distinguir a unos de otros.

Grupos de personas uniformadas entraban en los restaurantes, pedían platos muy caros y bebidas y luego, al terminar de comer, llamaban al dueño y le pedían dinero. Cuando los dueños se negaban los locales volaban en pedazos por las granadas que lanzaban en su interior. Cines, teatros y lugares públicos ya no eran sitios seguros, pero los clubes nocturnos, los bailes y los prostíbulos prosperaban bajo la protección de los oficiales del Ejército.

Finalmente, en 1975, los Khmer rojos (dirigidos por mi viejo profesor de matemáticas, Khieu Samphan, que en realidad no había muerto) bloquearon la ciudad. Luego cortaron el Mekong y todos los suministros debieron llegar por puente aéreo. Pero, gradualmente, el aeropuerto dejó de ser un lugar seguro. Por último, Lon Nol huyó a Honolulú, pretextando una enfermedad, pero ya era demasiado tarde para recomponer la situación militar. La ciudad se estaba derrumbando paulatinamente.

DOBLE PÁGINA: *Los Khmer rojos entran en Phnom Penh y, durante un tiempo, son considerados como libertadores. Muy pronto la capital quedará vacía y los heraldos de la libertad se convertirán en ángeles de la muerte.*

CAPÍTULO 1 LA LOCURA DE LA GUERRA

En aquella época, mi madre se encontraba en el extranjero por razones de trabajo. Nos había dicho que regresaría el 13 de abril para festejar juntos el Año Nuevo. Mi padre se encontraba muy solo con sus pensamientos. Había almacenado comida seca y le dijo a Phan que quitara todos los símbolos militares de la casa. El nuevo presidente, Saukham Koy, ordenó el toque de queda desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana del día siguiente. No había otra cosa que hacer salvo quedarse sentado en casa y escuchar la radio.

El presidente Ford anunció que no había más ayuda militar para Camboya. Y entonces todo se precipitó rápidamente.

El 12 de abril casi ningún extranjero entró a desayunar en el Groaning Table. Todos se apresuraban para llegar a la embajada norteamericana y ser evacuados. Los periodistas camboyanos comían deprisa, limpiaban sus cámaras y corrían a fotografiar a los norteamericanos que partían. Mi primo, viendo que no teníamos clientes, dijo que quizá debiéramos jugar a ser clientes. Entonces disfrutamos de un suculento desayuno al estilo occidental. Yo tomé *oeufs sur plat au jambon* con tres huevos, tostadas, café helado y zumo de naranja. Los demás tomaron *Croque Monsieur*. Mi primo se preparó un Bloody Mary. Él había concedido a los periodistas un generoso crédito (aunque las cuentas eran una especie de ficción) y muy pocos de ellos habían saldado sus deudas. Estábamos preocupados por esta situación, pero alguien dijo: «No os preocupéis, no han ido muy lejos, seguramente a Bangkok. Ya regresarán algún día.»

> La gente gritaba y agitaba sus banderas blancas, pero los Khmer rojos no hicieron caso de este recibimiento.

No estábamos especialmente preocupados por los norteamericanos. Nos dedicamos a vagar por la ciudad, hablando de películas y de clubes nocturnos. Los oficiales de Am Rong no parecían estar asustados y las noticias informaban de la situación militar como de costumbre: ningún incidente significativo. Cuando oímos que un cohete caía en el algún lugar cercano, hicimos lo de siempre: nos arrojamos al suelo y comenzamos a contar. El segundo cohete cayó al llegar a 50, más cerca. Solían caer de tres en tres. Esperamos y volvíamos a contar. De pronto mis oídos reventaron y mi cuerpo pareció doblarse en dos. Sentí la fuerza de la onda expansiva y vi que la pared de la casa que tenía al lado se caía en pedazos.

Comprobamos si teníamos alguna herida. Todos estábamos bien. La casa que había recibido el impacto había sido abandonada por su dueño, un médico, hacía varias semanas, y, desde entonces, había sido utilizada por los oficiales de Am Rong como garito. Pero, a esa hora de la mañana, nadie estaba apostando en la casa. Los restos de nuestro desayuno volaron de las mesas. La ventana de Am Rong había quedado destrozada. Probablemente el ataque había sido dirigido contra él.

Los periodistas comboyanos regresaron con buen ánimo. Uno de ellos estaba feliz porque había tomado una fotografía de un proyectil cayendo cerca de los marines norteamericanos. Otro había tomado una instantánea del embajador norteamericano, John Gunther Dean, corriendo hacia el helicóptero. La gente que vivía cerca de la embajada había quedado sorprendida por la celeridad de la operación. Sólo les había llevado un cuarto de hora abandonar la embajada.

La gente volvió a pedir el desayuno. Era como un día de trabajo normal. Uno de los jugadores compulsivos estaba contento de que le hubiesen enviado a la embajada, de otro modo tal vez hubiese sugerido que organizaran una partida en la casa de al lado. Ahora algunos de los fotógrafos comenzaron a preocuparse por lo que harían a partir de ese momento: todos sus jefes se habían largado. Yo terminé mi trabajo y me despedí de mi primo como todos los días.

Aquel fue mi último día en el Groaning Table. Mi padre nos dijo que nos quedásemos en casa por los cohetes que seguían cayendo sobre la ciudad.

Cuando llegaron los Khmer rojos, muchos de mis vecinos comenzaron a vitorearles. Estaban felices de que la guerra hubiese terminado. Estaban hartos de la inflación, la corrupción y los incesantes bombardeos de la ciudad. La gente gritaba y agitaba sus banderas blancas, pero los Khmer rojos no hicieron caso de este recibimiento. Se mantenían serios y en estado de alerta, con sus armas preparadas, y lo primero que me impresionó de ellos fue su extremada juventud. Con 16 o 17 años eran más jóvenes que yo. En ocasiones, yo había podido ver a prisioneros Khmer rojos en las oficinas de Am Rong. Normalmente tenían alrededor de 30 años y vestían uniformes limpios y nuevos. Más tarde supe que estos prisioneros eran falsos, reclutados probablemente entre las filas de los *Cyclopousses* con fines propagandísticos. Los verdaderos soldados Khmer rojos eran muy diferentes. Sus *kramars* estaban sucios. Las camisas estaban raídas y manchadas de sudor, y no estaban hechas a la medida precisamente. Llevaban los pantalones enrollados hasta la rodilla y pañuelos rojos en sus armas. Sus rostros estaban profundamente bronceados.

Mientras desfilaban por la calle, preguntaban si alguien conocía el paradero de los siete traidores o de algún oficial republicano. Calle abajo, de una casa que había sido saqueada, arrojaban fotografías enmarcadas a la calle. Entré nuevamente en mi casa.

La radio volvió a transmitir. Se oían voces confusas. Luego alguien deseó larga vida a las fuerzas de liberación. Y pudimos escuchar a Lon Non, el hermano de Lon Nol, dirigiéndose a cualquier soldado republicano que pudiera estar escuchándole. Les pedía que depusieran sus armas y estrecharan sus manos con los soldados del otro bando. No tenía ningún sentido continuar las hostilidades. Todos éramos camboyanos y debíamos unir nuestras manos y tratar de reconstruir nuestra madre patria. Un monje budista repitió este mensaje. Luego la radio volvió a quedar en silencio.

Dos jeeps llegaron por nuestra calle, el primero de ellos armado con una ametralladora. Eran conducidos por soldados de las FANK (Forces Armées Nationale Khmer), pero llevaban tropas de los Khmer rojos. Los niños corrían junto a los vehículos, riendo y saludando. Alguien comenzó a hablar por un megáfono diciéndole a todo el mundo que trajera sus armas y las colocara en el segundo vehículo. Las mujeres salieron sonriendo de sus casas y llevando las armas en sus manos. Phan escondió su M16, envuelto en una esterilla, en el techo del cuarto de baño.

Yo volví a salir a la puerta de mi casa. Llegó un nuevo grupo.

ABAJO: *Cuando el régimen de Lon Nol se derrumba, su ejército aún resiste. Devastado por la corrupción, no es rival para la fanática determinación de los Khmer rojos.*

CAMERA PRESS

Parecían temer que alguien pudiera atacarles en cualquier momento. Mi padre me dijo que entrase en la casa y, cuando me dirigía hacia el interior, algunos soldados vinieron tras de mí y preguntaron por el cabeza de familia. Querían saber si había algún soldado en la casa. Mi padre parecía haberse recuperado. Estaba muy tranquilo y les dijo que en la casa no había ningún soldado. Phan estaba detrás del grupo familiar.

Los ojos de los soldados recorrieron la habitación. Uno de ellos dijo que debíamos abandonar la ciudad inmediatamente. Los norteamericanos estaban a punto de inicar un bombardeo. Debíamos preparar provisiones para unos cuantos días, pero no demasiadas. La evacuación sería sólo temporal. Luego se nos permitiría regresar. Además, nos dijeron que querían encontrar a los restantes enemigos del pueblo, los principales traidores.

Dudamos durante unos momentos.

—Muy bien —dijo mi padre—, nos marchamos.

Fueron conducidos más allá de la línea de los árboles, a través de los secos arrozales. Y luego se escucharon los disparos.

Y así fue como, después de una interrupción de cinco años, volvimos a hacer nuestro tradicional viaje al campo en Año Nuevo. Era como si mi padre hubiese hecho todos los preparativos que solía hacer mi madre. Reunió gran cantidad de arroz, pescado seco, sal, comida enlatada, botellas de plástico con agua, latas de gasolina de reserva, mantas, mosquiteros, lonas enceradas, ollas, sartenes, platos y cucharas. Mis hermanas llevaron nuestra ropa al Land Rover. Sisopha llevó la grabadora Philips. Phan todavía se sentí muy unido a algunos de sus uniformes, pero mi padre le impidió que se los llevara con él. Yo me llevé mis diarios y algunos de mis libros favoritos: *Granja de animales*, de Orwell; *El caballo de madera*, de Enric Wiliam; *Rebeca*, de Daphne Du Maurier; un libro de texto francés llamado *Mauger*, y una gramática inglesa. Mi padre no se llevó nada. Quemó los libros mayores donde había escrito todas sus investigaciones sobre la medicina popular.

Esta vez fue Phan quien cerró la casa. Éramos 14. Salimos a la calle atestada de gente y fuimos llevados por la multitud. La gente gritaba, tratando de no separarse de sus familias. Los que íbamos andando nos cogimos del coche. Los Khmer rojos permanecían al borde del camino, ordenándonos que siguiéramos andando.

En el primer puesto de control, los Khmer rojos buscaban cualquier objeto militar uniformes, armas y mochilas. Cogieron algunas de nuestras medicinas, mi reloj de pulsera y la grabadora Philips y los arrojaron en una pila de objetos previamente confiscados: televisores, cámaras fotográficas y radiocassetes. No encontraron nada incriminatorio en nuestro coche, pero otros grupos fueron menos afortunados. Les dijeron que esperasen junto a sus posesiones. Después, cuando se hubo reunido un grupo de diez personas, fueron conducidos a través de los secos arrozales hasta más allá de la línea de árboles. Luego se escucharon unos disparos.

Al atardecer habíamos llegado a la pagoda del Agua Clara, Wat Tuk Thlar. Nadie hablaba demasiado. Extendimos las lonas enceradas sobre el suelo y comimos algo. Llegaron algunas personas vendiendo carne de cerdo a precios elevadísimos (se-

guramente los habían encontrado en propiedades que habían sido abandonadas) y otras vendían hielo y cajas de cigarrillos Aún había familias andando por la carretera, buscando algún lugar donde acampar por la noche Esa noche, llegaron los Khmer y confiscaron algunas motocicletas. Aún seguían buscando radios y medicamentos. Nadie volvió a mencionar la amenaza de un bombardeo norteamericano Me acosté debajo del Land Rover y me pregunté cuánto tiempo estaríamos lejos de nuestra casa, y qué le habría sucedido a mi madre, y qué les habría pasado a mis compañeros del colegio. Me pregunté si habría quedado alguien en la ciudad. Sisopha había sido separada de su novio y estaba muy preocupada por él. Phan le preguntó a mi padre: «¿Por qué no vamos a Vietnam del Sur?» Pero mi padre le contestó que eso era imposible.

"No me llames señor... Nadie debe ser llamado señor después de la revolución. Hemos estado combatiendo para desterrar esas palabras."

Al segundo día llegamos al mercado de Pochetong. Las tiendas habían sido saquedas. Había colchones destrozados por doquier. La gente parecía alegre y estaban tratando la evacuación como si .e tratara de una aventura. Vendían el producto de los saqueos a diez veces su precio normal. La gente bebía cerveza y organizaba picnics en los campos. Había muy poco movimiento. Era como si todo el mundo pensara que muy pronto se les permitiría regresar a sus casas en la ciudad.

Pero, al tercer día, nos obligaron a alejarnos aún más de la ciudad. Llegamos casi hasta donde se separaban las Rutas 3 y 4, el lugar donde siempre acostumbrábamos a detenernos a desayunar. Las mesas estaban volcadas y la gente se refugiaba debajo de ellas. Acampamos en un sitio alejado de la multitud y mi padre nos dijo que debíamos quemar nuestros documentos de identidad, como medida de seguridad. Desde ahora, nos dijo, debemos decir que éramos campesinos de la zona de Pochetong. No se mencionarían para nada a militares. médicos, enfermeras o estudiantes.

Para nuestra alegría llegamos al río Kanthuot, que aún tenía un poco de agua. El puente había sido destruido y la gente acampaba en la orilla más próxima Permanecimos dos días en la orilla del río, y algunos seguían pensando que pronto les permitirían regresar a la ciudad. Le dije a mi padre que había llegado el momento de abandonar el coche, pero el problema era cómo íbamos a transportar todas nuestras provisiones ¿Cómo íbamos a hacer para atravesar el río con el coche?

Alrededor de la medianoche, nuestro campamento fue rodeado por los Khmer rojos.

—¿Hay aquí alguien que haya estado en el Ejército?

—No, señor —contestó mi padre rápidamente.

—No me llames señor, llámame camarada —dijo el que parecía el jefe—. Nadie debe ser llamado señor después de la revolución. Hemos estado combatiendo para desterrar esas palabras.

Y continuó preguntando si entre la gente que estaba acampada junto a nosotros había soldados, estudiantes, médicos y personas por el estilo. Le dijimos que no lo sabíamos, pero un hombre que no estaba muy lejos de nosotros reconoció haber sido médico.

—¡Médico! ¿En qué hospital?

—En el Khmero-Soviétique.

—¿Y a cuántos soldados tratastes en ese hospital? ¿Veinte por día? ¿Cuarenta?

—No, señor, era un hospital civil. Si no me cree, puede preguntarle a cualquiera.

—No puedes engañarme, camarada Lo sé todo sobre los hospitales —dijo el soldado y se volvió hacia sus camaradas— Muy bien, lleváoslo. Es un médico. —Y luego, volviéndose hacia la familia del hombre, que había comenzado a llorar, dijo—: No tiene sentido que lloréis. Tenéis suerte de que sólo le llevemos a él. —Y se llevaron al pobre hombre en la oscuridad. Poco después oímos los disparos.

A la mañana siguiente fui a buscar agua. El río estaba tan revuelto que el agua no era potable. A unos ochocientos metros encontré una especie de estanque. pero estaba lleno de cadáveres hinchados, la mayoría de ellos soldados Me acerqué. El hombre que se habían llevado la noche anterior también esta allí, yaciendo de espaldas y con un disparo en el pecho. De pronto me di cuenta de que me había alejado demasiado y que estaría cerca de la base de los Khmer rojos. Una voz detrás de mí me dejó helado

—¡Quieto! ¡Manos arriba!

Dejé caer el cubo y me volví Un muchacho que tendría mi edad me apuntaba con un fusil. Pensé que estaba perdido.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, camarada? —gritó.

—Estaba buscando agua.

—Pareces un soldado. ¿Eres un soldado?

—No, camarada, soy un campesino

—Entonces vete de aquí y no vuelvas.

Eché a correr sin dejar de pensar que me pegaría un tiro en la espalda Pensaba: oiré un disparo y luego estaré muerto Seguía viendo a todos esos cadáveres en el estanque. Cuando regresé no le conté a nadie lo que había descubierto.

Continuamos la marcha. En el campo había encontrado un balancín y había atado mis bultos a ambos extremos Tenía los hombros llenos de ampollas. Mi padre llevaba a mi hermano pequeño apoyado en la cadera y un saco sobre los hombros. Los niños se quejaban amargamente por el calor y el cansancio. La comida había empezado a escasear. Se habían producido muchas peleas entre los evacuados, y a los que habían intervenido en ellas se los habían llevado Los ancianos morían a lo largo de la carretera y debían ser abadonados por su familia.

Un camión Honda se acercó por la carretera con un altavoz. Era el primer vehículo en funcionamiento que veíamos desde hacía semanas. Advertí que era nuevo y que no llevaba placa de matrícula El hombre que conducía el camión nos dijo que debíamos apresurarnos en llegar a la siguiente aldea porque nos quedaríamos sin comida. En la aldea había un centro de identificación. Después de que nos hubiésemos registrado, seríamos alimentados y cuidados.

Cuando llegamos a la aldea, comprendimos súbitamente dónde nos encontrábamos. Era Prasth Neang Khmao, el templo de la Dama Negra. Y ahora los monjes se habían marchado y los Khmer rojos habían convertido el templo en su cuartel general Nadie vendía pasteles debajo de los árboles. Las esculturas habían sido destrozadas por las balas y las bombas. Una bandera roja flameaba en una caña de bambú en la entrada del templo.

Una enorme muchedumbre estaba sentada en el patio, esperando ser registrada. Un par de horas más tarde llegó nuestro turno. Pasamos a través de la entrada del templo. En la pequeña

habitación abovedada, las estatuas habían sido amontonadas contra la pared y los estantes del altar estaban vacíos. La propia Dama Negra estaba inclinada contra la pared, de espaldas a lo que sucedía. Varios hombres, con limpios uniformes de color negro y con *kramars* de seda, nos miraban con recelo. Dos de ellos estaban sentados a una mesa, con las armas apoyadas contra las sillas. Yo aún no sabía que las plumas estilográficas que asomaban por el bolsillo superior de sus camisas indicaban que eran oficiales superiores. Sobre la mesa descansaban dos bayonetas de fusiles M16 norteamericanos, tres cuadernos con retratos de Sihanuk, un par de bolígrafos, algunos cigarrillos Fortune y un encendedor plateado. Era un Ronson. El oficial parecía estar orgulloso del encendedor.

Nos dijeron que debíamos dejar todo lo que llevábamos en un rincón de la habitación y sentarnos en el suelo delante de la mesa. Nos preguntaron nuestros nombres y ocupaciones durante el régimen corrupto de Lon Nol. Sin dudar un momento, mi padre dijo que éramos campesinos y que ninguno de nosotros había prestado servicio militar. Pero cuando nos preguntaron por nuestro lugar de nacimiento, mi padre dudó un instante antes de responder Phnom Penh.

ARRIBA: *Mientras los cuerpos cubren las calles de Phnom Penh, una solitaria bicicleta permanece intacta. Muy pronto, los pedales serán el único medio de transporte para los camboyanos.* REX

Mientras nuestras respuestas eran grabadas, los soldados en el otro extremo de la habitación se divertían esparciendo nuestras pertenencias en el suelo. Examinaron todo lo que teníamos y cogieron nuestras plumas y cuadernos. Mi maleta sólo contenía libros. Cuando cayeron al suelo, uno de los Khmer preguntó: «¿De qué hablan estos libros? ¿A quién pertenecen?»

Su rostro se había endurecido. Uno de los soldados cogió *El caballo de madera* y comenzó a hojearlo como si lo estuviese leyendo. Me volví hacia mi padre y vi que estaba buscando las palabras más adecuadas para contestar.

—Esos libros son míos, camaradas —dije—. Los recogí en la carretera porque pensé que servirían para liar cigarrillos.

—Bien —dijo el soldado que leía a Eric Williams—, adonde vais hay un montón de hojas de plátano. No necesitaréis esta basura. —Y arrojó *El caballo de madera* a un rincón de la habitación, sobre una enorme pila de dinero y fotografías.

ARRIBA: *Resulta difícil asociar el rostro tierno de este niño con las espantosas crueldades de los Khmer rojos.*
DERECHA: *El rostro detrás del miedo. Para muchos camboyanos, el régimen de Pol Pot era simplemente el Angka (la Organización), pero este busto capta la mirada impasible del hombre.*

REX FEATURES

Capítulo 2

MI PADRE

CAMERA PRESS

ARRIBA: *Los rostros juveniles de los Khmer rojos podían desmentir una experiencia mortífera. Vestidos con diferentes uniformes, eran fácilmente identificables por los pañuelos que llevaban en la cabeza.*

Al anochecer, todas las personas habían quedado registradas. El Khmer rojo con la pistola salió del templo y se dirigió a todos nosotros.

—Amigos y camaradas, me complace presentarme como jefe de esta región. Bien venidos. Como todos vosotros sabéis, durante el régimen de Lon Nol los chinos eran parásitos en nuestra nación. Engañaban al gobierno. Hacían dinero aprovechándose de los campesinos camboyanos, comprándoles por poco dinero sus productos para luego venderlos en Phnom Penh a precios abusivos. Y como los políticos nunca pudieron resistirse al dinero, la corrupción se extendió por todos los ministerios. Ahora el Alto Comité Revolucionario quiere separar a los infiltrados chinos de los camboyanos, vigilar la clase de trucos que ponen en práctica. La población de cada aldea será dividida en una sección china, una vietnamina y una camboyana. Por tanto, quien no sea camboyano debe ponerse en pie y abandonar el grupo. Recordad que tanto chinos como vietnamitas son muy diferentes de los camboyanos.

Unas 10 personas se levantaron y se dirigieron al lugar reservado para ellos.

—¿Hay alguno más? —gritó el hombre que portaba un AK-47, mirando fieramente a la multitud.

Nos miramos entre nosotros ansiosamente. En Camboya había muchas familias que ignoraban si tenían antepasados chinos pero cuyos rostros parecían chinos. Nadie se puso de pie. El soldado volvió a preguntar. Pero nadie se movió. Entonces se ordenó a los cuatro guardias que habían estado dentro del templo que recorrieran la multitud. Todos aquellos que tenían aspecto extranjero fueron apartados de los demás. La mayoría comenzó a protestar, pero nadie les creyó.

Ahora ya era de noche y nos dijeron que era demasiado tarde para hacer el viaje hasta el poblado. Tendríamos que pasar la noche en el templo: nos autorizaron a recorrer los campos para buscar leña, pero no para levantar refugios.

La gente corrió hacia el pozo del templo provistos de cacerolas y cubos, esperando llegar antes de que el agua se acabara. Los que consiguieron agua comenzaron a encender fuego. Otros prepararon sus camas con mantas.

Ninguno de los adultos podía dormir. Nadie hablaba. Podía ver a los hombres contemplando los rostros de sus esposas e hijos. Estaban tensos y deprimidos. Mis tres hermanos pequeños dormían profundamente, y mi padre estaba sentado junto a ellos. En ocasiones miraba en mi dirección, luego miraba a mis hermanas, luego a mis hermanos pequeños y, finalmente, con un suspiro, fijaba la vista en el suelo. Sisopha, a mi derecha, sollozaba por el dolor que sentía en sus articulaciones. Nunca había tenido que hacer semejante esfuerzo en su vida.

En las primeras horas de la madrugada, mi hermano más pequeño se despertó y comenzó a llorar. Mi padre intentó hacerle dormir, pero él seguía llorando y preguntaba por mi madre y dónde estábamos.

—Sé bueno —le dijo mi padre suavemente, acariciándole la frente— , ella se reunirá muy pronto con nosotros. Pronto regresaremos a casa. Vuelve a dormir. —La voz de mi padre era temblorosa y había lágrimas en sus ojos. Yo también lloraba.

La sección camboyana abandonó el templo a la mañana siguiente, y ésa fue la ultima vez que vi a las secciones china y vietnamita. Estaban sentados allí, mirándonos cuando nos marchabamos. Nos alejamos a través de los arrozales secos y llegamos al pie de una montaña llamada Phnom Chi So, por la Hermana So, la madre de la Dama Negra. En la cima había dos templos, construidos medio siglo antes de Prasath Neang Khmao.

Junto a un estanque lleno de lodo encontramos varias cabañas recien levantadas, de unos cinco metros cuadrados, techadas con hojas de palmera, sin paredes y sin el habitual suelo elevado. Eran como refugios para el ganado. Nos sentamos en el campo mientras un Khmer rojo llamaba a los cabeza de familia y les enseñaba sus cabañas. La cabaña de mi padre se encontraba junto a la que ocupaba Somlay y la familia de mi primo. No muy lejos de allí había varias casas, con techos de tejas, ocupadas por las familias de los Khmer rojos.

"¿Crees acaso que conseguiremos ocultar nuestros antecedentes? ¿Crees que me perdonarán cuando descubran cuál es mi profesión? Has visto con tus propios ojos lo que le sucedió a aquel otro médico."

Al día siguiente nos llevaron a las laderas de la montaña para que cogiéramos ramas para hacer nuestros lechos. Luego hubo una reunión masiva en el campo y nos dividieron en grupos de 10 personas con dos Khmer rojos por grupo. El jefe del campo pronunció un largo discurso. Comenzó diciendo que el dinero había sido abolido bajo el nuevo régimen. Habló de las penurias que habían pasado los Khmer rojos durante los años de la guerra, de la falta de medicamentos en la selva, de la lucha contra los bombardeos y de la devoción de los soldados hacia el Partido. Comparó la vida de los pobres con la de los ricos en el antiguo régimen. Hizo un resumen de los objetivos del Alto Comité Revolucionario: abolir las diferencias de clase y conseguir la igualdad de los habitantes de todo el país. Los que trabajaran recibirían raciones por parte del comité. Los que no trabajasen no recibirían nada. Nos dijeron que plantaríamos boniatos y mandioca.

Una banda de adolescentes vestidos con uniformes negros llegó marchando al campamento. Nos incluyeron en diferentes grupos y cada grupo fue subdividido en grupos más pequeños bajo la supervisión de uno de los adolescentes.

—La razón de hacerlo de este modo —dijo el jefe de la aldea— es que cuanto más reducido sea el grupo, más fácil será descubrir a los espías del antiguo régimen. Los enemigos de los campesinos deben ser despedazados.

Los jefes de estos subgrupos iban de cabaña en cabaña al día siguiente recogiendo a sus miembros. Nos reunimos en el campo y comenzamos a marchar en fila india, con el jefe de la aldea al frente, el jefe del campo cerrando la marcha y el resto de los Khmer intercalados con nosotros, portando grandes *parangs* sobre los hombros. Llegamos a la extensa zona seca y estéril donde se suponía que debíamos trabajar. Trajeron las herramientas desde la aldea en una carreta tirada por bueyes y comenzamos a cavar.

Hacía calor y tenía sed. No había ninguna señal de agua en el campo, sólo oleadas de vapor que levantaba el sol de junio. Al mediodía nos dijeron que podíamos descansar. Los más listos habían traído comida con ellos. Comenzaron a comer mientras los poco previsores, como mi familia, vagábamos por el campo buscando un poco de sombra. Por fin mi padre encontró un lugar donde protegernos del sol y mis hermanas se unieron a nosotros, demasiado cansadas para hablar.

Cuando regresé a la cabaña descubrí que los pocos libros que había conseguido conservar habían sido destrozados y apilados en el exterior de la cabaña. La mayoría de ellos habían sido quemados. Le pregunté a mi hermano pequeño qué había sucedido. Mientras estábamos trabajando en el campo, los Khmer rojos habían registrado todas las cabañas, destruyendo todos los libros y apropiándose de algunas de nuestras ropas y nuestras medicinas. Parecían estar muy contentos. Afortunadamente mis hermanas se habían llevado las joyas al campo, ocultas en su ropa interior. Pero ahora comenzamos a preocuparnos por nuestros antecedentes. Mi padre pensaba que esos hombres quizá habían encontrado alguna cosa para identificarnos.

Mi padre se marchó a buscar nuestras raciones y dos horas más tarde, como no regresaba, empezamos a alarmarnos. Pero no había otra cosa que hacer, excepto caminar por el interior de la cabaña. Finalmente, regresó con una pequeña ración de arroz en su *kramar*. Ésta vez no había sal. Se había demorado porque habían estado interrogando a todos los cabeza de familia sobre sus anteriores ocupaciones.

A medianoche el campo estaba en silencio. Muchos dormían. Otros estaban sentados en la oscuridad discutiendo la situación. Hablaban en voz baja y con mucha prudencia. En nuestra cabaña los únicos que permanecíamos despiertos éramos mi padre y yo. Él estaba acostado en el suelo con el antebrazo apoyado en la frente, suspirando. Yo estaba acostado a su lado.

—Someth, ¿qué harías si yo no estuviese aquí o...? —me preguntó

Me senté de golpe.

—¿Por qué me haces una pregunta tan terrible?

—¿Por qué crees que te la hago? ¿Crees acaso que conseguiremos ocultar nuestros antecedentes? ¿Crees que me perdonarán cuando descubran cuál es mi profesión? Has visto con tus propios ojos lo que le sucedió a aquel otro médico. Por eso te lo pregunto. —Yo estaba a punto de echarme a llorar. Él continuó—: Te lo pregunto seriamente. Debo saberlo.

No podía mover la lengua.

—Someth, hace tiempo que estoy pensando en esto. Debo decirte la verdad sobre aquel día en que el general Dien Del vino a nuestra casa. Me pidió que abandonara la capital con él, pero yo me negué porque no podía dejaros a todos vosotros ..

Un ligero ruido junto a la cabaña le interrumpió. Los dos tratamos de escuchar algo más, pero era sólo el viento que arrastraba las hojas muertas por el suelo.

—Sé exactamente lo que le sucederá al pueblo camboyano —dijo mi padre—, y a nuestra familia. Ahora, respóndeme.

—Papá, ¿por qué no me lo dijiste antes? Hace algunas semanas yo era muy feliz. Pensaba que la guerra había terminado y que la corrupción había desaparecido.

—Tienes razón, pero recuerda que la venganza no tiene fin.

—Entiendo. Dime lo que quieres que haga.

—Quiero que cuides de todos tus hermanos y hermanas. Lo has hecho muy bien hasta ahora. Eres bueno para adaptarte a las nuevas circunstancias. Pero, por favor, recuerda... cuida de

ellos y no intentes hacer nada que pueda poner sus vidas en peligro. No te comportes como lo hiciste con Lon Nol. Bajo el nuevo régimen, todo el mundo que cometa un error podría provocar la muerte de su familia.

Le dije a mi padre que recordaría cada una de las palabras que me acababa de decir. Luego le rogué que se durmiera porque realmente estaba muy preocupado por su salud.

> Me dijo que podía regresar a mi cabaña. Le di las gracias y me recordó que el agradecimiento había sido abolido.

Un día se produjo una gran excitación cuando nos dijeron que no iríamos a trabajar como todos los días, sino que debíamos recoger todas nuestras pertenencias y acudir a una reunión masiva. Había muchas especulaciones en cuanto a las razones de ese cambio. Bopha le preguntó a mi padre si eso significaba que regresaríamos a casa.

—Eso espero —dijo mi padre—. Lo sabremos después de la reunión.

—¡Volveremos a ver a mamá! —gritaron mis hermanos pequeños, saltando en sus camas. Mi padre se engujó las lágrimas mientras los observaba en silencio.

Cuando el jefe de la aldea apareció ante la expectante multitud, fue recibido con aplausos. Era la primera vez que le aplaudíamos. Pero el inicio de su discurso fue exactamente igual que los demás: la lucha para liberarnos del imperialismo norteamericano, el hecho de que en una revolución a la gente no hay que recordarle que debe trabajar, que debíamos trabajar para sobrevivir y cosas por el estilo. Gradualmente, la expresión de los rostros cambió notablemente. Entonces el jefe de la aldea fue al grano.

—Hasta ahora hemos luchado para destruir las diferencias entre ricos y pobres. Esta lucha casi ha terminado, pero el último peldaño del proceso exige vuestra ayuda. De modo que, camaradas y amigos, entregad todas vuestras pertenencias al comité de la aldea. Ahora somos uno. Todo lo que hay en la aldea nos pertenecerá a nosotros, los campesinos, y no a una persona particular. —Y continuó describiendo los otros logros de la revolución.

Al finalizar su largo discurso, un grupo de adolescentes recorrió la multitud y se llevaron todas nuestras pertenencias. Primero cogieron los relojes de pulsera, luego las grabadoras, cuadernos, plumas y lápices, fotografías familiares y dinero, que, según habían dicho, no tenía ningún valor bajo el nuevo régimen.

—Todo vestigio del antiguo régimen —dijo el jefe de la aldea— debe ser destruido. Crearemos «cosas nuevas» para el nuevo régimen. Debemos ayudar a la revolución espiándonos entre nosotros, porque aún quedan enemigos. El Alto Comité Revolucionario tiene una nueva tarea para vosotros. Mañana comenzaremos a construir una presa, para que en pocos meses podamos plantar arroz. Como todos sabemos, vivimos del arroz y, para obtenerlo, debemos construir una red de irrigación. Si contamos con un sistema de riego, el arroz no tardará en crecer. Para sembrar necesitamos agua; para el combate, necesitamos arroz. —Luego nos ordenó regresar a nuestras cabañas.

Esa noche el campamento estuvo muy silencioso, pero yo no pude conciliar el sueño pensando en lo que mi padre me había dicho. Me preguntaba qué era lo que él sabía sobre los objetivos de la revolución. ¿Acaso pensaban masacrarnos a todos? Mientras yacía despierto en la cabaña, oí sonidos de pasos que se acercaban a la cabaña. Quienquiera que fuese se había detenido fuera de nuestra cabaña. Me senté en el borde de la cama. Finalmente, una voz dijo suavemente:

—¿Hay alguien despierto?

—Sí —contesté—, ¿qué puedo hacer por ti?

—El comité de la aldea quiere verte.

Salí de la cabaña lo más silenciosamente que pude. Era un soldado Khmer con un reloj de pulsera y un arma. Tenía aproximadamente mi edad. Junto a un pequeño árbol había tres hombres, absolutamente inmóviles. Me escoltaron al otro extremo de la aldea, donde el jefe esperaba en el centro de un círculo de asientos. Era la primera vez que me sentaba frente al representante de los Khmer rojos en la aldea y la primera vez que le miraba a los ojos.

—¿Eres Someth? —preguntó el jefe, encendiendo un cigarrillo.

—Sí, señor..., lo siento, camarada —contesté—. ¿Quiere alguna cosa de mí?

—Ya sabes por qué te hemos llamado en plena noche. No queremos interrumpir tu trabajo durante el día. Ésa es la regla que tenemos en entrevistas de este tipo.

—Sí, camarada, lo entiendo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Lo único que necesitamos saber es la verdad. Si no nos dices la verdad, puedes tener muchos problemas.

—Diré todo lo que sé.

—Bien. He sido informado de que un miembro de tu familia fue soldado. ¿Es eso cierto? Dime la *verdad*. —Gritó la última palabra.

—No, camarada, nadie de mi familia ha sido soldado. Ninguno de nosotros ha cumplido un solo día de servicio militar. Somos agricultores. —Mi corazón latía deprisa y sentía la garganta completamente seca.

—¿Estás seguro de decir la verdad? —preguntó un hombre al que tomé por un oficial superior: tenía rasgos pronunciados, usaba un *kramar* de seda y llevaba varios bolígrafos.

—Sí, camarada —dije—, somos agricultores.

El hombre pareció aceptar mi respuesta. Me dijo que podía volver a mi cabaña. Se lo agradecí (y me recordaron que el agradecimiento había sido abolido), pero pregunté si podía tener problemas si encontraba a la patrulla en el camino de regreso a mi cabaña. Me escoltaron tres muchachos. Cuando estábamos a punto de llegar al campamento pude ver a dos hombres, con las manos atadas a la espalda, que caminaban hacia el oeste. Los seguían varios hombres con uniformes negros. Uno de los soldados les preguntó a sus camaradas qué pasaba. Le dijeron que esos dos hombres habían sido oficiales de Lon Nol. Iban a ser fusilados.

Mi padre estaba muy enfadado porque pensaba que yo había abandonado la cabaña por simple curiosidad, pero se tranquilizó cuando le conté lo que había sucedido. Suspiró y me dijo que tratara de dormir un poco.

En agosto se celebró el aniversario de la reconquista de la aldea de manos de las fuerzas de Lon Nol. Los Khmer rojos recibieron nuevos uniformes negros, un nuevo *kramar* y sandalias Ho Chi Minh. Desfilaron por toda la aldea luciendo su nuevo equipo. Cerca del cuartel general habían erigido un pabellón con hojas de palmera. Dos vacas fueron sacrificadas. Un

grupo de muchachas estaba encargada de preparar la comida y el aroma llegaba hasta el campamento. Esto provocó una dolorosa sensación entre nosotros: los aromas combinados de hojas de limonero, canela, leche de coco, semillas de coriandro y ratatillas. Al mediodía fuimos llevados al pabellón y se nos permitió comer todo lo que quisiéramos. Había una gran cuba con curry y boniatos y otra cuba llena de arroz. Las muchachas servían la comida orgullosamente. Una vez que un grupo había terminado de comer, llegaba otro a ocupar sus lugares.

Todas las tardes, antes de que se distribuyeran las raciones, había una reunión donde se pronunciaban los mismos discursos. A estas alturas, el jefe de la aldea, y cada jefe de grupo, subgrupo y compañía parecía conocerlos de memoria, y cada vez que los repetían colocaban los signos de puntuación exactamente en el mismo lugar que el día anterior. Continuamos trabajando incesantemente en la presa, agotados y con poca comida. La mayoría de los nuevos residentes padecía desnutrición. Algunos de ellos se quedaban en las cabañas sin importarles que no les dieran sus raciones. Las familias de los Khmer rojos comenzaron a sugerir que cambiásemos nuestras joyas por provisiones. Algunos lo hicieron.

Nuevamente se produjo una gran animación cuando nos dijeron que ese día no iríamos a trabajar y que debíamos asistir a una reunión llevando todas nuestras pertenencias. Incluso llegado este punto, la gente seguía pensando que quizá les enviarían de regreso a sus hogares.

Después del discurso habitual, el jefe de la aldea dijo:

—El comité está preocupado por vuestro estado de salud, ya que vivís en cabañas poco confortables. Hemos decidido mejorarlas y, mientras son reconstruidas, cada familia será enviada a vivir en las casas de nuestros camaradas. Regresaréis a vuestras cabañas cuando estén terminadas.

Obviamente, era la mejor forma de espiarnos. Fuimos enviados a nuestros nuevos alojamientos. Mi familia se alojó con una familia compuesta por el esposo, su mujer y dos hijas. Habían estado con la revolución desde 1970 y eran muy crueles. No les gustaba hablar con nosotros y temíamos decir cualquier cosa que pudiera traicionarnos. Vivíamos bajo una presión permanente y a su merced, porque ellos tenían autorización para revisar nuestras cosas mientras estábamos trabajando en la presa. Deseaban que llegase la noche para poder vestir su ropa civil y sus hijas usaban maquillaje y joyas que habían quitado a los nuevos residentes.

Un día mi padre regresó después de buscar nuestras raciones. Parecía muy triste. Sin ninguna explicación, nos habían adjudicado la tercera parte de la cantidad habitual. Luego descubrimos que alguien había estado en la casa y se había llevado todos nuestros medicamentos. De modo que, cuando una de mis sobrinas cayó enferma de disentería, solo pudimos administrarle un remedio casero hecho a base de raíces. Nadie podía cuidar de la niña. A Somaly, su madre, le dijeron que perdería su ración de comida si se quedaba en la casa. Pero, finalmente, eso fue lo que hizo, ya que el estado de la pequeña era crítico.

ABAJO. *Con su insistencia en agotadoras jornadas de duro trabajo, el régimen de los Khmer rojos raramente producía rostros sonrientes. Esta es probablemente una foto con fines propagandísticos.*

FRANK SPOONER PICTURES

CAPÍTULO 2 MI PADRE

Se produjo la peor pelea que habíamos tenido hasta entonces, cuando Somaly le dijo al jefe de su subgrupo lo que planeaba hacer. Finalmente se la autorizó a quedarse en la casa, pero no recibiría más comida. Esa tarde, cuando regresamos de trabajar en la presa, Somaly salió corriendo de la casa para decirnos que su hija había muerto.

Sintiendo una terrible furia, dejé caer mi pala sin decir palabra y me dirigí a la comuna Había una larga cola esperando la comida. Me abrí paso a empujones y me planté frente al hombre que estaba repartiendo las raciones.

—¿Por qué habéis cortado las raciones de mi hermana? —pregunté, sin darme cuenta de que había perdido el control—. Ella se quedó en la aldea para cuidar de su pequeña hija enferma. Y ahora mi sobrina ha muerto. ¿Crees que hubiese sido correcto dejarla sola y marcharse a trabajar estando tan enferma? No entiendo lo que estáis haciendo.

Todos los que estaban en la cola se esforzaron por presenciar la escena.

—Eh, camarada —dijo el jefe del Centro de Alimentación sarcásticamente—, todos tenemos que morir algún día. ¿Qué podía hacer ella por su hija enferma? ¿Acaso es médico? —un comentario que siempre repetían cuando alguien quería cuidar de un familiar enfermo. Si hubieses contestado que sí, las consecuencias habrían sido obvias—. No tiene sentido que ella se quede en casa preocupándose. Hemos perdido muchas vidas en esta guerra, ¿por qué debemos lamentarnos por la muerte de tu sobrina? Mi esposa también murió, pero yo nunca me he quejado. Escucha, camarada —y ahora elevó la voz y me apuntó con su dedo—, debes hablar con sentido de la revolución. De otro modo, tendrás muchos problemas.

> "El comité de la aldea no mata a la gente cuando descubre sus verdaderas ocupaciones. Todo lo que queremos de la gente es la verdad."

Comprendí que mi ira había estado a punto de ponerme en peligro Cerré la boca y recogí mis raciones. Cuando me marchaba, un hombre que había trabajado como conductor de ambulancias en el hospital de mi padre salió del Centro. Se mostró esquivo, como si quisiera evitarme, pero era demasiado tarde y no tuvo más alternativa que saludarme antes de continuar rápidamente su camino.

Sem, el conductor de ambulancias, era de origen campesino. Tenía alrededor de 30 años y, en el hospital, no tenía muchos amigos. Las enfermeras solían decir. «Sem podía hacer que lo blanco fuese negro.» Era un hombre agresivo y tenía fama de hablar mal de sus colegas Yo no sabía cuándo había llegado a la aldea, pero mientras regresaba a la casa no podía dejar de preguntarme qué había estado haciendo en el Centro. Por lo que yo sabía, ningún nuevo residente podía entrar en el cuartel general sin una buena razón. Si habían estado interrogándole, ¿porqué no lo habían hecho por la noche?

Decidí no hablarle a mi padre de la llegada de Sem a la aldea. No quería preocuparle y, además, estaba el problema de hablar delante de la familia del Khmer rojo. La casa consistía en una sola habitación muy grande que se abría a una galería, que era donde estábamos instalados nosotros. Esa noche nos sentamos alrededor del cuerpo de mi sobrina y lloramos. Dentro de la casa la vida continuaba como si nada hubiera ocurrido. Nuestros anfitriones disfrutaron de su baño y luego vistieron sus mejores ropas, ropas que nosotros y otros nuevos residentes habíamos cambiado por arroz y sal. Las dos adolescentes disfrutaban de su nueva situación de privilegio. Se recreaban con nuestra humillación. Si Somaly hubiese alzado la vista, las hubiese visto mientras se probaban las joyas de nuestra familia, se maquillaban y se preparaban para su larga cena habitual.

★ ★ ★

La sospecha había caído sobre mi familia. Cada tarde, mientras permanecíamos sentados comiendo nuestra magra cena, un grupo de chicos a los que no habíamos visto antes hablaban en el otro extremo de la habitación. Toda vez que descansábamos en el campo de trabajo, estos chicos estaban entre los árboles, escuchando nuestras conversaciones. Y entonces, una noche llegaron los soldados a la casa y le dijeron a mi padre que el jefe de la aldea quería verle. Mi padre se marchó sin decir nada.

Pasó una noche, un día, una semana sin noticias de él. Yo pensaba: todo ha terminado. Seguramente ya lo saben.

La ansiedad, el agotamiento y la depresión combinados con las duras condiciones de trabajo hicieron que enfermara Cuando me hube recuperado, decidí que debía indagar por la suerte que había corrido mi padre. Se lo pregunté al jefe del Centro de Alimentación, mientras repartía las raciones. Sonrió y me dijo con indiferencia que mi padre se encontraba en el Centro de Reeducación, donde le cuidaban bien.

ABAJO. *A diferencia de la mano de obra campesina, los Khmer rojos estaban bien vestidos y alimentados. La variedad con un sólo zapato era una verdadera rareza.*

—Todo está bien —dijo—, no debes preocuparte por él. Concéntrate en tu trabajo.

Mientras el hombre hablaba, alcancé a ver a Sem, el ex conductor de ambulancias. Ahora estaba trabajando en el Centro de Alimentación y llevaba un uniforme negro nuevo. Me miró de un modo extraño cuando escuchó que preguntaba por mi padre. No hice más preguntas. Cuando regresaba a la casa, me pregunté cómo había hecho Sem para conseguir ese trabajo.

Nos enviaron nuevamente a nuestro antiguo campamento; ahora la mitad de las cabañas estaban vacías. Entre el ocaso y el amanecer, si no estabas demasiado cansado para advertir esas cosas, podías ver a los Khmer rojos que iban de cabaña en cabaña escuchando las conversaciones de sus moradores. Con frecuencia se le ordenaba a la gente que abandonara sus hogares y se marchara al campo. Una noche vino uno de los chicos a decirme que el equipo de reconocimiento de la aldea quería hablar conmigo. Me llevaron al mismo lugar donde había sido interrogado hacía varios meses y me dijeron que me sentara. Había tres miembros de los Khmer rojos que nunca había visto antes y, bajo la luz de la luna, alcancé a ver que dos de ellos llevaban armas.

—No temas, camarada. No has hecho nada contra el Alto Comité Revolucionario. Sólo queremos hacerte algunas preguntas.

—Naturalmente, camaradas, os diré todo lo que sé.

—¿Crees que has dicho la verdad. . cuando dijiste que no eras estudiante y que tu familia eran todos agricultores?

El muchacho que había hecho esta pregunta cogió un fusil y se sentó cerca de mí.

—Sí, por supuesto que somos agricultores.

FRANK SPOOMER PICTURES

—No creo que hayais sido agricultores —dijo el muchacho— Nos han informado que vuestra ocupación era otra.

—Debéis haber recibido una información falsa.

—¿Qué quieres decir? —intervino otro de ellos, poniéndose de pie—. ¿A qué te refieres por información falsa?

—Quiero decir que la información que habéis recibido proviene de alguien que quiere matar a mi familia —dije.

—No me malinterpretes, camarada —dijo el hombre, caminando a mi alrededor—. El comité de la aldea no mata a la gente cuando descubre sus verdaderas ocupaciones. Lo único que queremos de la gente es la verdad. —Estaba verdaderamente enfadado por lo que yo había dicho.

—Lo entiendo muy bien, camaradas —continué—. Sé que el Alto Comité Revolucionario sólo está haciendo lo que desea el pueblo camboyano. ¿Pero por qué debe ir la gente al Centro de Reeducación? ¿Podrías decirme dónde está ese lugar?

—Es un lugar adonde deben ir algunas personas para estudiar la situación política del país. No está lejos de aquí.

Entonces intervino otro hombre airadamente.

—No te hemos hecho venir para contestar a tus preguntas. Dímelo otra vez. ¿Cuál era la ocupación de tu padre?

> "En la revolución no hay lugar para los mentirosos. Al final serán descubiertos y destruidos."

Ahora se mostraban más agresivos. Los otros dos hombres se pusieron de pie y comenzaron a pasearse cerca de mí. Les contesté, en un tono de voz tan normal como pude, que les había dicho la verdad.

—Bien —dijo uno de ellos, bajando la voz—, para ser sincero contigo te diré que el comité de la aldea necesita estudiantes y personas instruidas para ser jefes de algunos grupos. De modo que dime si eres estudiante y el trabajo podría ser tuyo.

—Ser jefe sería un gran honor para mí —dije—, y en realidad quiero ser jefe. Pero sé que no estoy cualificado para hacer ese trabajo. Soy una persona ignorante. Mi familia eran agricultores.

—Si dices la verdad, no debes preocuparte, pero recuerda que en la revolución no hay sitio para los mentirosos. Al final serán descubiertos y destruidos.

—Me alegro de oír esas palabras —contesté—. Odio a los mentirosos. Si descubrís que os he dicho alguna mentira, podéis hacer conmigo lo que queráis.

—No tienes necesidad de decírnoslo, camarada. Todo habrá terminado para ti si descubrimos que nos has engañado.

Y el interrogatorio continuó durante dos horas.

Un día, en la presa, encontré a un gran amigo mío, llamado Kuntharo. Era de la provincia de Takeo, donde había sido educado antes de trasladarse a la capital a estudiar en mi escuela. Era un estudiante inteligente y trabajador y éramos como hermanos y compartíamos incluso nuestras depresiones. Estudiábamos juntos en mi casa y salíamos juntos a ligar. Al finalizar el año, los dos habíamos hecho un buen trabajo en la escuela.

DOBLE PÁGINA: *En el interior de los campos de trabajo, la comida era habitualmente escasa y la asistencia médica primitiva. Para los que caían enfermos, la recuperación era muy poco probable.*

CAPÍTULO 2 MI PADRE

Kuntharo se marchó a visitar a su familia. Los Khmer rojos atacaron el pueblo y, desde entonces, no había vuelto a verle.

Ahora Kuntharo llevaba un uniforme negro y un M16 colgando del hombro. Era parte del grupo enviado para escuchar las conversaciones entre los que trabajaban en el campo. La primera vez que le vi estuve a punto de dejar caer la pala y correr hacia él, pero comprendí que podía meterme en problemas Continué cavando, mirándole de vez en cuando para ver si me reconocía. Cogí un cesto lleno de tierra y pasé junto a él mientras me dirigía hacia la presa. Sonrió, pero no me dijo nada. Vacié el cesto, pasé nuevamente junto a él y le sonreí. Kuntharo estaba hablando con uno de sus camaradas. Los Khmer rojos podían trabajar en el lugar que desearan en el campo. Kuntharo comenzó a acercarse gradualmente hacia donde yo me encontraba. Comenzamos a trabajar juntos. Él cavaba y yo metía la tierra en el cesto y la llevaba hasta la presa

Mientras trabajábamos yo le pregunté qué estaba haciendo con los Khmer rojos. Me dijo que le habían reclutado para el Ejército después de que su casa fuese destruida, que había estado trabajando en el equipo encargado de las municiones, con la tarea adicional de llevar a los heridos a la enfermería El resto de su familia había muerto durante el ataque

Le pregunté por el Centro de Reeducación y miró a su alrededor antes de contestarme. Me dijo que allí llevaban a los sospechosos para interrogarlos. A los ex oficiales del gobierno se los interrogaba con métodos horribles: les arrancaban las uñas, les ataban las orejas a la pared con alambres, les aplicaban electricidad, les envolvían en grandes trozos de plástico y los golpeaban, los acuchillaban o los dejaban morir de hambre.

—Puedes llamarlo prisión si quieres —dijo.

—¿Pero cómo hiciste para trabajar con ellos?

> Los Khmer rojos estaban matando a los cabezas de familia. La desnutrición estaba destruyendo a los más pequeños.

—Someth —contestó Kuntharo con un profundo suspiro—, es una larga historia. Digamos que si quieres llevarte bien con ellos debes trabajar duro y hacerte el tonto. No les gustan los intelectuales. Tienen la teoría de que, si los intelectuales sobreviven, el régimen acabará cayendo un día. Por esa razón ha desaparecido tanta gente de esta aldea. —Se interrumpió y me miró de un modo extraño. Había lágrimas en sus ojos. Luego continuó—: Someth, querido amigo, debo decirte que tu padre fue asesinado hace algunos días de la forma más horrible... yo...

Se interrumpió y volvió el rostro. Yo había dejado caer el cesto y me había cubierto los oídos.

—¿Qué estás diciendo? —grité—. Tú debiste decirles cuál era su ocupación. ¡Maldito bastardo!

—Tranquilízate, Someth —me dijo, volviendo a llenar el cesto con tierra—. Conoces mi lealtad hacia tu familia. Sabes quién soy. Te juro que jamás hubiera hecho algo semejante.

Yo sabía que en la escuela había sido mi mejor amigo.

—Lo siento —dije—, lo siento.

Kuntharo fue llamado por sus camaradas. Cuanto más pensaba en mi padre, más me enfurecía. Cavé violentamente, sin darme cuenta de que estaba empleando más energía de la que podía resistir. Cavé y cavé hasta desmayarme.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue a mi familia sentada alrededor de mí, llorando. Estaba en mi lecho en la cabaña. Mis hermanas me preguntaron qué me había pasado. Cogí a mi hermano pequeño entre mis brazos y comencé a llorar.

—Por favor, Someth —dijo Mealea—, cuéntanos lo que te ocurre Has estado llorando todo el tiempo.

Aguardé varios minutos Y luego les di la noticia.

★ ★ ★

Ahora el terror se convirtió en la cuestión principal de mi vida cotidiana. Si, de camino al trabajo, pasaba junto a los Khmer rojos, no me atrevía a mirarlos a los ojos. En el campo trabajaba solo y, con frecuencia, pasaba todo el día sin hablar con nadie excepto mi familia. Las mujeres trabajaban separadas de los hombres y la única posibilidad que tenía de hablar con mis hermanas era durante la pausa para comer. Pero esos malditos muchachos siempre estaban cerca para oír nuestras conversaciones. Las raciones de comida se redujeron y aumentaron las horas de trabajo. A veces, permanecíamos en el campo hasta las ocho de la tarde.

Ahora éramos 16. Los Khmer rojos mataban a los cabezas de familia. La desnutrición estaba destruyendo a los niños. Phan enterró a otro de sus hijos Mis primos perdieron a su única hija Yo estaba muy preocupado por la extrema delgadez de mis dos hermanos pequeños. Pero, fundamentalmente, me obsesionaba cubrir cualquier rastro de nuestro pasado Ya que, desde la muerte de mi padre, yo era el cabeza de familia.

Hacia finales de noviembre de 1975, nos dijeron que todos los nuevos residentes serían trasladados a Battambang, en el otro extremo del país. Allí, nos dijo el líder de la aldea, tendríamos más comida y menos trabajo. Nos dijeron que debíamos preparar nuestras cosas para salir al día siguiente Devolvimos las «armas» de la revolución —palas, azadones, rastrillos, etc.— y reunimos nuestras pertenencias.

Esa noche sucedió algo extraño. Las familias de los Khmer rojos nos visitaron, preguntando si deseábamos cambiar alguna cosa por arroz, sal o azúcar de palma. No nos quedaba nada para cambiar. Todo se nos había ido en comida y medicamentos. Los Khmers empezaron a conversar con nosotros. Nos dijeron que estaban muy afligidos por nuestra marcha Que era terriblemente aburrido trabajar en los campos de arroz y que las cosas serían muy difíciles después de que nos marchásemos. Comprendí que ellos ya sabían que nosotros no estaríamos mucho tiempo en la aldea Nos habían usado, dejándonos sin fuerzas y arrebatándonos todas nuestras pertenencias. Y ahora lo lamentaban por ellos mismos.

No pude dormir. No podía dejar de preguntarme si realmente nos llevarían a Battambang o no. Tal vez fuésemos hacia la muerte como jefes de familia. Los demás adultos estaban ocupados preparando la comida que habían cambiado a las familias de los Khmer rojos Al amanecer, la gente derribó las cabañas y les prendió fuego Los Khmer rojos se pusieron furiosos, pero ya era muy tarde para impedirlo.

La gente visitó por última vez con lágrimas en los ojos las tumbas de sus familiares. Entre la multitud reunida para iniciar la marcha había personas que se alegraban de abandonar la aldea. Sentían que si permanecían en este lugar ellos serían los próximos en morir. Pero otros, que tenían familiares en la misteriosa enfermería, se sentían angustiados por la separación. Nos sentamos en el campo, esperando en silencio.

Llegaron una docena de camiones, incluyendo uno lleno de

soldados... nuevos rostros. Fueron debidamente presentados y los jefes de aldea y regionales les trataron con gran respeto. Se quitaron las gorras y les hicieron una reverencia. El líder de la aldea pronunció un discurso alabando nuestro trabajo y nuestra devoción hacia la comunidad. Dijo que lamentaba tener que perdernos. Éramos trabajadores ejemplares, exactamente lo que la sociedad necesitaba. Los nuevos rostros nos observaban con interés. Para ser trabajadores ejemplares éramos un espectáculo lamentable.

A ninguna familia se le permitió llevar más de cuatro bultos de equipaje. El lugar en los camiones, dijeron, era para las personas y no para el equipaje. Así que, mientras subíamos a los camiones, una gran pila de objetos quedaba en tierra. Nos amontonaron apretadamente y yo ni siquiera pude acercarme adonde estaban mis hermanos y hermanas. Mientras nos aproximábamos a la carretera, la radio difundía canciones revolucionarias. La ira se apoderó de mí

Miré la aguja oxidada clavada en mi brazo y, de alguna manera, reuní fuerzas para recuperarme de la fiebre.

Las canciones contaban la forma en que el partido había librado al país de la esclavitud y lo felices que eran todos. Pensé en el discurso del jefe de la aldea y sentí que me hervía la sangre. Se había presentado ante nosotros como un padre benévolo cuando, en realidad, era un asesino. Si yo intentaba resistir, pondría a mi familia en peligro, como había dicho mi padre. Todo lo que podía hacer era simular ignorancia. No era difícil, pero resultaba duro vivir bajo las condiciones impuestas por personas ignorantes. Pensaba que si me moría podría encontrar un poco de paz, pero debía mantenerme con vida. Tenía mis responsabilidades. Y, además, quería ver lo que sucedería bajo el nuevo régimen. Quería contarles la historia a mis hijos, y a mis nietos, como las historias que yo había escuchado cuando era un niño.

Pasamos junto al tempo de la Dama Negra. Había sido derribado y las piedras se apilaban en el patio Mientras observaba trabajar a los soldados, volví a ver la imagen de mi padre sentado con su *kramar* en la mano, ahuyentando a los mosquitos que molestaban a mis hermanos pequeños y comencé a llorar.

Y ahora pude ver el viaje en sentido opuesto, todos los lugares donde habíamos pasado la noche en el viaje de ida. Las trincheras habían sido rellenadas con tierra y los puentes reparados con madera. Los soldados nos miraban con asombro cuando el camión pasaba junto a ellos. No parecían saber lo que estaba sucediendo. Cuando pasamos junto al lugar donde habían ejecutado al médico me eché a llorar otra vez Al mediodía, los Khmer rojos sacaron su comida y la consumieron mientras escuchaban la música de la radio. Nosotros no alcanzamos a recibir nuestras raciones, de modo que sentíamos mucha hambre.

Pero a las afueras de Phnom Penh había una gran animación entre los evacuados. Ansiábamos volver a ver la ciudad En el aeropuerto de Pochentong había muchísimos coches. Les habían quitado los neumáticos para fabricar sandalias. En la pista de aterrizaje había aviones averiados y los edificios del aeropuerto habían sido cerrados. Una bandera roja flameaba en lo alto de la torre de control. Luego pasamos frente a la fábrica textil, que también estaba cerrada, y al hospital de los monjes, que estaba vacío. Había soldados trabajando en los campos, pero todas las casas habían sido abandonadas. La Clear Water Pagoda era una especie de cuartel general militar.

Justo antes del anochecer me arrastré fuera del camión, con las articulaciones rígidas y miserablemente hambriento. Nos encontrábamos en una pequeña estación de ferrocarril, donde nos dijeron que debíamos esperar la llegada del tren. Cuando sacamos nuestra comida. preparada hacía muchas horas. se había echado a perder. El tren no apareció y pasamos todo el día siguiente en el campo, envueltos en nuestros capotes para protegernos de la intensa lluvia, temblando y tratando de dormir un poco. Recuerdo haber recogido agua de una zanja llena de sanguijuelas, y cómo Phan y San y yo tuvimos que sostener un trozo de plástico sobre el fuego para poder cocinar nuestras raciones. La gente estaba tan agotada que había perdido cualquier sentido del pudor. Defecaban a la vista de todos, agachados en las zanjas como si fuesen atrones pescadores. No querían acercase al agua por temor a las sanguijuelas.

DERECHA: *Después de la victoria de los Khmer rojos, el dinero no valía nada. Los billetes cubrían las calles de las ciudades abandonadas, sirviendo sólo como un recordatorio de otro país.*

Esa noche me despertó un ruido terrible. La gente se apresuraba a reunir sus pertenencias y todo el campamento era un caos. Phan y Somaly se habían marchado y no veía a mis primos por ninguna parte. Le pregunté a Sisopha qué sucedía. Ella no lo sabía. Quitamos el agua de nuestros capotes empapados y los guardamos en el bolso. Ahora pude ver que había llegado el tren, con un vagón de troncos delante de la locomotora. Todo el mundo pensaba que perdería el tren. Subían a los vagones por todas partes.

Me quedé inmóvil un instante. Estaba medio dormido y completamente confuso. Les dije a mis hermanos y hermanas que no se movieran. La gente era empujada y caía sobre el suelo enlodado. Nos daban empellones todo el tiempo. Los niños eran izados a los vagones y lloraban desconsoladamente. La gente que ya estaba en el tren gritaba: «¿Por qué no esperáis el próximo tren?» Pero nadie les hacía caso.

Los Khmer rojos parecían haber perdido el control sobre la multitud. Eran tantas las personas que subían al tren que parecía un escorpión con sus crías colgadas de él. Luego se oyeron tres disparos y vi a un hombre joven tendido en el barro. La gente se apartó de él. Nadie sabía por qué le habían disparado. La multitud se apartó para dejar pasar a los soldados.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó un soldado con un AK-47—. ¿Quién os ha dicho que se podía subir al tren? —Y apuntó a la gente que se encontraba en el techo del tren— Bajad de ahí inmediatamente. —Se deslizaron rápidamente desde el techo. Los soldados señalaron un segundo tren y nos dijeron que debíamos subir a él. El primer tren comenzó a moverse lentamente.

Phan, Somaly y mis primos debían de estar en ese tren, porque nunca volví a verlos. Descubrí que el primer tren se dirigía a la región dos, y muchos meses más tarde supe que ésa era la peor región de Battambang. Allí eran enviadas muchas de las familias de los ex soldados republicanos. Trabajaban en las tierras altas bajo condiciones realmente terribles. Un hombre que logró escapar de esa zona me dijo que había conocido a Phan y a mis primos. Todos ellos habían estado enfermos mucho tiempo. Luego los soldados les habían llevado a la enfermería. En realidad, la enfermería era un campo que se encontraba a un kilómetro de la aldea. Una vez allí todos murieron.

Los nueve restantes miembros de la familia que tomamos el segundo tren descubrimos que nos habían escogido para trabajar en la región inundada que se encontraba en las orillas del Gran Lago, el Tonle Sap. Primero pudimos disfrutar de un par de semanas de descanso, que hubiese resultado reparador de no haber estado amontonados en una pequeña cabaña construida sobre el agua, de modo que se filtraba a través del suelo cuando aumentaba el nivel por la inundación. No había ninguna clase de letrina, lo que significaba que debíamos hacer todas nuestras necesidades entre los barbos. Había mosquitos por todas partes y, muy pronto, contraje la malaria. Sorprendentemente tenían quinina, que administraban con una jeringuilla descartable cuidadosamente guardada. Yo miraba la aguja oxidada clavada en mi brazo y, de alguna manera, logré reunir fuerzas para recuperarme de la enfermedad. Finalmente, los Khmer rojos vinieron a decirnos que el descanso había terminado y que nos habían conseguido otro lugar para alojarnos.

IZQUIERDA: *Bajo el régimen de los Khmer rojos, el agua significaba arroz, y el arroz significaba fuerza. Esta simple ecuación era llevada a la práctica con sistemas de riego pésimante diseñados*

Era la estación de las cosechas y recolectar el arroz era considerado como el trabajo más sencillo en el calendario de los campesinos, pero no resultaba tan fácil para aquellos que fingían ser campesinos. Con el tiempo aprendí a usar una hoz, pero no antes de hacerme una fea herida en la mano izquierda. Al terminar el día, regresaba a casa con el jefe de nuestra unidad. Al no ser un soldado, era más amable que el resto de los Khmer rojos, y cuando yo salpicaba mi conversación con fascinantes datos sobre agricultura que había extraído de los libros, se mostraba vivamente impresionado.

Era un muchacho gordo, el camarada Mok, de 17 años y muy dado a las baladronadas. Antes de la revolución su pasión había sido el juego y nos contaba lo bueno que era para memorizar las cartas. Tenía un tacto especial para los dados cargados y decía que, por el sonido de éstos, podía decir el número que saldría. En el omóplato izquierdo tenía una gran cicatriz producto de una quemadura y nos contaba como había podido sobrevivir a un bombardeo de los B-52.

Me contuve de decirle a Mok que si yo hubiese sido médico, él me hubiera matado.

Tenía su propia grabadora portátil y una batería de coche, que, según él, le habían regalado cuando estaba en una unidad de combate de los Khmer rojos.

—¿De modo que eras soldado, camarada Mok? —le preguntábamos, tratando de parecer impresionados. Y entonces daba saltos de alegría, riendo y exhibiendo sus dientes cubiertos con fundas de oro. Luego cogía su *kramar* y quitaba el polvo de su reloj de pulsera Citizen. Miraba el sol y decía—: Hmmmm. Las diez en punto.

Llevaba la grabadora a los campos dentro de un bolso especial de color azul que colgaba de su hombro y ponía canciones revolucionarias mientras nos observaba trabajar. Pero también tenía algunas canciones pop camboyanas. Durante la pausa del almuerzo, él y sus amigos se sentaban en círculo mirando hacia afuera y bajaban el volumen del aparato. Si veían que alguien se acercaba, se giraban, apagaban la grabadora y comenzaban a conversar sobre el trabajo del día. Cuando la batería se agotaba, Mok enviaba a alguno de sus preferidos a recargarla con una dínamo a pedal. Éste era un buen día de trabajo.

Hacía varias semanas que no veía a Sisopha o a mis hermanos. Cuando le pedía permiso a Mok, siempre me lo negaba. Sin embargo, siempre pasaba junto a Bopha, Mealea y Orphea durante el trabajo y, un día, Mealea se las ingenió para decirme que Sisopha estaba gravemente enferma. Se había estado desmayando varias veces por día y, cuando recobraba el conocimiento, preguntaba por mi padre. Yo estaba muy preocupado y le pregunté a Mok si podía visitarla.

—No —me dijo—, tú no eres médico. —Me contuve de decirle a Mok que si yo hubiese sido médico él me habría matado.

Unos días más tarde, mientras caminábamos a lo largo del campo de arroz, Bopha me dijo que Sisopha se había recuperado de su enfermedad. Una amiga de ella, llamada camarada Ran, que tenía un hermano trabajando en la enfermería, le había dado algunos medicamentos occidentales. Ran era la única hija de un antiguo Khmer rojo. Su conducta era inusual y llegó a convertirse en una figura importante en nuestras vidas.

REX FEATURES

ARRIBA: *Potencia de fuego de diseño soviético y construcción china en manos de los Khmer rojos.*
DERECHA: *En los campos de trabajo camboyanos, quien no trabajaba no comía. Esta madre se enfrenta a un terrible dilema: acostar a su hijo enfermo o alimentarle.*

FRANK SPOONER PICTURES

Capítulo 3

TODOS MIS HERMANOS

CAPÍTULO 3 TODOS MIS HERMANOS

Un día me permitieron pasar un par de horas con mi familia y fui a encontrarme con ellos. Muchas de las cabañas estaban vacías. Familias enteras habían muerto desde que comenzara la desnutrición. Otros edificios habían sido derribados para hacer nuevos campos de cultivo de vegetales, diques y canales. La aldea estaba muy tranquila. No había animales y se veía a muy pocas personas. Los equipos de recolección estaban juntando arroz para preparar las raciones de la tarde.

Al principio me pregunté si ésa sería la cabaña correcta. Mis hermanos yacían sobre una inmunda esterilla con cientos de moscas revoloteando encima de ellos. Estaban en los huesos. Tenían la cabeza y las rodillas hinchadas. Sus vientres eran prominentes. Nunca había visto algo así, salvo en las fotografías de Biafra. Estaban demasiado débiles para incorporarse, pero me reconocieron, y Sambath, con un hilo de voz, me preguntó si tenía algo de comida. Yo no tenía nada para darles. Volví la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

Una pareja con ropas raídas se acercaba a la cabaña. La mujer parecía a punto de derrumbarse. El hombre la sostenía. Él llevaba un pequeño recipiente en la mano, una especie de lata de pintura. Sólo cuando llegaron a la cabaña vi que se trataba de Sisopha y San. Con gran dificultad subieron la pequeña escalera y entraron en la cabaña. Sisopha se tendió en el suelo y San se sentó junto a ella. Mis hermanos hicieron un esfuerzo para abrir los ojos y los miraron. Luego miraron el recipiente.

> Yo me sentía cada vez más débil. Sentía que mi rostro estaba cambiando. Mi ropa comenzaba a gastarse.

Yo estaba hambriento. Le pregunté a Sisopha por qué no se había quedado en la cabaña cuidando de nuestros hermanos. Ella se echó a llorar y me dijo que varias veces había solicitado permiso para quedarse con ellos, pero le habían dicho que no le darían más comida. Luego se enjugó las lágrimas.

—Someth —dijo—. Tengo grandes noticias para ti. ¿Quieres oírlas?

En ese momento exploté.

—¿Qué? Mira esos cuerpos esqueléticos. ¿Crees que es momento para contarme grandes noticias? Deja de comportarte como una chiquilla.

—Por favor, Someth, tranquilízate —me dijo ella, llorando otra vez—, y no me culpes. He cuidado de ellos lo mejor que he podido. Tú no lo entiendes. Nadie puede hacer nada. Si no voy a trabajar, ellos no reciben sus raciones. Ninguno de nosotros las recibe. Ellos ya estarían muertos —dijo—, si yo no hubiese ido a trabajar. Debes entenderlo.

La miré, y luego miré a mis hermanos, en silencio. Pensaba en la forma en que había muerto mi sobrina y cómo los argumentos habían sido los mismos. Sisopha tenía razón y yo estaba equivocado. Le pedí perdón y le dije que me contara lo que sabía.

—Hace unos días la camarada Ran me dijo que quería casarse contigo. ¿Qué piensas? No olvides que su madre es la jefa de la cantina de nuestra unidad.

No podía dar crédito a mis oídos. Sisopha se incorporó y se arrastró hasta donde estaban nuestros pequeños hermanos, con el recipiente en la mano. Sambath no podía sentarse. Ella lo abrazó. Luego le dio sus raciones. San había cerrado los ojos. Se mantenía apartado de todo lo que estaba pasando.

Me pregunté cómo podía la camarada Ran pensar en el amor en una época como la que estábamos viviendo. No había nada que pudiera estar más alejado de mi mente. En lo único que podía pensar era en sobrevivir. Si me negaba, ella podía causarnos muchos problemas a todos nosotros. Si aceptaba su proposición, no había duda de que tenía un buen acceso a la comida. Pero nunca había oído hablar de matrimonios entre el Antiguo y el Nuevo pueblo. Aceptar su proposición quizá me acarrearía tantos problemas como negarme a aceptarla.

★ ★ ★

Mientras preparábamos la tierra para plantar la gente seguía muriendo. Yo estaba cada día más débil. Sentía que mi rostro estaba cambiando. Mi ropa comenzaba a gastarse. Estaba mojada todo el día. Por la noche la colgaba para que se secara y dormía en mi *kramar*, pero las prendas seguían estando húmedas al otro día.

Ahora los campos estaban labrados y había que sembrarlos. Todas las unidades trabajaban juntas. La camarada Ran estaba conmigo en el campo. Mientras arrojaba las semillas vi que se acercaba a mí. Finalmente estuvo lo bastante cerca como para poder hablar.

—Camarada Meth, ¿te ha contado algo Sisopha sobre mí? —preguntó sonriendo.

—Bueno. . sí. —Estaba demasiado débil para sentirme incómodo y demasiado irritado para ser cortés.

—¿Y qué piensas?

—Bueno... —no se me ocurría qué podía decirle.

—Quiero tu respuesta ahora mismo —dijo ella, en el mejor estilo Khmer rojo.

—¿Deja de presionarme, quieres? —le dije—. Necesito tiempo para pensarlo. —Limpié un puñado de semillas y las arrojé en la pila que había junto a mí. Todos teníamos una pila de semillas para demostrar lo duro que trabajábamos.

—Creo que ya he esperado demasiado —dijo ella, arrojando sus semillas en mi pila. Me alegraba contar con algunas semillas más, pero aún así estaba sorprendido.

—Camarada Ran —le dije con irritación—, escúchame. —Me puse de pie—. ¿Crees que es correcto hablar de estas cosas cuando estamos trabajando?

Ella no se inmutó.

—No creo haber hecho nada incorrecto. Nada me asusta.

—Bueno, pero yo no quiero hacer nada contra el Angka. Déjame solo. Estamos trabajando.

—No hemos hecho nada malo —dijo la camarada Ran—. A los jefes de unidad se les permite hablar en los campos. —Yo me había enterado de que ella era ahora jefa de las viudas.

—Pero no mientras estoy trabajando.

—Dame tu respuesta ahora. Di sólo sí o no.

Yo pensaba: ¿Tengo ya suficientes semillas para llevar al montón principal? Pensaba que no. En ese momento, afortunadamente, alguien me llamó. Le dije que debía tener paciencia y que ya se lo haría saber. Ella parecía sentirse completamente frustrada.

La camarada Ran encontró un trabajo para Orphea en una aldea situada a unos 25 kilómetros, trabajando con las enfermeras en el campo. Tal vez «enfermera» no sea la palabra más apropiada. Básicamente, su trabajo consistía en recoger los excrementos de conejo cuando los trabajadores se lo pidieran. También había una terapia tradicional para las magulladuras y que consistía en que la enfermera te pellizcaba distintas partes del cuerpo. (Al camarada Mok le encantaba que las enfermeras

le tocasen de este modo.) Pasó cierto tiempo antes de que volviese a ver a Orphea.

★ ★ ★

El arroz había sido sembrado. El jefe de la cooperativa, el camarada Huon, nos dio una buena noticia: el proyecto de construir una presa que se utilizaría para irrigar las regiones dos, cuatro y seis. Y aumentarían nuestras raciones. El Angka cuidaba bien de nosotros ..

El campo de trabajo para la presa de Ream Kun era el más grande que yo había visto. Los hombres solteros, las mujeres solteras y los viudos de toda la región trabajaban en él. Y el proyecto hubiese sido realmente importante si hubiese funcionado. La idea consistía en construir una presa en el río Maung y desviar el agua hacia un embalse, desde donde sería enviada por un sistema de canales hacia las regiones dos y seis, que eran tierras altas y secas. Si el agua hubiese sido preparada para fluir colina arriba, hubiese sido una gran diferencia para nuestras vidas. Habría sido una de las maravillas del mundo, que era lo que los Khmer rojos pensaban que sería.

La presa tenía una longitud de cinco kilómetros. En algunos puntos tenía 10 metros de altura y un grosor de 25 metros en la base. Dormíamos en el suelo, bajo la clase de refugios que habitualmente se construyen para el ganado. Comíamos en una cantina comunitaria, las chicas primero y luego los chicos. La comida se preparaba en unas enormes recipientes que habían sido fabricados fundiendo partes de vehículos inservibles. Estos recipientes estaban oxidados y encostrados de comida vieja.

Sisopha, ante mi sorpresa, apareció en la cantina organizando la distribución de nuestras raciones. La camarada Ran la había cuidado hasta que se recuperó de su enfermedad También le había conseguido este trabajo y le había proporcionado sandalias y un uniforme. Sonrió al verme. Parecía encontrarse muy bien.

Desde que los misteriosos soldados Khmer rojos habían estado trabajando con nosotros en los campos, varias personas habían desaparecido. Supimos que habían muerto cuando su ropa apareció entre las pertenencias de otras personas. La ropa era tan escasa que uno se daba cuenta si alguien llevaba otro sombrero hecho con hojas de palmera o un nuevo pañuelo. La unidad estaba dividida en compañías de 30, y estas compañías subdivididas a su vez en grupos de ocho o 10 personas. Cada grupo tenía un jefe. Y ahora muchos jefes estaban desapareciendo. Nos sentimos muy felices cuando esto le sucedió a nuestro jefe de compañía, el camarada Mau, un adolescente cruel y fanático del Angka. Ante mi asombro, el camarada Mok me eligió para substituir a May. En una reunión me dijo que me pusiera de pie y anunció mi ascenso.

La camarada Ran me entregó un uniforme negro para hacer mi nuevo trabajo. Envió a llamar al Hermano Pequeño y le entregó a él la ropa. Él, a su vez, se la entregó al Hermano Mayor

ABAJO: *Niños fuera de un centro de educación de los Khmer rojos. Para el nuevo régimen, los jóvenes eran las pizarras limpias donde escribirían su filosofía.*

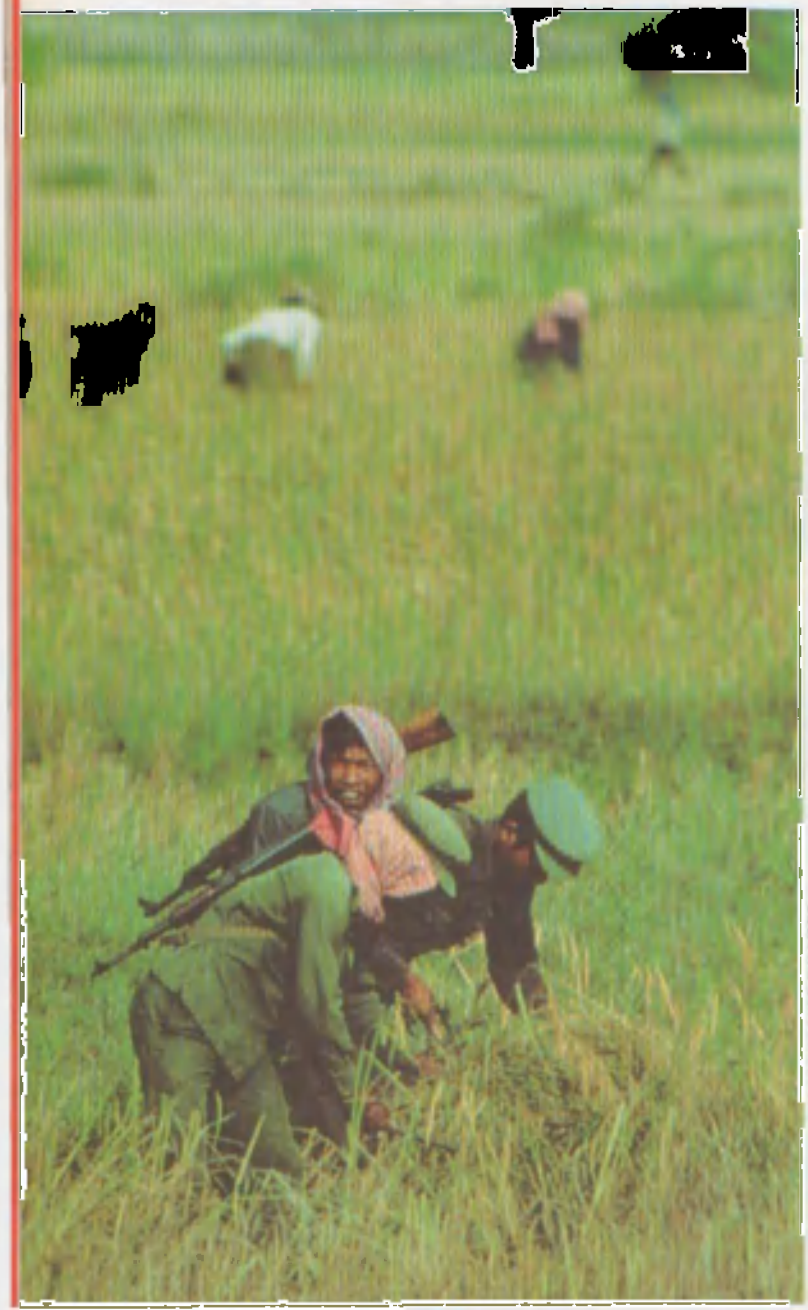
FRANK SPOONER PICTURES

y éste me la entregó a mí. Ran casi había conseguido colocarnos en una posición en la que mi familia se había convertido en parte del Antiguo pueblo, y seguía insistiendo ante Sisopha para conocer mi respuesta a su proposición de matrimonio. Luego envió a Mealea con un regalo consistente en un par de sandalias Ho Chi Minh.

Mi nuevo trabajo hizo que perdiera a mis amigos y me resultaba difícil hablar en las reuniones sin avergonzar aún más a mis compañeros. Si me mostraba demasiado débil tendría problemas con los Khmer rojos. Pero no podía adoptar el tono severo de éstos. Solía decir: «Todos debemos entender que estamos viviendo en la tierra de la revolución y que debemos trabajar arduamente para reconstruir el país.» Mi discurso nunca duraba demasiado. Dejaba que fuesen los jefes de grupo (había tres de ellos a mis órdenes) los que hicieran las amenazas.

Se me permitía disfrutar de un día de descanso a la semana, pero nunca me aproveché de este privilegio. No tenía necesidad de hacerlo. En realidad no trabajaba demasiado. Pasaba todo el día sentado en la presa observando como trabajaba mi compañía y escuchando a los otros jefes mientras discutían nuevos métodos para mejorar el trabajo. Cuando alguien hacía alguna nueva sugerencia, yo siempre decía que me parecía excelente. ¿Cavar un poco más lejos? Buena idea. ¿Cavar en una zona más próxima a la presa? Excelente idea. Me cuidaba mucho de no presentar ninguna idea propia.

ABAJO: *Guardias Khmer rojos echan una mano en los campos. Éste no era un hecho frecuente y, probablemente, posaron ante la cámara de un reportero de Europa oriental.*



FRANK SPOONER PICTURES

★ ★ ★

Al recordar aquellos días, veo claramente que los Kmer rojos se peleaban entre ellos y que su poder estaba declinando. Pero, en aquella época, nada de esto estaba claro. No se trataba sólo de la falta de noticias. Simplemente no teníamos energía para pensar en lo que estaba pasando, o en la oportunidad para discutirlo. En lo único que pensábamos era en la forma de aumentar nuestra dieta. Cuando vi a un par de ratones cerca del nuevo campo que estábamos levantando bajo la lluvia y grité advirtiendo de su presencia, todos dejaron sus herramientas y se lanzaron tras ellos. Yo también eché a correr, pero me dolían mucho las costillas y abandoné el intento. En aquellos días debía utilizar mi azadón como bastón para poder caminar.

El Centro de Reeducación se encontraba aproximadamente a un kilómetro y medio del campo donde vivíamos, pero siempre cogían un desvío cada vez que nos dirigíamos a trabajar para pasar delante de él. Estaba rodeado de zanjas que contenían afiladas cañas de bambú. Las cabañas de los reclusos carecían de ventanas. Cuando pasábamos podíamos oír los gemidos y ver a los prisioneros, encadenados entre ellos, trabajando los campos. Se los obligaba a tirar de los arados y los soldados Khmer rojos los seguían provistos de látigos o cañas con espinas. Si caían sobre el barro, los soldados los golpeaban ferozmente y los obligaban a levantarse. Nosotros desviábamos la mirada al pasar delante del Centro.

Dos miembros de las fuerzas de la resistencia habían sido ejecutados y sus cabezas clavadas en palos al final de la aldea.

Por la noche, cuando regresábamos del trabajo, vimos a dos o tres prisioneros, atados, y conducidos hacia una tumba recién cavada, que yo nunca pude ver pero cuyo olor sentía cuando el viento soplaba en nuestra dirección.

La nueva rutina nos permitió un día de descanso cada 10 de trabajo. Había reuniones todas las mañanas. Por primera vez, comenzaron admitir que escaseaba la comida y nos dijeron que debíamos trabajar más duro debido a esta escasez y no tanto porque éramos el pueblo de la revolución. Estábamos trabajando en otro de esos inútiles embalses de agua. Los Khmer rojos estaban obsesionados por el arroz, y sabían una cosa con respecto al arroz: se necesitaba agua. Estaban obsesionados con el agua, pero no tenían la más remota idea de cómo controlarla. Podríamos haber estado sembrando vegetales o maíz dulce. Podríamos haber estado criando ganado. Pero lo único que les preocupaba era satisfacer las demandas de los jefes. Podríamos haber estado reemplazando todos los árboles frutales que habían sido destruidos durante la guerra. Si hubiéramos dispuesto de redes hubiéramos podido pescar. No era la clase de hambre que padecían en África, donde el clima era terrible y la gente se moría de hambre. Aquí, el tiempo hacía lo que siempre había hecho. El hambre era una consecuencia de la mala planificación del hombre.

La zona de Battambang había sido enormemente fértil antes de la guerra. Su producción de arroz podía alimentar a toda la población del país. El problema de los campesinos en Camboya nunca había sido producir comida suficiente... había sido una cuestión de conseguir un precio justo por los alimentos, o cuestiones de propiedad de la tierra Ahora toda la tierra pertenecía al Angka, y nos estábamos muriendo de hambre.

La conducta de los soldados cambió muy rápidamente. Parecían estar muy ansiosos. Se sentaban lejos del campamento y discutían acaloradamente. Nosotros ignorábamos de qué hablaban. Habían reconocido que se había producido un fallo con las raciones y eso era algo completamente nuevo. De otra parte, dijeron que la culpa era nuestra por no haber trabajado con suficiente empeño. Antes se habían mostrado muy celosos al contar nuestras cuotas de trabajo. Ahora ya no se molestaban en contar el bambú cuando lo traíamos del campo. Su cabeza estaba en otra parte.

Una tercera parte de nuestro grupo había muerto y llegaron los reemplazos, incluyendo a un amigo mío de la cooperativa. Mientras trabajábamos en los matorrales de bambú podíamos descansar y hablar. Los pasos podían escucharse desde varios metros de distancia. Si oíamos que alguien se acercaba, cantábamos canciones revolucionarias y golpeábamos las cañas de bambú con nuestros *parangs*.

Mi amigo, Eng, tenía muchas noticias. Las cosas habían empeorado Gran número de Khmer rojos habían llegado de la región suroeste y parecían haber expulsado a los camaradas en el norte. Muchos de los antiguos jefes habían sido asesinados. Otros habían huido, y sus familias habían sido asesinadas, incluidos los niños. La seguridad se había reforzado. Espías de no más de 12 años habían sido desplegados por todas partes. Los diques que habíamos construido en los campos de arroz fueron destruidos porque los nuevos jefes dijeron que se encontraban en lugares equivocados. Y la última presa había quedado inacabada. El camarada Huon había huido con toda su familia para formar un grupo de resistencia contra las nuevas autoridades. Vivían en alguna parte cerca del Tonle Sap y seguían atacando la cooperativa para conseguir alimentos. Los Khmer rojos eran tan salvajes entre ellos como lo habían sido con nosotros. Dos miembros de la resistencia que habían sido capturados fueron ejecutados y colgaron sus cabezas en palos al final de la aldea.

El Nuevo Pueblo, decía Eng, estaba petrificado. Un grupo completo de ellos había llegado desde Svay Rieng, la región fronteriza con Vietnam. Por alguna razón, este grupo era tratado de un modo extremadamente cruel. Eran separados de todos los demás y asesinados a la menor provocación. La mayoría de las unidades que yo conocía habían sido enviadas a las tierras altas y los suministros con ellos. "Los Khmer rojos se están dividiendo", dijo Eng.

Cada noche podíamos oír el paso de camiones por todas partes. Al amanecer regresaban. Se podía advertir la diferencia entre ambos sonidos, los camiones cargados subiendo colina arriba con esfuerzo y luego bajando ligeros de carga. Pero me resultaba difícil imaginar lo que estaba sucediendo. Ni siquiera sabía dónde estábamos en el mapa.

Me preguntaba por qué los Khmers rojos luchaban entre ellos, y por qué sus actitudes habían cambiado tan radicalmente. Yo pensaba en todo lo que me había pasado y me asombraba de seguir con vida.

El camarada Chhouen nos comunicó las noticias.

—Mañana —dijo—, este campo de trabajo será desmantelado. Vuestros jefes de cooperativa desean que volváis a recoger la cosecha. Amigos y camaradas, gracias por vuestra cooperación aquí. Nunca olvidaré vuestro duro trabajo. Informaré de ello a las máximas autoridades del Angka.

Había dicho «gracias». Era inexplicable. El camarada Chhouen nos dijo que apilásemos el bambú en la orilla del río. En cuanto al *palasan*, nos dijo que podíamos llevar un poco con nosotros a la cooperativa.

Nos llevó todo el día apilar las cañas de bambú. Yo pensaba que nadie las recogería, que se quedarían allí para siempre; nunca les había importado el bambú. Sólo lo hacían para mantenernos ocupados entre las estaciones de recogida del arroz. Aparte de la presa de Ream Kun, ninguno de nuestros proyectos se había concretado. Todo había quedado a medias, y gran parte del trabajo ni siquiera se había comenzado.

"¡Eh, regresad, bastardos; no me dejéis aquí, en mitad de ninguna parte; llevadme de regreso al lugar de donde me sacasteis!"

Esa noche no hubo reunión. Hicimos una pequeña hoguera delante de cada cabaña. Estábamos excitados ante la perspectiva de regresar a casa. La gente cogía las cañas de bambú y fabricaba palillos para su familia. Otros hacían cestas para llevar como regalo. Y bastones. Tallaban cucharas. Phath estaba sentado solo. Cortaba el bambú y lo quemaba en su pequeña hoguera. Parecía no tener ganas de hablar con nadie.

El camarada Chhouen nos tenía reservada otra sorpresa. A la mañana siguiente, en una breve reunión, volvió a darnos las gracias y nos dijo que tendríamos que arreglárnoslas para regresar. Nos dijo que podíamos llevarnos el *palasan*. Luego los Khmer rojos cogieron sus mochilas y se adentraron en la selva en dirección a la montaña Rattan. Les observamos en silencio. Luego nos miramos entre nosotros. Y luego nuevamente a las figuras que se alejaban.

Ninguno de ellos volvió la cabeza. Tampoco se despidieron agitando las manos. Se limitaron a salir de nuestras vidas. Y yo oí una voz que susurraba en mi oído: "¡Eh, volved aquí, malditos bastardos; no me dejéis aquí, en mitad de ninguna parte; llevadme de regreso al lugar de donde me sacasteis!"

Todo el mundo comenzó a hablar al mismo tiempo. No nos habían dejado pases, ¿cómo haríamos para ir de una cooperativa a otra? Podrían acusarnos de estar espiando Podrían pensar que pertenecíamos a las fuerzas de resistencia. Hacía años que carecíamos de cualquier cosa que se pareciera a un documento de identidad y siempre habíamos dependido de los Khmer rojos para que respondieran por nosotros.

Había cuatro personas de mi cooperativa y decidimos falsificar un pase. Pero nunca habíamos visto ninguno. Fuimos al abandonado cuartel general. Había un montón de papeles quemados pero, afortunadamente, logré rescatar un documento que autorizaba a un Khmer rojo a viajar a Prey Svay en busca de raciones Había un cabo de lápiz escondido debajo del techo y un trozo de papel que había sido doblado y metido entre la paja. Alisamos el papel y afilé la punta del lápiz con mi *parang*.

Me sentía muy extraño sosteniendo un lápiz Parecía demasiado fino para mi mano. Me hubiera sentido más cómodo con una pala entre las manos. Comencé a escribir muy lentamente:

CAMERA PRESS

ARRIBA: *El reino de los Khmer rojos no era precisamente un Jardín del Edén y jamás se sentirían tentados por una serpiente ideológicamente falsa*

PASE

Los portadores de este pase, camarada Meth, camarada Phath, camarada Eng y camarada Tha, están autorizados a regresar a la cooperativa 102, habiendo finalizado su trabajo en el campo de bambú en la región de Learch. Estos cuatro camaradas tienen permiso para permanecer en cualquier cooperativa que encuentren en el camino. Deberán ser ayudados en la medida de lo posible, con direcciones y alimentos

Del jefe del campo de bambú, aldea de Learch, camarada Chhoeun.

Recogimos nuestras cosas y nos pusimos en marcha.

Otros miembros del equipo vivían mucho más cerca y ya se habían marchado. Cuando llegamos a la primera cooperativa, la número 506, nos dirigimos directamente al cuartel general.

—No lo entiendo —dijo el jefe—. ¿Por qué *nuestra* gente del campo de bambú no tiene un pase como éste?

—Bueno, Tío —contesté rápidamente—, nuestra cooperativa está muy lejos. Tuvimos que pedírselo al camarada Chhoeun.

El jefe me creyó. El pase parecía que funcionaba.

En la 802, el jefe parecía confundido. Nunca había oído hablar del campo de bambú. Nos acusó de pertenecer a las fuerzas de la resistencia. Pensamos que todo estaba perdido, pero, en el último momento, llegaron algunos miembros de esta cooperativa que habían trabajado en el campo de bambú. Vi al muchacho que había estado conmigo en la montaña Rattan.

—Camarada —le dije—, ¿conseguiste el pase que le pediste al camarada Chhouen?

El entendió

—No —dijo—. El camarada Chhouen dijo que nuestra cooperativa estaba tan cerca que no necesitábamos ningún pase.

Volvimos a respirar. Nos permitieron quedarnos en la aldea. Pero esa noche no pudimos dormir pensando que en cualquier momento vendrían a buscarnos. Y, por cierto, vimos que otras personas eran sacadas de la silenciosa aldea.

Mis hermanas y las de Eng estaban trabajando en la montaña Tuk Puss. Llegamos allí a la tarde siguiente y nos reunimos con nuestra gente. Se encontraban en unas condiciones horribles. Olían peor que yo y los adolescentes no eran más que esqueletos. Todos parecían tener miedo de algo, pero no nos dijeron de qué. Esa noche, cuando estábamos alojados con los solteros, todos los jefes de compañía vinieron a preguntarnos si habíamos visto combates a lo largo del camino.

Pensé que se referían a combates entre las propias fuerzas Khmer.

Cuando comprendí que Bopha y Sisopha debían estar cerca, deseé poder quedarme con ellas. Pero el pase que había falsificado me obligaba a continuar mi camino hacia la cooperativa. Tuve un breve encuentro con Bopha en la presa. Estaba desesperadamente pálida y delgada y me dijo que hacía varios meses que no tenía el período. Me las ingenié para robar un trozo de mandioca y se lo di antes de reunirme con mi grupo.

Eng, Tha y yo habíamos visto a nuestras hermanas y todas estaban gravemente enfermas. Phath, que también había robado un poco de mandioca, no tenía a nadie a quién dárselo. Lo arrojó al camino. Estábamos muy tristes. Él estaba triste y furioso.

Prey Svay, que había sido una aldea bulliciosa, estaba desierta. Fuimos de cabaña en cabaña, buscando el cuartel general para enseñar nuestro pase. El cuerpo de un anciano yacía bajo el sol. Le habían matado a tiros hacía muy poco. Continuamos nuestro camino. A lo lejos se veía una columna de humo, seguramente había combates, pero nosotros no habíamos oído nada.

En el extremo de la aldea había un grupo de soldados fuertemente armados. Antes de que pudieran reaccionar, nos acercamos a ellos y les mostramos nuestro pase. Nos estudiaron y nos preguntaron si habíamos comido. Nos indicaron dónde estaba la cantina del Ejército.

Había unos 20 soldados comiendo en una larga mesa. Todos tenían sus armas entre las rodillas. Comían velozmente, siempre alertas, pero no parecieron interesarse por nosotros. Eran tropas de combate con cosas más importantes en la cabeza. Se marcharon tan pronto como acabaron de comer.

Ocupamos sus lugares en la mesa y una mujer retiró los platos sucios. Advertí que el Ejército comía alimentos chinos. La mujer regresó con un gran recipiente de arroz caliente y un plato de cerdo frito.

—Servíos —dijo—, comed todo lo que queráis.

Y así lo hicimos. Después de tres años de comer dentro de

tu propio sombrero, era maravilloso oír el ruido de las cucharas contra los platos.

La mujer regresó, transpirando por el calor de la cocina, para llevarse los platos.

—No podréis atravesar la Ruta Cinco —dijo—, el otro lado está ocupado por los vietnamitas.

Nos miramos.

—¿Veis aquella columna de humo? —dijo, señalando a través de la ventana y enjugándose el sudor con el dorso de la mano—, han quemado la provisión de arroz. Tendréis que pasar la noche aquí.

Regresó a la cocina. Ninguno dijo nada. Nadie había dicho nada sobre una invasión vietnamita Me pregunté cómo diablos habían llegado tan lejos. Y entonces tuve un pensamiento horrible. Recordé que a Meng le habían atiborrado de comida antes de matarle. Tal vez éramos prisioneros. Tal vez estaban a punto de matarnos.

Entró otro grupo de soldados. Hablaban con la boca llena de comida. Escuché que uno de ellos decía:

—Les vi correr.

—¿Por qué no les disparaste?

—Quería que se acercaran más, pero no lo hicieron.

Uno de ellos era un niño de aproximadamente 13 años. Dijo que su hoyo de protección era demasiado profundo y que había tenido que trepar sobre su fusil para poder salir. Otro había roto su pala por la dureza del suelo. Le habían dado una pala plegable norteamericana. Cuando estaban terminando de comer, uno de ellos nos dijo que nos llevaría a nuestra cabaña.

Colgó el fusil de su hombro y le seguimos a través de campo abierto. Luego señaló una cabaña y dijo: «Ésa es. Podéis dormir ahí.» No estaba lejos pero parecía una gran distancia. Pensé que nos iba a abatir con su ametralladora.

Cuando llegamos a la cabaña no tendimos nuestras hamacas. Teníamos miedo y sospechábamos de todos. No podíamos creer que los vietnamitas hubieran podido llegar tan lejos y tampoco que no oyésemos ninguna señal de los combates. ¿Por qué nadie se acercaba a la cabaña? Podíamos quedar atrapados entre dos fuegos. ¿Qué les había sucedido a los habitantes de la aldea?

Eng, Tha y yo éramos partidarios de regresar a Tuk Puss. Teníamos miedo de que, si cruzábamos las líneas, eso significara decir adiós a nuestras hermanas. Pero Phath nos dijo que no fuésemos estúpidos. Si intentábamos abandonar una base militar, podían acusarnos de ser espías. Podían seguirnos hasta Tuk Puss. Pero teníamos miedo de permanecer en la aldea. Podían matarnos o quedar atrapados entre ambos fuegos.

—Miradlo de este modo —dijo Phath—. Supongamos que lo que dijo esa mujer es verdad y los vietnamitas se encuentran al otro lado de la Ruta Cinco. ¿Por qué no nos entregamos a ellos? Entonces seríamos libres.

—¿Y si los vietnamitas piensan que somos espías? —preguntó Eng.

—Míranos. Somos esqueletos. Ellos sabrán que somos inocentes —dijo Phath.

Sabíamos que dejábamos a nuestras familias atrás, pero pensábamos que la única manera de salvar la vida era cruzar las líneas. Aguardamos hasta la medianoche. La base estaba absolutamente tranquila y en silencio. Cogimos nuestras cosas y los *parangs*. Phath parecía más decidido que nunca.

—Si sucede cualquier cosa —dijo—, nos defenderemos mutuamente.

Mi corazón latía furiosamente. Acordamos hacerlo de ese modo y nos arrastramos fuera de la cabaña.

Con los *parangs* en la mano, los hombros encorvados, corrimos a lo largo de la base del dique hacia la Ruta Cinco. La carretera estaba desierta. La atravesamos y nos metimos en unos altos arrozales.

Al amanecer descubrimos que estábamos en nuestra tierra. habíamos trabajado antes en ese campo. Echamos a andar hacia la cooperativa, donde un chico que yo conocía saltó desde un árbol y nos ordenó detenernos. Nos dijo que guardásemos los *parang* mientras él iba a avisar al jefe de la cooperativa.

Unos minutos más tarde seguimos al chico a la aldea. Los campos necesitaban una cosecha urgente. Los pájaros se comían los granos y el viento aplastaba los tallos Me pregunté dónde estaría todo el mundo Tal vez habían muerto todos.

Los soldados Khmer rojos estaban sentados en el borde de la aldea, fuertemente armados. Le entregué el pase al jefe. Llamó a un hombre al que reconocí como perteneciente el Nuevo Pueblo. Aparentemente le habían ascendido.

—¿Quién diablos es el camarada Chhoeun? —preguntó el jefe

> Habían cogido a un miembro de la resistencia. Fue traído colgado de un palo como si fuese un cerdo camino del matadero.

—No lo sé —dijo el hombre—. Cuando enviaron a esta gente a cortar bambú, yo no estaba aquí. En cualquier caso, el camarada Huon era muy reservado. Nunca le decía nada a nadie.

—¿Estás seguro de que estas personas son de esta aldea?

—Sí, camarada

—Bien, te haré responsable a ti si pasara algo.

El nuevo jefe de la unidad de solteros tenía unos 50 hombres en su grupo. El resto se encontraba en Tuk Pass El Viejo Pueblo y el Nuevo Pueblo recogían la cosecha juntos. En el campo había muchos rumores, especialmente de parte del Viejo Pueblo, contra los nuevos camaradas llegados de la región suroeste. El arroz era enviado directamente a las tierras altas.

Las reuniones se redujeron y no se volvió a mencionar al Angka. En cambio, hablaban del Partido Revolucionario. Durante el día, los soldados protegían el campo, temerosos de que las fuerzas de la resistencia pudiesen secuestrarnos. Por la noche, no dormíamos en la aldea sino en el campo

Eng tenía razón. Muchos miembros del Viejo Pueblo habían huido hacia el Tonle Sap, y se realizaban operaciones contra ellos. Un día, mientras recogíamos el arroz, oímos gritos. Un miembro de la resistencia había sido capturado. Le trajeron atado a un palo, como si fuese un cerdo camino del matadero. Detrás de él venía su hijo, el camarada Thol, el chico a quien había visto cocinar para los soldados. En la mano llevaba una varilla llena de espinas con la que golpeaba a su padre. El padre gemía de dolor. Tenía el uniforme manchado de sangre. Se dirigieron hacia el cuartel general.

Muy pronto corrió la noticia de que el camarada Thol había matado a toda su familia, empezando por su padre. Su madre miraba mientras él le cortaba el cuello al padre. Luego el camarada Thol mató a su hermana de seis meses. Finalmente mató a su madre.

CAPÍTULO 3 TODOS MIS HERMANOS

Le recompensaron con un AK-47, del que se sentía muy orgulloso Venía al campo para enseñarlo. Y siempre estaba atento a cualquier error que pudieran cometer los trabajadores. Un chico del Viejo Pueblo caminó por error por un arrozal. El camarada Thol le ordenó que se marchara. Una mujer, también del Viejo Pueblo, rompió una hoz. El camarada Thol presenció el incidente La mujer desapareció. Un chico llamado Chhay, que tenía un hermano en la cooperativa, se marchó de Tuk Puss sin permiso para reunirse con su hermano Cuando llegó le pidieron al camarada Thol que lo identificara. Él dijo que no lo conocía. Su hermano estaba trabajando con nosotros, segando los campos. No pudo hacer nada para salvar a su hermano, o él hubiera sido la próxima víctima de Thol.

Por la mañana me enviaron junto con un grupo a Maung Rossei en compañía de un soldado. No dieron una carreta y un par de bueyes. Nuestro trabajo consistía en recoger chatarra de los molinos trilladores que estaban siendo desmantelados. Antes de llegar al pueblo había un pequeño puente. Ahora estaba inutilizado. Varios edificios habían sido destruidos por las bombas y la zona de la enfermería estaba demolida. Me pregunté adónde habrían ido los pacientes.

> Miré a mis compañeros. Estaban tan asustados como yo. Nos dijeron que nos marchásemos y nos sentáramos debajo de un árbol.

El soldado que nos acompañaba dijo que todo había sido destruido por los vietnamitas la noche anterior. Era la primera vez que los Khmer rojos de nuestra cooperativa mencionaban a los vietnamitas, y yo no creí la historia del soldado. Mientras recogía la chatarra, los soldados cavaban febrilmente detrás de la enfermería. Pensé que probablemente los propios Khmer rojos habían volado el puente para detener el avance de los vietnamitas y que también habían matado a la gente de la enfermería.

Pero ahora sabía que los vietnamitas estaban cerca. Un par de días más tarde, el jefe de la radio fue reemplazado. Todos los niños y los adolescentes enfermos fueron enviados a Tuk Puss. La cosecha no había terminado La herrería estaba cerrada y nos dijeron que nos llevásemos todo lo que podíamos en bicicleta.

Pero primero debíamos construir las bicicletas. Recorrimos toda la cooperativa buscando pedazos y piezas que habían quedado desde la época de Lon Nol El contenido de las casas del Viejo Pueblo era muy interesante. Cada una tenía al menos un saco de arroz, buena ropa que nos habían quitado a nosotros, azúcar, sal y grabadoras. Algunos tenían grandes depósitos de comida enlatada: raciones norteamericanas. Parecía como si hubiesen estado preparándose para algún gran acontecimiento.

Encontré cinco viejas bicicletas con las cuales me construí una que funcionaba. Hicimos cestos de bambú para llevar a la espalda y ahora disponíamos de cinco bicicletas en nuestro equipo. El primer día cogimos gallinas; el segundo, gallinas y huevos. El tercer día hicimos el viaje a pie porque estábamos conduciendo el ganado. Teníamos instrucciones estrictas de no perder ningún animal o pagaríamos por ello, pero una de las vacas se derrumbó en mitad del camino, estaba a punto de dar a luz; decidimos esperar. Era muy difícil mantener el rebaño en un mismo lugar; siempre intentaban escapar.

El nuevo jefe de equipo nos dijo un día que no nos acompañaría porque tenía mucho trabajo en la cooperativa. Como nunca nadie nos había parado por el camino, no nos molestamos en pedirle que nos dejara un pase. Esta vez cogimos una buena provisión de azúcar de palma. Era una especie de melaza, casi tan dura como la brea.

El camino entre la cooperativa y Tuk Puss nos obligaba a pasar a través de los campos secos, cargando lo que llevábamos sobre varios diques y recorriendo un tramo arenoso junto a un estanque, donde resultaba imposible montar en las bicicletas y muy difícil empujarlas cargadas como iban Atravesamos la arena y subimos a la presa. Habíamos montado nuevamente en las bicicletas cuando un chico salió de entre la maleza apuntándonos con un arma. Nos dijo que levantáramos las manos, dejásemos todo lo que llevábamos y camináramos delante de él.

—Creo que tenemos un problema —dijo uno de mis amigos.

Hicimos lo que nos había dicho y nos llevó a una cabaña.

—¿Por qué habéis cruzado nuestras líneas? —preguntó el comandante de los Khmer rojos

—Llevamos azúcar de palma desde nuestra cooperativa hasta la montaña Tuk Puss —dije.

—¿Tenéis pases? ¿Quién es vuestro jefe?

—Él no está con nosotros. Tiene que encargarse del resto de las provisiones en la cooperativa. Olvidó darnos nuestros pases.

—¿Habéis visto tropas vietnamitas por el camino?

—No, camarada —dijo uno de nosotros—. Si hubiese habido tropas vietnamitas, no estaríamos aquí.

—¿Os dais cuenta de que habéis cruzado las líneas enemigas cuando estuvisteis en Prey Svay? Tuvimos una escaramuza con ellos hace una hora.

Me pregunté por qué no habíamos oído los disparos

—Sois espías —dijo el comandante—. Os han enviado a investigar nuestras posiciones.

—No, camarada, no somos espías —dije—. Si fuésemos espías, no hubiéramos montado en bicicleta por la presa a la vista de todos Somos de la cooperativa 102.

—Os quedaréis aquí hasta que averiguemos quiénes sois.

Miré a mis compañeros. Estaban tan asustado como yo. Nos dijeron que nos sentásemos debajo de un árbol. Luego dos soldados se acercaron a nuestras bicicletas y examinaron los frascos. Derramaron el azúcar en el suelo. Si el montón era demasiado espeso, lo removían con palos. Se habían vuelto completamente locos. La mitad del tiempo miraban hacia los campos, esperando que los vietnamitas aparecieran en cualquier momento. Luego derramaron la melaza sobre sus pantalones y sus pies. Las moscas comenzaron a revolotear alrededor del líquido dulce. Me entregaron uno de los frascos que habían examinado. El resto lo arrojaron en todas direcciones. En cualquier otra circunstancia hubiese sido divertido. ¿Acaso pensaban que escondíamos armas en la melaza?

Al caer el sol escuché que el comandante ordenaba a sus hombres que se retiraran hacia las montañas Dijo que los vietnamitas atacarían esa noche Por qué dijo eso delante de nosotros si pensaba que éramos espías, lo ignoro. Y más aún, nadie le había traído esa noticia. Él simplemente había decidido que eso era lo que iba a pasar.

DERECHA: *Como sucedía con los Khmer rojos, el Ejército de Vietnam del Norte tenía un floreciente programa de oportunidades para la juventud. Aquí, vietnamitas viejos y jóvenes avanzan hacia Camboya.*

ARRIBA: *Cuando los Khmer rojos se desmoronaron ante el avance del Ejército norvietnamita, las comunicaciones quedaron interrumpidas. Aquí, los inmutables asesinos de Pol Pot luchan a lo largo de la frontera tailandesa.*

Los soldados comenzaron a marchar en fila india llevándonos con ellos. Mientras subíamos hacia las colinas pude ver grupos de civiles que bajaban hacia Prey Svay. A medianoche llegamos a una presa. Durante todo el camino pensaba que nos matarían en cualquier momento. Un guardia nos vigilaba todo el tiempo. Nadie durmió esa noche. Los Khmer rojos hablaban cerca de nosotros, pero yo estaba tan aterrorizado que no prestaba atención a lo que decían.

Al amanecer reemprendimos la marcha. Los soldados decían que íbamos hacia Phnom Dongrek. Si era así, habían cogido la dirección equivocada. Pero las montañas de Dongrek eran un famoso escondite de los guerrilleros.

A media mañana vi al jefe del campo de trabajo de Tuk Puss. Le conté nuestro problema y él habló con nuestro comandante y nos dejaron en libertad. Fue una buena acción de su parte porque, por la dirección que llevaba, me di cuenta de que estaba huyendo.

Mis compañeros y yo nos separamos inmediatamente y fuimos a buscar a nuestros familiares. Mientras me acercaba a Tuk Puss vi que el Nuevo Pueblo estaba en los campos recogiendo mandioca, maíz dulce, plátanos y calabazas sin madurar. Llenaban sacos y se lo llevaban todo a sus cabañas. Los Khmer rojos no les prestaban mayor atención. Parecían nerviosos y se estaban reuniendo en el cuartel general preparados para marcharse. Estaban armados hasta los dientes.

Todos los soldados se marchaban hacia las montañas. Todos los integrantes del Nuevo Pueblo bajaban de ellas. Muchos ya habían llegado a Tuk Puss y estaban construyendo vivacs en los campos.

En la cantina habían destruido las jarras de agua. Los grandes recipientes para el arroz, hechos con motores fundidos, estaban volcados, y las moscas volaban sobre los restos de comida vieja.

Estaba claro que los habitantes de Tuk Puss no querían volver a poner los pies en ese campo de trabajo. Por esa razón estaban haciendo su campamento en el campo. El sol se estaba ocul-

REX FEATURES

tando y la larga fila de soldados continuaba ascendiendo la montaña. Había heridos que eran transportados en hamacas. La gente sostenía a sus camaradas. Yo seguía sin entender cómo no habíamos oído un solo disparo.

Recorrí el campo buscando a mis hermanas y tratando de encontrar a algún conocido para implorarle que me diese un poco de comida. Todo estaba muy silencioso. La gente estaba en sus vivacs. Alguien trillaba arroz con el mango de una pala. Los niños estaban pelando los granos dentro de sus sombreros. La gente remendaba los sacos y se preparaba para sobrevivir.

Miré en el interior de un vivac y vi a la camarada Ran. Yo ya había escuchado que se había casado con alguien del Viejo Pueblo en la comuna de los pescadores Pareció asustarse cuando me vio. Estaba mucho más delgada y seguramente había estado enferma: sus pechos se habían encogido y llevaba el pelo cortado como un hombre.

—Camarada Ran —le dije, sentándome en el vivac—, ¿has visto a mis hermanas?

Habían desparramado hojas secas en el suelo y el gran saco de plástico para protegerse de la lluvia estaba en un rincón. Ésa era su cama. La almohada era un saco de arroz norteamericano, a medio llenar Pensé que se alegraba de verme, aunque parecía estar deprimida. Su esposo estaba preparando unas gachas de arroz

—Sí —dijo—, ayer vi a Bopha en el campo, pero me temo que no sé nada de Sisopha. ¿Has comido?

—No —le dije—, me han traído detenido los camaradas soldados.

Yo escogía cuidadosamente mis palabras. Su esposo trajo la comida para los tres. Tenían platos esmaltados y cinco cucharas. Al terminar la comida, durante la cual su esposo no había dicho nada mientras yo relataba los acontecimientos recientes, les pregunté si podía quedarme con mi cuchara. Ella también me hubiese dado un poco de arroz si su esposo no hubiera estado presente. Me marché y dormí en campo abierto.

> Siempre pensamos que ya habíamos pasado por lo peor, pero cada día nos traía una nueva atrocidad.

A la mañana siguiente, mientras vagaba por el campamento, un amigo me golpeó en el hombro.

—Eh, Someth, ¿qué coño estás haciendo aquí? ¿Aún sientes cariño por los Khmer rojos? Venga, vámonos. Nuestros sueños se han hecho realidad —Nos unimos a la multitud que bajaba de las montañas.

Llegamos al canal 17 de Abril, así llamado en honor al día de la liberación de Phnom Penh. Miles de vidas habían quedado para siempre en este lugar. Ahora acampamos junto al canal. Era como una fiesta Todo el mundo compartía su comida. Trajeron los animales de la comuna, que comimos con mucho agrado. Se podía escuchar a la gente que gritaba: «¿A alguien le falta cerdo asado? Aquí tenemos mucho. Deprisa, que se quema.» Algunos tenían platos. Otros conservaban sus sombreros. Alguien pedía sal y otro le hacía señas para que se acercara. Vi que un hombre le daba instrucciones a otro para que no se le pasara la carne

Y luego comenzaron a cantar.

Al día siguiente fui a Prey Svay. Estaba muy preocupado por mis hermanas y me irritaba mi incapacidad para encontrarlas entre la multitud, pero era arrastrado por el movimiento general.

Cuando nos acercábamos a la Ruta Cinco comprendimos que habíamos llegado al campo de batalla. Toneladas de arroz habían sido quemadas y aún ardían. Docenas de Khmer rojos yacían muertos en los campos. Habían uniformes por todas partes. Recordé a los soldados de Lon Nol que, el 17 de abril, pasaban corriendo delante de mi casa y la gente les regalaba ropa. Ahora no podíamos hacer lo mismo. Por nadie Me pregunté quién habría prendido fuego al arroz. Era *nuestro* arroz. No se debería prender fuego al arroz.

Cuando llegaban a ese lugar, todos se quedaban inmóviles y miraban sorprendidos los grandes montones de arroz ardiendo. Simplemente no podíamos creer que alguien hubiera podido hacer algo así. Siempre pensábamos que habíamos pasado por lo peor, pero cada día nos traía una nueva atrocidad.

Un súbito movimiento llamó mi atención. Me volví y vi una fila de armas que nos apuntaban Sandalias Ho Chi Minh. Pero uniformes color verde oliva Eran los vietnamitas.

REX FEATURES

ARRIBA: *Vendando ojos que no ven. Un cráneo camboyano es un testigo gráfico de una ejecución.* DERECHA: *Para la mayoría, la comida era mantenida a nivel de subsistencia, pero para los Khmer rojos había mucha y gozaban de excelente salud.*

REX FEATURES

Capítulo 4

LA VENGANZA

CAPÍTULO 4 LA VENGANZA

Uno de los soldados nos gritó algo La mujer que estaba a mi lado dijo que debíamos dejar todo lo que llevábamos en el suelo y alzar las manos. Estábamos petrificados. Luego nos ordenaron separarnos: las mujeres a un lado de la carretera y los hombres al otro lado Mientras nos alejábamos de las mujeres les dijimos que si las cosas se ponían feas diríamos que estábamos casados con ellas. Los soldados vietnamitas se acercaron, registrando primero a los hombres y preguntando si alguno de nosotros éramos Khmer rojos. Pienso que sólo con ver nuestros cuerpos esqueléticos podían ver que no lo éramos. En cualquier caso, no parecían demasiado interesados y apenas si registraron a las mujeres. El intérprete tenía un fuerte acento a Kampuchea Krom.

> No podía creer con qué facilidad habían sido derrotados los Khmers rojos. Se habían desvanecido como el humo.

Habíamos tropezado con una unidad de artillería móvil. Todo el asunto parecía muy relajado. Algunos soldados dormían en hamacas, con las armas junto a ellos. Otros estaban matando una vaca y preparando su comida junto a los camiones. En los campos, los niños camboyanos estaban recogiendo lo poco que quedaba de la cosecha. Cuando los vietnamitas no encontraron a nadie de los Khmer rojos entre nosotros, nos dijeron que podíamos acampar cerca de ellos, pero no cerca de la base.

Me acosté en el campo con la espalda apoyada en el dique del arrozal. No podía creer con qué facilidad habían sido derrotados los Khmer rojos Se habían desvanecido como el humo. La gente seguía bajando desde las colinas y acampando alrededor de nosotros. Yo seguía preocupado por mis hermanas y comencé a buscarlas por todas partes.

Cuando comenzó a caer la noche, llegó un grupo de Khmer rojos y del Viejo Pueblo, desarmados y vistiendo ropas de campesinos. Caminaban con las cabezas bajas, temiendo ser reconocidos e hicieron su campamento lo más lejos posible de la multitud. Se sentaron juntos y trataban de ocultar sus rostros.

Uno de ellos conocía bien a mis hermanas. Era el camarada Thol, el que había matado a su propia familia. Le toqué el hombro. Dio un brinco.

—¿Has visto a Sisopha? —pregunté.

La voz de Thol tembló y dijo tartamudeando:

—Vi a Sisoph a ya Bopha cuando abandonaban Tuk Puss en dirección a Maung Russei.

—Thol —dije—, ¿estás seguro de que las has visto?

Era la primera vez que yo interrogaba a un miembro del equipo de reconocimiento. Estaba pálido.

—Sí, estoy seguro —dijo—. No se las llevaron a las montañas con los otros camaradas. —Los otros no dijeron nada. Sus cabezas se ocultaban como las de las tortugas Estábamos a sólo unos cientos de metros de los vietnamitas.— Créeme —dijo Thoyl, implorando por su vida—, no se las llevaron a las montañas. Se dirigían a Maung Russei.

—Bien —dije, y me alejé de ellos.

Me pregunté qué pasaría ahora. La vaca había sido completamente consumida. Se veían algunos vientres plenos. La gente entonaba canciones del período de Lon Nol y, cuando su libertad ya les resultó más familiar —cuando comenzaron a creer en ella—, empezaron a pensar en la venganza.

Hablaban de las personas más odiadas de su zona: el jefe de la cantina, el jefe del equipo de reconocimiento, el líder de la cooperativa. Un hombre dijo:

—Si le encuentro, veréis cómo es mi furia.

Su amigo dijo:

—Yo te echaré una mano.

Pero la gente no necesitaba ayuda Querían la satisfacción de vengarse solos.

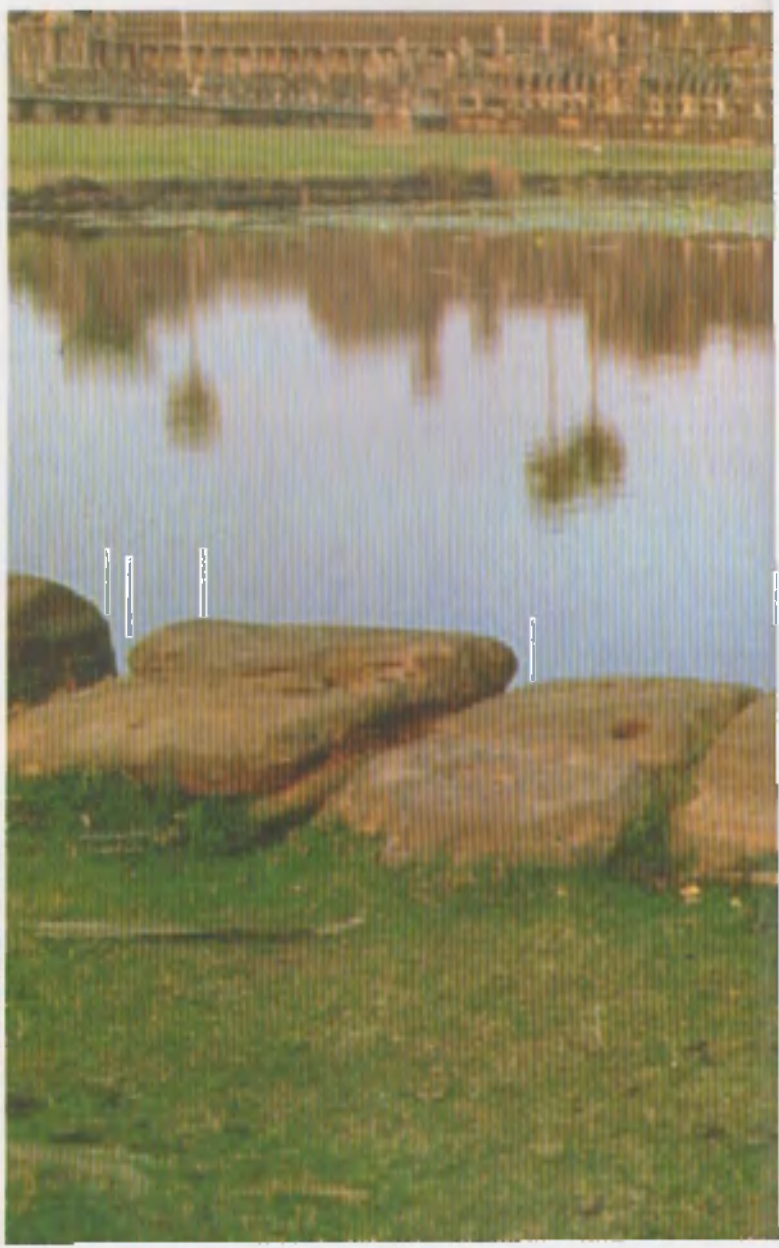
—¿Cómo piensas hacerlo?

—Voy a cortarlo en pedazos como si fuese un leño.

—Demasiado sencillo. Tendrías que pensar en algo peor.

Tal vez hubiese sido mejor que yo informara de la presencia de Thol a los vietnamitas Al día siguiente vi a varios de los antiguos jefes de mi área, atados y con los ojos vendados, cuando fui en busca de mi pase. Luego eché a andar. presa de gran excitación, por la Ruta Cinco.

Una mujer joven pasó corriendo delante de mí, perseguida por un grupo de hombres armados con *parangs*, palos y hachas. Logró recorrer varios cientos de metros antes de caer de bruces, gritando:



FRANK SPOONER PICTURES

DERECHA. *Las tropas del Ejército norvietnamita disfrutan de los frutos de la victoria delante de los templos de Angkor Wat. Liberada del yugo de los Khmer rojos, Camboya volvía a ser un hermoso país.*

—¡No, no fui yo, me ordenaron que lo hiciera! Por favor, no me matéis. ¡Por favor, no me matéis!

La palabra «por favor» volvía a estar de moda.

Les llevó cinco segundos acabar con ella y cortarle la cabeza.

El hombre con el hacha alzó la cabeza en el aire. Le gritó a la cara:

—Ahora te tengo. ¿Por qué nos mataste de hambre a mí y a mis hijos? Ahora iré a buscar a tu esposo. —Guardó la cabeza y se alejó con el grupo.

Aunque yo había visto cientos de cadáveres en los últimos años, era la primera vez que presenciaba la muerte de una persona. Los vietnamitas no intervinieron para nada.

En Maung Russei, había mucha gente que yo no conocía acampada al costado de la carretera. Estaba la camarada Ran, vestida ahora con un sarong, sentada detrás de una carreta, con el rostro oscurecido por su *kramar*. Su esposo parecía más nervioso que nunca. Ella me dijo que mis hermanas se habían marchado hacia Wat Svay esa misma mañana y que estaban buscándome Luego me entregó una bolsa de tabaco.

—Siento todo lo ocurrido —me dijo.

Wat Svay estaba a sólo medio día de marcha desde Maung Russei, pero la carretera estaba cortada y los soldados no dejaban pasar a nadie. Había un estanque junto a la carretera y los que no habían sido autorizados a pasar decidieron acampar allí. Encontré a varios amigos del campo de bambú, incluyendo a Phath, el muchacho que había sido torturado por haber robado boniatos. Hicimos un vivac y hablamos del pasado y del futuro.

Ahora me enteré de que Phath había sido estudiante de la escuela superior; era sobrino del general Thapana Nging, miembro del gabinete. Era el único superviviente de una familia compuesta por 13 miembros.

★ ★ ★

Un día, mientras buscábamos arroz, vi al jefe del campo de trabajo de la montaña de Tuk Puss, quien era buscado por varios miembros de nuestro grupo. Estaba sentado tranquilamente sobre un saco de arroz, mirando el suelo, con el pensamiento a miles de kilómetros de allí. Tres hombres se acercaron a él por detrás y, antes incluso de que pudiera volverse, su cabeza se separó limpiamente de su cuerpo y cayó rodando a sus pies, de modo que. durante un segundo, dio la impresión de que estuviese sentado allí contemplando su propia cabeza

Aparte de buscar arroz afanosamente, había tres formas de ganarte la vida. Los que no querían abandonar la aldea por temor a encontrarse con los Khmer rojos, trabajaban en el mercado o hacían azúcar de palma o ponche Luego estaban los pescadores, quienes siempre iban en grupo como medida de seguridad. Y luego estaban los buscadores de oro, quienes vagaban por los alrededores de la aldea buscando cadáveres y tumbas La mayoría de los camboyanos llevaba la dentadura con fundas de oro, de modo que estos hombres llegaron a ser conocidos como los millonarios. Con asombrosa velocidad —todo esto sucedió en tres semanas— los buscasdores de oro

ARRIBA: *Un miembro del Khmer Sereikar, que combatía contra los vietnamitas y contra los Khmer rojos.*

tenían motocicletas, flamantes Honda que habían comprado en la frontera. Tenían unos relojes increíbles, cadenas de oro alrededor de sus cuellos, camisas abiertas hasta la cintura, cigarrillos tailandeses. Pero aún calzaban sandalias Ho Chi Minh. El calzado no era una prioridad entre los contrabandistas.

Los contrabandistas establecieron rápidamente una serie de puestos desde Tailandia hasta Sisophon, de allí a Battambang y luego hasta donde nos encontrábamos nosotros y más allá. De modo que el precio de los productos aumentaba por el camino. La moneda en circulación era el oro. Venía en hojas. Si querías pagar por alguna cosa, cortabas un trozo con unas tijeras. La gente aún no tenía balanzas. Cuando cortaban el oro del viejo régimen descubrían que era impuro; en el centro había una especie de metal pesado en polvo Pero todo el oro era desviado en dirección a Tailandia.

A cambio llegaban sarongs y tejanos, telas, arroz, cosméticos, alimentos enlatados, fruta, cigarrillos y alcohol. Todo esto sucedió antes de que lograra ponerme en contacto con mis hermanas.

Entonces un día alguien me dijo:

—Eh, Someth, me he encontrado con tu hermana hace media hora. Te está buscando por allí.

Sin detenerme a darle las gracias, salí corriendo en la dirección que me había indicado. Y allí vi a Bopha, sentada abatida junto a la carretera Le grité Corrimos el uno hacia el otro y nos abrazamos llorando.

Cuando Bopha me dijo que hacía sólo dos días que se había enterado de dónde me encontraba, me sentí culpable. Una carretera a Wat Svay se había abierto hacía una semana. Desde entonces yo había estado vagando por los alrededores de Maung Russei, preocupado por mis hermanas pero sin buscarlas No sé por qué. Tal vez estaba en estado de shock.

Esa noche, uno de los buscadores de oro celebró una fiesta de casamiento. Bopha me acompañó. Habían matado una vaca y un cerdo. El novio llevaba tejanos, una camisa blanca nueva, un complicado reloj de pulsera y una pulsera de oro. La novia vestía un sarong nuevo y una blusa, alrededor de nueve collares de distinto tamaño (yo pensé que se rompería el cuello) y varios anillos El único detalle que podía recordarte al pasado régimen eran las sandalias Ho Chi Minh

Había tres grabadoras que irradiaban exactamente la misma música, y había montones de linternas eléctricas. Había también lámparas de queroseno traídas de Tailandia y, bajo su luz, podía verse el polvo que levantaban las parejas que bailaban. Tambores caseros y violines de dos cuerdas proporcionaban la música tradicional, pero no había ningún monje o *achar*. Los soldados vietnamitas se unieron a la fiesta (tal vez habían ayudado con la gasolina), bailando con sus armas colgadas del hombro. Las muchachas coqueteaban con ellos y les enseñaban el *ram vong*, la danza circular. Había unos 300 invitados. Llegaron solos y se marcharon en pareja después de haber comido y bebido productos traídos por los contrabandistas. Las esposas llegaban y se llevaban a sus maridos.

Sisopha y Bopha habían levantado un pequeño cobertizo debajo de un árbol de mango junto a la pagoda. Había monjes vestidos con túnicas traídas de contrabando, el altar estaba decorado con papel planteado y la gente estaba entregada a sus rezos vespertinos. Ardía el incienso También había velas. La gente había levantado pequeños altares junto a sus refugios

No podía creer cuánto había cambiado Sisopha para bien. Se la veía muy saludable y el verdadero color de su piel había reemplazado la antigua palidez. Había conocido a dos hermanos lla-

mados Than y Khun. Khun era un niño muy inteligente, que siempre estaba sonriendo y dispuesto a hablar. Than se mostraba extremadamente tímido conmigo. Al principio no me explicaba la razón. En aquellos días no parecía sonreír nunca. Era la clase de persona de la que uno diría: «Si sonríe esta noche habrá una terrible tormenta.» Yo le recordaba del campo de trabajo de Tuk Puss, donde había sido jefe de compañía. Los otros jefes pensaban que trabajaba demasiado duramente Pero él vivía apartado de todos.

La razón por la que Than se mostraba tan tímido conmigo era que yo era cabeza de familia y tenía algo muy importante que preguntarme.

Un día me marché a buscar a Orphea, que estaba viviendo en un aldea llamada Thmar Kaul, al otro extremo de Battambang. Mis hermanas me habían preparado un poco de arroz y carne seca en hojas de plátano. Caminé durante parte del día y me llevaron algunos kilómetros en carretas de bueyes Mientras nos acercábamos a Battambang vi que algunos puestos de control estaban supervisados por soldados camboyanos. Eran partisanos armados por los vietnamitas. Habitualmente había un arma para tres soldados. Llevaban uniformes del Ejército de Hanoi, pero no tenían cascos. Su función principal parecía consistir en recibir sobornos de los contrabandistas. A un costado de la carretera, la gente tenía balanzas para pesar el oro. El peso variaba de puesto en puesto.

Dos Khmers rojos aparecieron de ninguna parte. Estábamos convencidos de que nos obligarían a ir con ellos.

En el extremo de la aldea vi a una mujer sentada en la escalera de su casa disfrutando del fresco de la tarde. Me detuve ante su puerta y le hice algunas preguntas. Ella quería saberlo todo: dónde había trabajado mi hermana, cómo me habían separado de ella, etcétera. Cuando le dije que había sido enfermera en Kompong Kau, se puso nerviosa y me preguntó por qué la estaba buscando Le repetí que estaba buscado a mi hermana y comencé a contarle lo que le había sucedido al resto de mi familia. Finalmente, la mujer pareció tranquilizarse y dijo que su hija también había trabajado en la enfermería de Kompong Kau En ese momento la hija salió de la casa. Le dije que mi hermana se llamaba Orphea. La muchacha se sorprendió y me dijo:

—Es mi mejor amiga. Está en la cocina preparando la cena.

Entonces salió Orphea y, para mi agradable sorpresa, me di cuenta de que la descripción que había dado de ella era completamente equivocada. Se había convertido en una hermosa joven

De regreso en Wat Svay introdujimos algunas mejoras en nuestro refugio. delimitamos un trozo de tierra y plantamos vegetales y maíz dulce. Sisopha cambiaba pasteles de arroz por oro o arroz. Orphea y Bopha recogían las cosechas en los campos abandonados. De una u otra forma íbamos saliendo adelante.

Than reunió el coraje suficiente para pedirle a Sisopha que me dijera que le preguntara a Bopha si quería casarse con él. Creo que era uno de los novios de Sisopha, pero ella estuvo de acuerdo. Y si Bopha estaba de acuerdo, yo no me opondría.

Dos días antes de la boda, llegó la familia de Than y acampó alrededor de nuestras dos cabañas Trajeron arroz, frutas, hierbas y especias de contrabando. También trajeron sarongs para Bopha. El hermano de Than mató una vaca y todos ayudamos a preparar el banquete tradicional. Los invitados serían 50. Una grabadora, un generador y un altavoz habían sido alquilados en Battambang. En la familia de Than había músicos. Los monjes y el *achar* habían sido invitados a la fiesta. La noche previa a la boda, los adolescentes de la aldea vinieron a bailar junto a nuestras cabañas.

Yo estaba asombrado por no poder dormir. Al día siguiente partía un convoy hacia los colinas en busca de mandioca. Yo tendría que ir. Ya le había entregado mi oro a Sisopha y no me quedaba nada para darle a Bopha como regalo de bodas No podía perder esa oportunidad y pedí prestado una de las carretas con bueyes a la familia de Than.

A las seis de la mañana, cuando comenzó la música de la boda, me despedí de la familia, llevándome conmigo algunas provisiones provenientes de la comida destinada a la fiesta. Nos llevó un día y una noche atravesar el tramo arenoso del camino que llevaba al campo de mandioca, y otro día cavar y cargar la carreta. Vi algunas papayas maduras y pensé que serían un buen regalo para Bopha. Éramos unas 30 personas en el grupo Trabajábamos en silencio y temiendo que pudieran aparecer los Khmer rojos Por la noche dispusimos las carretas formando un círculo protector, atando a los animales en su interior, y encendiendo pequeños fuegos para combatir a los mosquitos Nos acostamos temprano, con los *parangs* al alcance de la mano y emprendimos el regreso con las primeras luces del amanecer.

Dos Khmer rojos aparecieron de ninguna parte y detuvieron el convoy. Estábamos convencidos de que nos obligarían a ir con ellos. Pero ellos también tenían miedo y comenzaron a preguntar si había algún militar entre nosotros. Eran muy amables y sus uniformes estaban raídos y sucios. Se parecían a los muchachos que habían entrado por primera vez en Phnom Penh. Iban de carreta en carreta implorando un poco de comida. Sus ojos se fijaron en mis papayas y yo juzgué que era mejor que se las diera. Luego nos permitieron marchar, agradeciéndonos la comida, cosa que nos sorprendió muchísimo. Nos alejamos lo más rápidamente que pudimos Yo había notado que los soldados no tenían cargadores en sus armas, pero nadie sabía si no había más Khmer rojos escondidos entre la maleza Con mi carga de mandioca pude conseguir un puñado de joyas que le regalé a Bopha

★ ★ ★

En los primeros días de la ocupación vietnamita, no existía ninguna clase de organización política Nosotros organizábamos nuestras vidas y los vietnamitas se encargaban de acabar con los Khmer rojos. No había nadie que hiciera cumplir la ley, pero, en aquellos días. no se cometían demasiados delitos. Estábamos tan contentos de habernos liberado del antiguo régimen que nuestras relaciones con el nuevo eran bastante amistosas, aún cuando se tratase de la fuerza invasora que siempre habíamos temido La gente se unía a los vietnamitas formando milicias. Los vietnamitas comprobaban sus credenciales entre los vecinos para asegurarse de que no se trataba de Khmer rojos que se estaban rearmando. Los milicianos recibían comida a modo de paga y sustanciosos sobornos de parte de los contrabandistas.

Al principio yo apenas prestaba atención a lo que estaba sucediendo. Debíamos asistir a reuniones en Wat Svay cada diez días. A la mayoría de la gente no le importaba. Un día asistí a una de esas reuniones movido por la curiosidad y un vietnamita,

con la ayuda de un intérprete, estaba alabando los logros conseguidos por sus tropas. Nos habían salvado del malvado régimen de Pol Pot, que nos había esclavizado y asesinado mientras todo el arroz era destinado a China. Ahora la intención era crear una nueva Indochina unida, una unión de aliados libres.

Yo no estaba seguro de que todo el arroz hubiese ido a China En realidad, parecía que lo habían almacenado en alguna parte y ahora lo estábamos encontrando y poniéndonos morados. Me preguntaba por qué el Khmer rojo había almacenado tanta cantidad de arroz. Supongo que ni ellos mismos pensaban que el régimen duraría para siempre. Estaban recorriendo un camino que conduciría a la guerra o bien a alguna clase de rebelión. Las provisiones almacenadas eran parte de un plan de contingencia Esa era la única explicación que yo encontraba.

Yo solía escuchar decir a los contrabandistas que las explosiones eran una especie de ritmo bailable en sus vidas.

De modo que, durante algún tiempo, la gente vivía como si el mañana no existiera Luego los vietnamitas se apoderaron del arroz que aún quedaba y lo colocaron en depósitos comunitarios para ser distribuido entre el pueblo. Los límites de los campos habían sido destruidos por los Khmer rojos, de modo que los agricultores que habían logrado sobrevivir no podían reclamar simplemente su propia tierra. Aún no se había decidido nada sobre el sistema de producción de arroz y, en cualquier caso. la gente estaba harta de la agricultura. Todos nos dedicábamos al comercio. Obviamente, el comercio sólo podía durar mientras hubiera oro. Los tailandeses estaban asombrados de la cantidad de oro que salía de Camboya.

—¿De dónde lo *sacáis*? —preguntó uno de ellos a un amigo mío, contrabandista.

—Oh —dijo él—, en mi país tenemos árboles de oro. Sólo tenemos que cogerlo y guardarlo en los bolsillos.

La carretera estaba abierta hasta Phnom Penh y con frecuencia se veía convoyes de soldados vietnamitas en dirección a la capital. Los camiones estaban cargados con neveras, ventiladores eléctricos, televisores, muebles nuevos, que los soldados habían sacado de Battambang Los civiles también viajaban hacia la capital, pero muchos afirmaban haber sido violados o robados por el camino. Había bandas armadas a lo largo de la carretera. Los vietnamitas se ofrecían a llevar a los civiles a cambio de varios gramos de oro. Algunas personas se las ingeniaban para juntar a duras penas la cantidad exacta. Nosotros no podíamos. De modo que resultaba muy peligroso aventurarse a un viaje hacia Phnom Penh.

De otra parte, tampoco podíamos quedarnos en Wat Svay. La comida se estaba terminando y la perspectiva de la desnutrición era demasiado terrible para volver a sufrirla. Yo desconfiaba de los vietnamitas, como me había enseñado mi padre desde la infancia. En ningún momento creía que abandonarían Camboya ahora que la habían ocupado. Regresar a Phnom Penh significaría vivir bajo sus reglas. Eran nuestros enemigos tradicionales

La única alternativa era el campo de los Khmer Sereikar, los Khmer de la Libertad. Estaban justo al lado de la frontera con Tailandia y luchaban contra los vietnamitas y también contra los Khmer rojos. Trabajaban con los contrabandistas y recibían comida de la Cruz Roja y los organismos de ayuda humanitaria. Yo tenía en la mente la imagen de un campo limpio y bien organizado. Se decía que las autoridades del campo te ayudarían a ganarte la vida practicando el contrabando a través de la frontera tailandesa.

Yo estaba muy deprimido por el futuro de mi familia y comencé a escribir un diario para combatir mi depresión. Cuando el dinero y la comida comenzaron a escasear, hablé con mis hermanas sobre lo que podíamos hacer. Sisopha era partidaria de regresar a Phnom Penh, pero era una empresa muy difícil. Finalmente, elegimos el campo de los Khmer de la Libertad.

Than, Bopha y Khun se marcharon primero. Una semana más tarde emprendí la marcha en compañía de los contrabandistas. En cada uno de los puestos de control debíamos entregar un poco de oro a los vietnamitas. Compartimos los gastos entre los 12 que componíamos el grupo. Esa noche acampamos en campo abierto, estableciendo una guardia para protegernos de las bandas armadas. No teníamos armas de fuego, sólo nuestros *parangs* En realidad, la gente durmió muy poco, pero tres de nosotros nos mantuvimos siempre de guardia.

Al día siguiente, cuanto más cerca estábamos de Svay Sisophon, más puestos de control había en la carretera y, por primera vez, vimos gente que comerciaba con dinero tailandés. Había muchos soldados, vietnamitas la mayoría de ellos. Jugaban al fútbol o el voleibol en los campos y paseaban cogidos de la mano con muchachas camboyanas.

Sisophon no se parecía a nada que yo hubiera visto antes. Las casas estaban llenas de mercancías. eran sólidas y prósperas Comerciantes gordos con gruesas cadenas de oro se sentaban detrás de su muestrario de artículos. Era el centro de la economía del oro y todo el mundo sabía lo que estaba haciendo. Los comerciantes tenían balanzas dentro de cajas de cristal. Incluso los vietnamitas tenían balanzas, para poder solucionar las discusiones que solían producirse. Los contrabandistas tenían sus propias balanzas. Los comerciantes colocaban el oro delante de mecheros de gas y lo calentaban hasta que se ponía rojo, luego dejaban que se enfriara. Si se decoloraba al enfriarse, no era puro. El oro debía ser cortado antes de aceptarlo, para asegurarse de que no contenía metal pesado en su interior. Los brazaletes más trabajados eran cortados de este modo. Había niños pequeños junto a los comerciantes, esperando a que éstos se marcharan, y luego buscaban el más leve vestigio de oro allí donde lo habían cortado Y la realidad era que todo el oro de Camboya estaba saliendo del país. Era chupado hacia Tailandia como si lo estuvieran haciendo con una aspiradora gigante

Si no te atrevías a ir hasta el campamento de los Khmer Sereikar, hacías tus negocios aquí. Absolutamente todo se podía conseguir en el mercado. Pero los precios en el campo, que era conocido como Campo 007, eran el 50 % más bajos y, si te aventurabas a pasar a Tailandia, las cosas eran aún más baratas. Los contrabandistas de mi grupo celebraron una reunión. Algunos de ellos querían hacer sus negocios aquí y emprender el regreso. Los que deseaban continuar acordaron encontrarse en el paso a nivel antes del anochecer.

Yo no me alejé demasiado Tenía miedo de que me detuvieran los soldados El problema de llegar hasta el campo era que los vietnamitas habían minado la carretera y, a menudo, lo bombardeaban con sus morteros. Estaban consiguiendo que el viaje resultara extremadamente peligroso para los contrabandistas, y muy beneficioso para todo el mundo, incluyendo a los propios

vietnamitas. Cuanto mayor era el peligro, mayor era el margen de ganancia y mayor el soborno.

Nos reunimos al anochecer y esperamos el mejor momento. Las nubes cubrieron el cielo. Llovería muy pronto. "Eso es bueno —dijeron los expertos entre los contrabandistas—, las patrullas no salen cuando hace ese tiempo " Escuchamos el sonido de los bombardeos hacia el lado del campo. Esperamos a ver los relámpagos. Los que llevaban dinero tailandés lo envolvieron cuidadosamente en trozos de plástico La gente se quitó las sandalias y las ató a los cinturones. Tendríamos que avanzar bajo la lluvia. Si tenías un monedero debías sujetarlo alrededor del cuello para que no se moviera. Los que tenían motocicletas no las arriesgaban en este tramo del viaje: en Sisophon había un lugar especial donde podían dejarlas. En ese lugar entregaban billetes protegidos con una envoltura de plástico, que ahora estaban guardados en los bolsos. Otros enrollaban sus bolsos y los ataban a la espalda. Comenzaron los relámpagos. Luego comenzaron a oírse los truenos. Cuando comenzó a llover, los contrabandistas dijeron: «Ahora es el momento.»

Apagué el cigarrillo. Había estado fumando furiosamente toda la tarde. Ahora éramos alrededor de 50, incluyendo mujeres y niños que habían decidido vivir en el campo. Avanzamos en fila india, vadeando los campos inundados y siguiendo los raíles del ferrocarril durante algunos kilómetros El agua nos llegaba a la cintura y los hombres tenían que llevar a sus hijos sobre sus hombros.

Ahora atravesábamos unos matorrales de bambú. Muchas de las cañas habían sido cortadas, dejando afiladas puntas casi a ras del suelo, lo cual era muy doloroso para nuestros pies desnudos Marchábamos nuevamente en fila india, pisando en las huellas que iba dejando el que marchaba delante de nosotros Cuando las condiciones empeoraron, algunos empezaron a alumbrar el camino con linternas para evitar los afilados bambúes. La gente que venía detrás exclamó: «¿Queréis que las patrullas nos descubran? ¡Apagad esas linternas!»

Me alejé ligeramente del sendero y fui devuelto violentamente a la fila.

—¡Idiota! —dijo una voz—. ¿Quieres volar en pedazos? No me importaría si estuvieras solo, pero no quiero morir contigo. —Apuntó el haz de su linterna hacia una pila de hojas secas a un par de metros de nosotros—. Es una mina.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. Es la primera vez que hago contrabando.

—Oh, comprendo —dijo él—. Fuimos instruidos por los Khmer Sereikar en el Nuevo Campo. Acostumbran a venir por aquí cada dos o tres días y examinan el sendero y entierran a los muertos que encuentran.

Un par de horas más tarde, mientras el agua seguía cayendo torrencialmente, una terrible explosión en la cabeza de la fila nos arrojó a todos al suelo como si fuésemos fichas de dominó. Un hombre había pisado una mina y había muerto por la ex-

ABAJO: *La policía de la frontera tailandesa era famosa por su corrupción, beneficiándose de una industria del contrabando a través de la frontera.*
DOBLE PÁGINA: *Los Khmer rojos en la frontera tailandesa.*

plosión. Otros tres estaban gravemente heridos y gemían en el suelo. Pasamos junto a ellos. Nadie le dio demasiada importancia al incidente, para ellos era algo normal. Yo solía escuchar a los contrabandistas decir que las explosiones eran una especie de ritmo bailable para ellos.

Justo antes del amanecer encontramos a un gran grupo de refugiados que también marchaban en fila india y parecían venir desde Siem Reap. Las dos columnas se unieron. Ahora había muchos más niños. Los refugiados llevaban con ellos todas sus pertenencias. Estábamos atravesando una zona de matorrales y los contrabandistas nos dijeron que podíamos ser bombardeados. Tenían un método para contar desde que sonaba la detonación del mortero hasta la explosión del primer proyectil. Después de eso, cuando oías la detonación del mortero, volvías a contar de la misma forma y te echabas al suelo. De este modo, podías correr entre disparo y disparo. Pero no había ningún lugar donde esconderse. Era muy peligroso abandonar el camino. Pero la gente lo abandonó cuando sonó el primer disparo Pisaban las minas y volaban en pedazos. Había fragmentos de ropa y de carne por todas partes, en los árboles y colgando de los arbustos. Continuamos la marcha, contamos, nos arrojamos al suelo, esperamos y volvimos a avanzar. Los proyectiles parecían estar acercándose al camino y el silbido pasaba por encima de nuestras cabezas. Volví a tenderme de bruces en la tierra Unos cientos de metros delante de mí una familia fue destrozada por un proyectil. Cuando llegamos al lugar de la explosión, vi cuatro personas muertas y a una niña pequeña gritando de dolor. Había perdido la mitad de un brazo y una pierna. Todo el mundo pasaba junto a ella. Esta vez decidí ayudar. La cogí, sangrando, en mis brazos.

> Corrimos a través de la carretera elevada y hacia el siguiente campo, llegamos a la aldea y comenzamos a golpear las puertas.

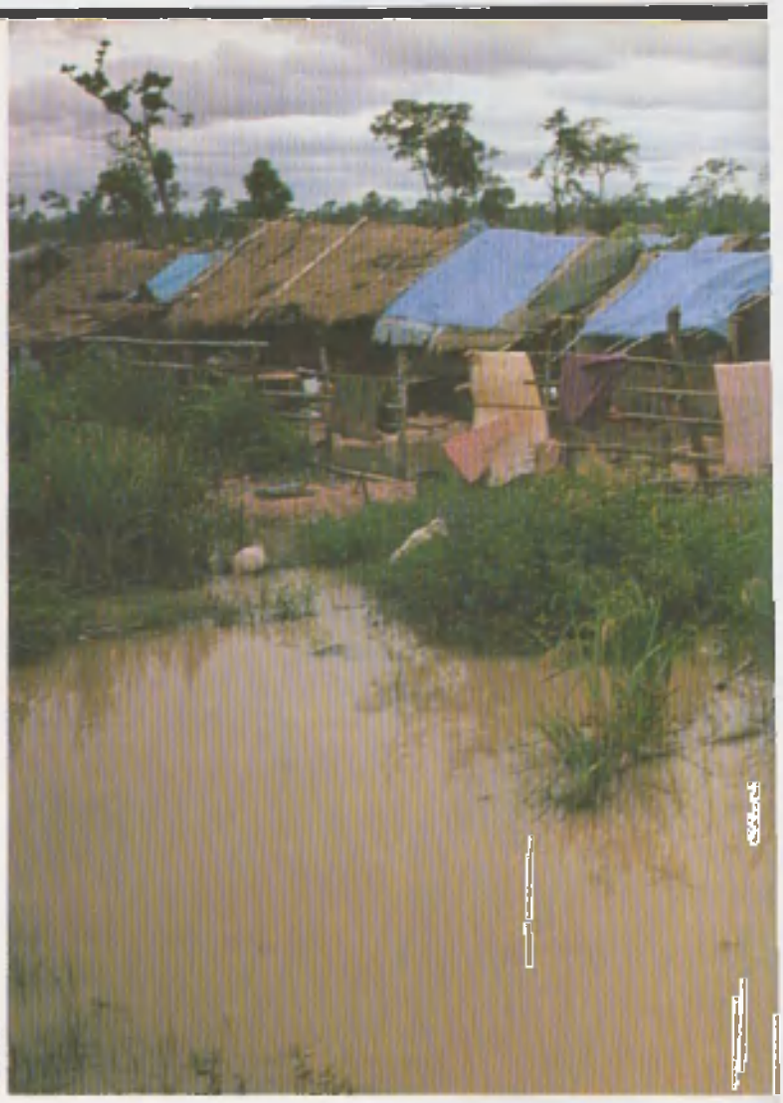
Cuando el sol estuvo encima de nuestras cabezas, el bombardeo cesó.

—Ah —dijeron los contrabandistas—, han parado para almorzar. Estamos a salvo. Llegaremos dentro de una hora.

Comenzamos a correr hacia la selva Yo estaba cubierto de sangre y la niña jadeaba. Más allá de los árboles había un gran claro y, en la distancia, se veía un grupo de hombres armados con fusiles M16. Llevaban uniformes del ejército de Lon Nol. Y, cuando me acerqué a ellos, comprobé otra cosa curiosa. Llevaban lápiz de labios, pestañas postizas y maquillaje en el rostro. Eran los soldados de los Khmer Sereikar

No mostraron ningún interés en la niña agonizante. Querían saber si había algún militar entre nosotros y si teníamos en nuestro poder alguna antigüedad camboyana. Serían confiscadas. La gente detrás de mí empezó a ocultar sus objetos de valor en recipientes de comida fermetada que llevaban especialmente con este propósito. Pregunté donde estaba la enfermería y corrí hacia el campo. Todo el mundo mostraba su repugnancia por mis ropas machadas de sangre.

Una médico alemana, el primer occidental que veía en muchos años, se hizo cargo de la pequeña. La voz de la niña era apenas audible y sus ojos se cerraban. Llamaba a sus padres. Le dije que era mi hermana. La muchacha alemana llevó a la niña a la tienda del hospital y yo me quedé esperando en un banco que había afuera. La sangre empezó a atraer a las moscas. La mujer volvió a salir trayéndome un pijama del hospital y me dijo que podía lavarme en un tanque de agua que había cerca de allí Cuando me hube lavado y cambiado, la niña había muerto. La chica alemana me preguntó a través de un intérprete qué quería hacer con el cuerpo de mi hermana. Entonces le conté la verdad de lo sucedido.



TIM PAGE

ARRIBA: *Un campo de los Khmer Sereikar El grupo de Khmer libres que Someth encontró hacían honor a su nombre, usando lápiz de labios y pestañas postizas.*

Vagué por el campo bastante aturdido. Las cabañas estaban en fila y eran precarias construcciones de lona encerada. Delante de cada una de ellas había una serie de productos a la venta, incluyendo pan francés. donuts y galletas. La gente tenía dos o tres relojes en cada muñeca. Se podía comprar anguilas, cerdos y ropa interior sexy. Los senderos estaban llenos de barro y las condiciones eran primitivas, pero las mujeres iban bien vestidas y parecían felices. Todas estaban maquilladas. Se depilaban las cejas. El olor del perfume tailandés mezclado con el barro y los excrementos me revolvía el estómago.

Los más pobres del campo eran aquellos que cavaban pozos. Su subsistencia dependía del tiempo. Si llovía, comían las sobras de la comida. Si no llovía, comían carne de satay. Una clase media estaba compuesta por aquellos que trabajaban para los organismos de ayuda humanitaria. Les pagaban con raciones de comida Los contrabandistas eran los aristócratas, si bien sus vidas estaban siempre en peligro, amenazadas por pistoleros, soldados tailandeses y Khmer Sereikar.

Cuando encontré a Than en el mercado ya era un contrabandista. Bopha y Khun se encargaban del puesto instalado delante de la cabaña. No tenían mucho, sólo un par de cartones de cigarrillos, algunos sacos de tabaco Crab, baterías Five Goat y sandías. Khun tenía una camiseta de Snoopy con la inscripción «Soy el mejor». Than tenía un reloj y Bopha una cadena de oro nueva. Su viaje había sido peor que el mío. Habían tardado más tiempo en llegar, habían sido bombardeados y Khun había llorado durante todo el viaje porque estaba aterrorizado. Sisopha y Orphea habían tenido mejor suerte. El único peligro habían sido las minas. Ahora estábamos todos juntos otra vez en una cabaña.

Los contrabandistas llevaban zapatillas de deporte para poder correr mejor. Yo escondí mi dinero dentro del calcetín de mi pie derecho y guardé también un paquete de cigarrillos para distraer la atención de cualquiera que me registrara. Tenía tejanos, una camiseta y 50 *baht*. Dormí ligeramente y cuando oí ruido de pasos junto a la cabaña supe que los contrabandistas se habían puesto en marcha y me uní a ellos. La mayoría eran hombres y cuando abandonábamos el campo fuimos interceptados por los Khmer Sereikar. Ellos acostumbraban a golpearte si no tenías nada para darles a modo de soborno. Yo era el último de la fila.

—¿Dónde está tu pase? —dijo el soldado.

—¿Cuánto?

—Veinte *baht* por cabeza.

De modo que sólo me quedaban 30 *baht* para comprar contrabando. Un dólar y medio.

Corrí para alcanzar a los contrabandistas y media hora más tarde llegamos a la frontera. Nos sentamos en un campo de yute ya que estaba demasiado oscuro para seguir adelante. Ésta era la peor parte del viaje porque solía haber bandas escondidas entre el yute. La gente me dijo lo que debía hacer cuando llegara a la aldea. Lo principal era entrar lo más rápidamente posible, golpear las puertas, preguntarles a los tailandeses qué cosas tenían, pagar y salir corriendo. Si te quedabas más de media hora corrías el riesgo de encontrarte con los soldados y entonces podía suceder cualquier cosa.

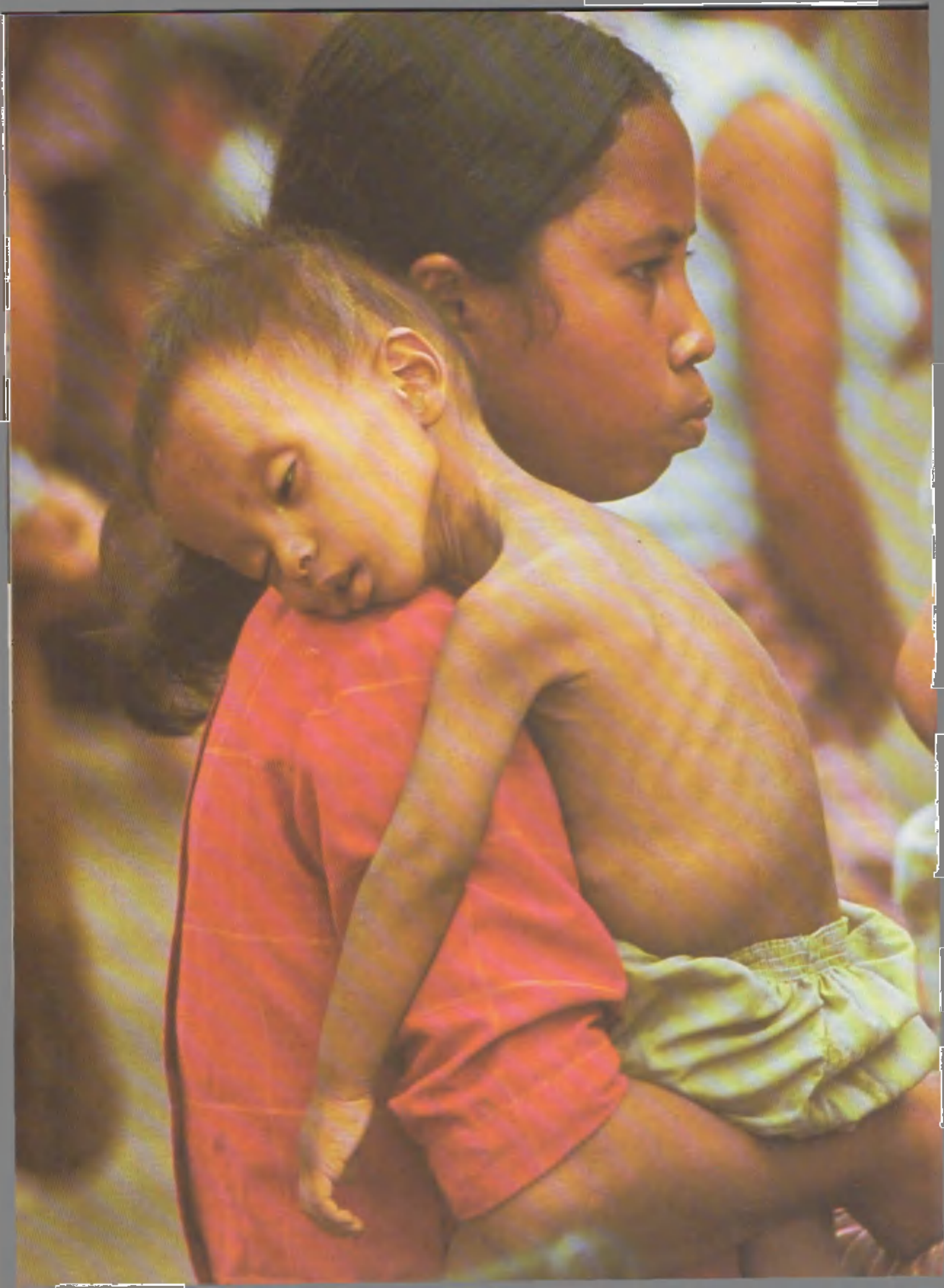
Había llegado el momento. Corrimos a través de la carretera elevada y el siguiente campo, llegamos a la aldea y empezamos a golpear las puertas. En mi primer intento levanté de la cama a un hombre muy gordo vestido con pantalones cortos que estaba muy enfadado y medio dormido. No tenía nada para vender. El segundo hombre sólo tenía caramelos y donuts. Le di el dinero y salí corriendo como me habían aconsejado. Ese viaje me reportó unos beneficios de 20 *baht*. Unos días más tarde tenía suficiente dinero para comprar los artículos más solicitados por los contrabandistas de Sisophon: pilas para linternas, tabaco y tela de poliéster. El azul era su color preferido.

> Se colocaron a ambos lados del sendero, sacaron sus cuchillos y me ordenaron que me detuviera.

Ahora yo comerciaba directamente con un solo hombre. Una mañana fui a verle con 500 *baht* y le pedí 50 metros de tela. Me dijo que me la daría al día siguiente, y yo le dejé el dinero. Me quedaban algunos *baht* y compré un par de sandías. Regresaba a través del campo de yute cuando tropecé con tres pistoleros. Al principio, en medio de la niebla, les confundí con contrabandistas, pero cuando estuve más cerca se hicieron a un lado del camino, sacaron sus cuchillos y me ordenaron detenerme. Llevaban tejanos ceñidos y camisas floreadas atadas a la cintura.

Por un segundo pensé en luchar con ellos. Las sandías estaban bien sujetas con cuerdas de yute y pensé que si arrojaba una hacia la izquierda, otra a la derecha y atacaba al que estaba en el medio, podría huir. Pero entonces uno de ello se colocó detrás de mí y lo pensé mejor. Dejé caer las sandías como me habían ordenado. Me dijeron que les entregara todo el dinero que llevaba. Lo hice. Me pidieron más. Les dije que no tenía más dinero. Me ordenaron que me desnudara. Les arrojé mi ropa, pieza a pieza. Dudé un momento antes de quitarme los calzoncillos. Examinaron incluso el cinturón, pero no encontraron nada. Entonces uno de ellos dijo algo así como: «Tonto del culo, no eres más que un contrabandista pobre». Me dio una patada en el culo, aplastó una de las sandías y los tres desaparecieron en la niebla.

Me vestí y estaba a punto de llegar a la frontera cuando oí a alguien que gritaba: «¡Soldados!» Se produjeron algunos disparos. En el camino había tres camiones del Ejército. Los soldados tailandeses saltaron de ellos para atrapar a los contrabandistas, quienes dejaban una estela de polvo mientras huían. Me deslicé a través de la frontera y me oculté detrás del dique, temiendo recibir un disparo en cualquier momento. Escuché unas pisadas que se acercaban hacia mí y uno de los contrabadistas echó a correr justo detrás de mí. Llevaba una pesada carga, un balancín con dos recipientes de agua. Cuando pasó detrás de mí, tropezó. Los recipientes dejaron caer su contenido de



agua y sandías Ambos nos echamos a reír. A menudo hacíamos bromas sobre esos incidentes cuando ya habíamos atravesado la frontera, mirando a los soldados tailandeses y riendo por la forma en que corrían

Se esperaba un ataque de Phnom Chat, el campo de los Khmer rojos. Nos dijeron que cavásemos trincheras Poco después, comenzaron a sonar los primeros disparos cuando regresaba de desayunar en el mercado Algunos se metieron en sus trincheras individuales, pero otros, que tenían muchas mercancías en exhibición, prefirieron permanecer en sus puestos. Corrí hacia nuestra cabaña y me quedé allí hasta que cesaron las explosiones. La gente besaba sus Budas y esperaba nerviosamente. Cuando llegué a la enfermería traían los primeros heridos. Había cerca de 100 personas heridas.

Los vietnamitas habían llevado su artillería a otra posición más adelantada y el bombardeo se producía en una zona muy próxima al campo. Llegaban muchos refugiados desde Phnom Penh. Nos dijeron que arrestaban a la gente acusándola de ser agentes Khmer Sereikar, y aquellos que afirmaban tener una instrucción eran enviados a Ciudad Ho Chi Minh para someterlos a adoctrinamiento político La desnutrición había vuelto a hacer acto de presencia. El arroz había sido llevado a Vietnam y la gente dependía de los productos que lograba pasar de contrabando desde Tailandia. No parecía una buena idea regresar a Phnom Penh, aunque el Campo 007 era cada día más peligrosa. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados había comenzado a construir un enorme campo dentro de Tailandia y nos preguntaron si queríamos ir allí. Pero teníamos miedo de los tailandeses y no sabíamos si podríamos regresar una vez que abandonásemos el país

Cuando se esperaba el segundo ataque, los Khmer Sereikar nos trasladaron para que pasáramos la noche en el campo militar. Reunimos todas nuestras pertenencias y nos trasladamos al otro lado de la valla protectora. Nos enseñaron cuál era la ruta de escape en caso de que fuésemos derrotados. Esa noche no pudimos dormir, aunque no sucedió nada. Por la mañana, nos dijeron que había sido una falsa alarma y que ya no había peligro.

El campo había vuelto a la normalidad. Habían llegado dos camiones desde Tailandia, trayendo bambú para la construcción de una nueva enfermería. Cuando los tailandeses estaban descargando el camión, se oyeron unas detonaciones provenientes desde el noreste. Los trabajadores dejaron caer el bambú, subieron a los camiones y se alejaron a toda velocidad. Los proyectiles caían cada vez más cerca y nos metimos en nuestra cabaña. Esta vez los comerciantes abandonaron sus mercancías y saltaron dentro de las trincheras individuales. La gente derribaba los puestos y chocaban entre ellos. Cuando pasaban junto a puestos con comida, cogían tortillas de plátanos y se llenaban la boca. En la cabaña, toda mi familia se había metido en las trincheras y ahora comenzamos a oír las explosiones de las granadas. Los soldados Khmer Sereikar se batían en retirada.

La zona alrededor del campo quedó súbitamnte desierta, aparte de las familias que se habían ocultado en las trincheras. Las mercancías yacían esparcidas por todas partes. El viento arrastraba las prendas de ropa interior a lo largo de la calle Un cesto con huevos había sido volcado y la multitud había pasado sobre ellos. Un grupo de cinco gallinas, atadas por las patas, trataban de liberarse de sus ligaduras. En su huida, la gente las había dejado sin plumas.

Una granada cayó a unos 25 metros de distancia. La tierra cayó sobre el plástico que nos cubría. No teníamos nada con lo que proteger nuestras cabezas. Una segunda granada cayó mucho más cerca. Oímos gritar a una anciana, pariente de Than, y luego la mujer murió. Le dije a mi familia que fuésemos a protegernos debajo de un árbol. Tan pronto como nos hubimos refugiado debajo de un tronco seco, una tercera granada destruyó nuestra cabaña.

Y ahora vimos a los Khmer rojos que llegaban por una de las calles, con los pantalones arrollados hasta debajo de las rodillas como cuando habían entrado en Phnom Penh, los *kramars* atados alrededor de sus cabezas y hamacas atadas alrededor de sus cinturas Pasaron sin prestar atención a las personas que estaban en las trincheras, buscando a los Khmer Sereikar.

Mi cuerpo empezó a temblar cuando vi sus rostros dispuestos a matar. Pareció doblarse como un signo de interrogación. Los Khmer rojos no eran una pesadilla. Eran algo real. Estaban allí. Los temía más que a nada en el mundo y los odiaba. Odiaba su forma de pensar, su forma de hablar, incluso su forma de caminar hacía que les odiara. Odiaba la forma en que nos odiaron a nosotros, y nos torturaron, y nos quebraron y nos mataron de hambre y nos humillaron.

> Los monjes y los reyes y la amenaza habían desaparecido, y de aquellos últimos cinco años sólo quedaba el infierno.

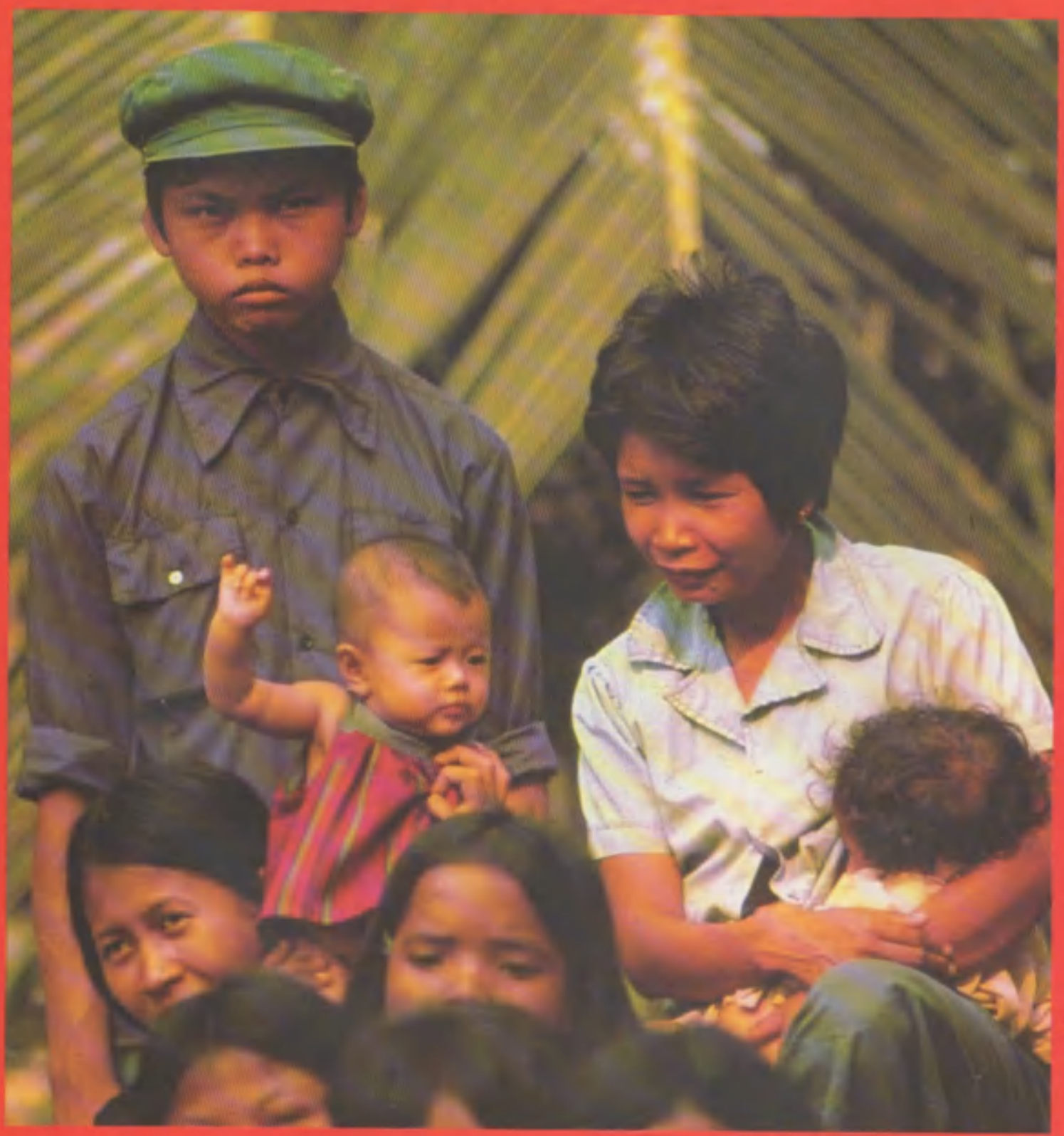
Las primeras lecciones de mi educación eran todas sobre el castigo. Aprendimos que si un chico cometía errores en este mundo, sería castigado en el próximo. Pero éste no era otro mundo. Éste era *este* mundo. En el infierno, la comida no era arroz sino gusanos. Pero ya habíamos comido gusanos. Se suponía que los demonios cortaban con un mojón los estómagos de las personas que estaban corrompidas Pero nosotros lo sabíamos todo acerca de esas cosas. Lo sabíamos todo sobre el árbol de espinas de hierro, la plataforma calentada al rojo, la olla con aceite hirviendo. En el otro mundo a la gente se la convertía en cuervos. Pero habíamos visto a gente convertida en cuervos en este mundo No había otro mundo No quedaba nada que pudiera suceder en él. El infierno era la amenaza que un monje utilizaba contra un niño indefenso, o un rey contra su pueblo. Pero los monjes y los reyes y la amenaza habían desaparecido y, de aquellos últimos cinco años, sólo quedaba el infierno.

Observé a los Khmer rojos cuando desfilaban por el sendero. Todos nosotros estábamos entre ambas líneas de fuego. Los Khmer Sereikar, con sus pañuelos, sus gafas reflectantes, sus sombreros de *cowboy* y sus monederos llenos de dinero, estaban detrás de nosotros, con las espaldas apoyadas contra la frontera tailandesa, esperando la autorización para cruzarla.

Los Khmer rojos pasaron delante de nosotros. Hubiera resultado sencillo dispararles, y por primera vez en mi vida realmente quise hacerlo Mi familia estaba a mi lado: Sisopha. Bopha, Orphea, Than y Kuhn. Tenía que sacarlos de aquí

Al día siguiente abandonamos Camboya para siempre.

IZQUIERDA: *Incluso en los campos de refugiados la desnutrición era algo común. Había una estructura de clases en miniatura, que iba desde los pobres hasta la clase media empleada por las agencias de ayuda humanitaria.*



ARRIBA: *Después de la invasión vietnamita, las familias volvieron a unirse mientras huían de una tierra arrasada.*
DERECHA: *El reino del terror de los Khmer rojos sumió al país en un horrible trauma. Este camboyano fue retratado en su mundo de silencio.*

Capítulo 5

BAILANDO PARA LOS KHMER ROJOS

CAPÍTULO 5 BAILANDO PARA LOS KHMER ROJOS

El campo de refugiados de Khao-i-Dang, con sus amplias calles rectas de grava roja y su diseño en forma de tablero de ajedrez, era un pequeño Phnom Penh. Cuando llegué a principios de 1980, tenía una población superior a las 100.000 personas. Las cabañas eran de bambú, con paredes de hojas de palmera y trozos de plástico azul a modo de techos. Eran cabañas bien construidas y desplegadas. Siempre había suficiente comida para todos. La higiene era razonable y la atención médica era buena. Cuando siete meses más tarde abandoné el campo, estaba terriblemente hastiado, muy asustado y no veía la hora de marcharme de ese lugar.

La ciudad estaba abrumadoramente desempleada Podías trabajar para los organismos de ayuda humanitaria, o en la construcción de cabañas o en las oficinas administrativas, ya que todo el lugar estaba dividido en secciones siguiendo el diseño de los barrios de Phnom Penh.

> Los camboyanos nunca habían sido cristianos. Ahora traían Biblias a sus casas, que proporcionaban un excelente material para liar cigarrillos.

Durante el día la seguridad de los refugiados estaba garantizada por la presencia de los extranjeros. Pero, por la noche, todo era diferente. Los tailandeses aparecían vestidos de paisano, portando pistolas, y confiscaban todo el contrabando. A nuestra llegada al campo, los soldados nos habían quitado gran parte de nuestras pertenencias: grabadoras, oro y joyas, y cualquier cuchillo de aspecto peligroso. Las incursiones nocturnas de los tailandeses acababan con todos los productos que estuvieran a la vista. Estos productos eran posteriormente vendidos a los refugiados mejor conectados. Todos los días llegaban los camiones cisterna trayendo agua, y los conductores traían cigarrillos y telas. Pagábamos estas mercancías con *bath*. El oro se guardaba para cuando llegásemos a un tercer país.

A veces, se organizaba un mercado. A veces, el mercado no existía Las autoridades tailandesas siempre estaban tratando de cerrarlo. Había talleres de sastres, pero eran secretos Había un café e incluso se podían conseguir bebidas alcohólicas, pero esto también era ilegal. Las niñas pequeñas vendían cigarrillos y dulces, pero jamás exhibían más de cinco paquetes en una bandeja. Cuando el mercado estaba abierto, había puestos de comida que vendían alimentos que traían de contrabando las familias de los soldados, y esto era muy bien recibido, ya que muy pronto nos hartamos de comer una dieta a base de sardinas y arroz. Con el arroz extra, la gente preparaba tallarines y los vendía a los puestos de sopa. A veces, incluso se podía conseguir pan Había juegos de cartas y la gente apostaba con todo lo que tenía. Había pequeños y discretos prostíbulos, y los clientes se conseguían pasando la información de boca en boca.

Los edificios más llamativos en esta extraña especie de ciudad eran la pagoda y la iglesia. Ibas a la iglesia por la mañana, esperando que tu asistencia allí aceleraría tu salida hacia Norteamérica. Los camboyanos jamás habían sido cristianos. Ahora llevaban Biblias a sus casas, que proporcionaban un excelente material para liar cigarrillos. Por la tarde, doblando su apuesta, rezaban en la pagoda, que tenía un puñado de monjes y monjas y un *achar*. Nuevamente, todo el mundo elevaba sus oraciones para salir del campo cuanto antes.

CAMBOYA 1980

Lo que llamábamos la oficina de correos principal era una pequeña cabaña con tres pizarras de anuncios en el exterior. Si llegaba una carta para ti, tu nombre se escribía en una de las pizarras. También se colocaban las listas de personas que debían partir hacia campos de tránsito, la primera etapa de su viaje al extranjero. Ésta era la parte más habitada de la ciudad, exceptuando la zona donde se encontraba el Centro del Programa Alimentario Mundial. Las cartas no se enviaban a través de esa oficina de correos, sino que había que entregárselas a cualquier miembro de las organizaciones de ayuda humanitaria. Todos los que tenían familiares en el extranjero les bombardeaban con cartas pidiéndoles ayuda. Le escribían a cualquier persona que conocieran.

La mayoría quería viajar a EE.UU., y la segunda elección era Francia. Luego venían los países de los que no sabíamos absolutamente nada· nueva Zelanda, Australia, Bélgica, Canadá. Un camboyano, que había conseguido la ciudadanía norteamericana, llegó desde California ofreciéndose a sacar gente del país a cambio de cierta cantidad de oro. Recogió el oro, hizo una lista de 50 clientes, se marchó y nunca más volvió a saberse

ARRIBA: *Los restos de la guerra. Miles de refugiados camboyanos forman cola en el campo de refugiados de Ban Kaeung en Tailandia. La vida se dilataba de una ración de arroz a la siguiente.*

nada de él. Siempre corrían rumores sobre diversas formas de salir del país. Los chinos eran los que tenía mejor reputación en este sentido, con ayuda de la comunidad china establecida en Bangkok. Los que lo tenían peor era los soldados vietnamitas que habían desertado.

Había un rumor de que los ex oficiales serían llevados inmediatamente a EE.UU. Bopha, que estaba embarazada y, por tanto, ya no podía bailar, había entrado a trabajar en la sección de oficinas, adonde llegaba la gente para rellenar sus tarjetas de registro. Me enseñó una lista en la que prácticamente todo el mundo afirmaba ser oficial del ejército y haber sido entrenado por la CIA. Luego llegó el rumor de que los franceses se llevarían a todos los intelectuales y, súbitamente, la gente dispuso de dos tarjetas. Ya no eran oficiales. Ahora eran profesores, maestros, ingenieros cualificados...

Finalmente, eran personas que habían trabajado para agencias extranjeras. Las historias cambiaron otra vez. Cuantas más tarjetas de registro había, más raciones llegaban. De modo que el jefe de sección se daba cuenta de que se estaba aplicando el principio del soldado fantasma.

Los miembros de los Khmer rojos eran llevados a los orfanatos, que estaban vallados, y sólo permanecían una noche en el campo. Si las autoridades del campo pensaban que podían mezclarlos con nosotros de este modo, se equivocaban. Al día siguiente, el grupo era trasladado a Sakeo, un campo destinado a los Khmer rojos y que estaba lejos de la frontera.

La posición de los Khmer rojos había cambiado radicalmente. Antes, se los había considerado enemigos de los norteamericanos y de los tailandeses. Pero ahora que los vietnamitas estaban controlando la mayor parte de Camboya, cualquier enemigo de los vietnamitas era amigo de los tailandeses. De modo que los Khmer rojos, a medida que eran expulsados de sus plazas fuertes, eran llevados a Sakeo para que se repusieran. (Posteriormente, eran alentados y equipados para regresar a Camboya, donde volvían a hacerse fuertes.)

CAPÍTULO 5 BAILANDO PARA LOS KHMER ROJOS

Aproximadamente un mes más tarde nos llevaron para ser entrevistados.

Cuando los camiones pasaron a través de las puertas del campo de Khao-i-Dang, yo estaba terriblemente nervioso. Tal vez todo no fuese más que un truco En una oportunidad habíamos oído decir que los tailanadeses se habían llevado a un grupo de refugiados a la montaña Dongrek y los habían arrojado por un risco a territorio camboyano. Muchos habían muerto. Todos pensábamos lo mismo. Pero entonces vimos que el convoy era precedido y seguido por coches de la Cruz Roja.

★ ★ ★

—Muy bien, señor May —dijo el entrevistador norteamericano—, dice usted que solía trabajar para el corresponsal del *Washington Post*. Su inglés debe ser bueno No creo que necesite un intérprete. ¿Está *seguro* de que es menor que su hermana... May Sisopha?

—Sí, señor —contesté respetuosamente—, ella realmente es mayor que yo.

El problema era que yo había cambiado notablemente mi aspecto Tenía la dentadura destrozada y cuando me miraba al espejo veía a un anciano. No me sorprendía que ese hombre no me creyera.

—¿Está *seguro* —continuó— de que Ram Tham y Ram Khun son hermanos?

Realmente, no se parecían en nada. Than estaba muy moreno por haber trabajado en los campos. Khun era apenas un niño. Bailar había sido su primer trabajo.

—Sí, señor, son hermanos —dije

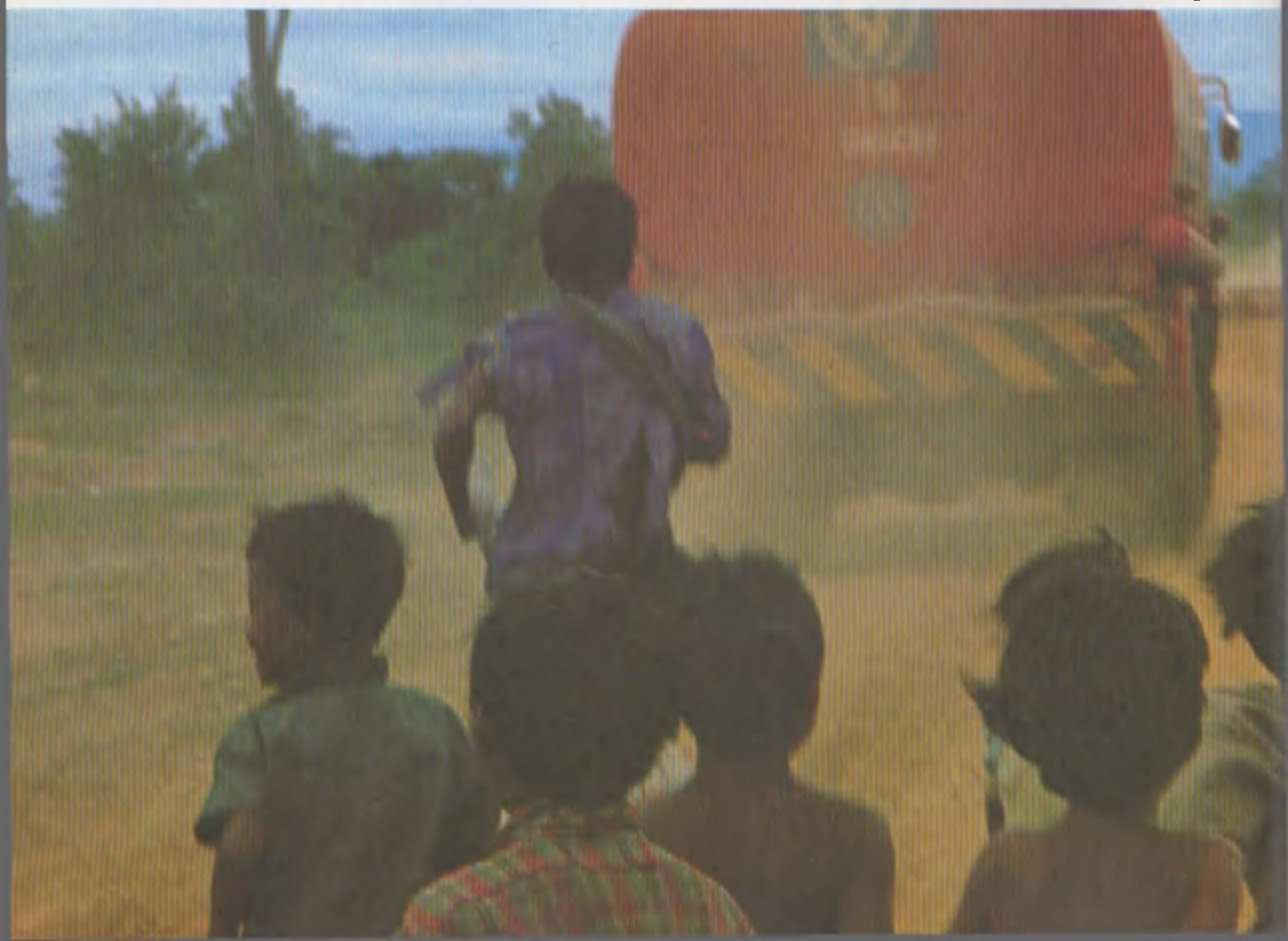
Luego me preguntó cuándo se habían casado Than y Bopha y pareció convencido cuando le dije que habíamos estado todos juntos durante un año aproximadamente. Nos dijo que saliéramos de la oficina y Than se quedó para contestar a algunas preguntas más.

> Por la noche llegaban las prostitutas y algunos de los refugiados sobornaban a los soldados para llevarlas a los clubes nocturnos en Bangkok.

Esta circunstancia nos preocupó realmente. Than es extremadamente tímido y, por lo que yo sabía, nunca le habían entrevistado antes. Nos sentamos delante del edificio de las Agencias Conjuntas de Voluntarios Era la una de la tarde y hacía muchísimo calor. Alrededor de nosotros, todo el mundo se había puesto sus mejores prendas para la entrevista y las mujeres estaban cuidadosamente maquilladas. Aquellos que ya habían mentido en sus entrevistas, estaban tratando de hacer que el

ABAJO: *Con el fin del reino del terror de los Khmer rojos, los niños podían jugar en lugar de pasarse el tiempo denunciando a sus padres. Aquí corren detrás de un camión cisterna de agua.*

TIM PAGE



resto de sus familias aprendiera de memoria las historias que habían contado. Muchas de las familias eran mixtas, habían recogido a personas solteras durante el camino y ahora las hacían pasar como si fuesen hermanos. Algunos simulaban tener parientes en el extranjero. Otros habían cambiado tarjetas de registro por oro en Khao-I-Dang: tenían que recordar un montón de cosas: nombres, fechas de nacimiento, el resto de los detalles familiares, una descripción de la casa, todo ello inventado. También había chicas tailandesas de origen camboyano que habían venido al campo para ver si podían viajar a Estados Unidos.

Los hombres que habían pasado exitosamente la entrevista querían celebrarlo y se deslizaban por debajo del alambre de espino para acudir a la tienda de tallarines. Cuando aparecían los soldados, debían regresar rápidamente al interior del campo antes de que les cogieran, dejando sus bebidas a medio terminar y desgarrándose las camisas en la valla de espino. Estos hombres podían haber comido en una habitación trasera, pero preferían el frente de la tienda de tallarines porque allí estaban las prostitutas.

Chunburi no estaba demasiado vigilado. Había un pequeño mercado a lo largo de todo el perímetro de la valla. Por la noche llegaban las prostitutas y algunos de los refugiados sobornaban a los soldados para llevarlas a los clubes nocturnos en Bangkok. A mí no me hubiese desagradado hacer lo mismo —el soborno básico eran 10 dólares—, pero el dinero era para cuidar a mis hermanas y hubiera sido muy difícil explicarlo.

Algunas de las chicas del campo también ganaban algún dinero extra. Los vehículos llegaban a buscarlas al atardecer y las traían de regreso a la mañana siguiente. Muy pronto lucieron ropa nueva y aparatos de alta fidelidad. Fue en Chunburi donde la locura del adulterio llegó a su máxima expresión, y había unas peleas terribles entre las mujeres implicadas. La tarea de los entrevistadores se veía aún más dificultada por el hecho de que algunos hombres trataban de desembarazarse de sus esposas y hacer pasar a sus novias con el nombre de la legítima esposa. En la sala de entrevistas se producían unas escenas terribles.

Ahora Than salió de la habitación y llamaron a Khun. A Tahn le habían pedido que describiera su casa antes de la guerra: cuántas habitaciones tenía y qué clase de árboles había alrededor y un montón de detalles más. Nos preguntábamos cómo iba a hacer Khun, siendo tan pequeño, para recordar esas cosas. Diez minutos más tarde me llamaron otra vez.

El entrevistador ya estaba convencido de que Than y Khun eran hermanos.

—Sin embargo —dijo—, aún no acabo de creerme que seas más joven que tu hermana.

—Bueno, señor —dije—, no sé cómo puedo convencerle. Realmente soy menor que ella. Yo..

—*¡Fuera de aquí!* —estalló el entrevistador que estaba en la mesa de al lado y arrojó una carpeta a través de la habitación. Estaba hablando con una pareja joven—. No tratéis de engañarme. Conozco los nombres de todos los comandantes del Ejército republicano y jamás he oído ese nombre antes. —Luego se volvió hacia el intérprete y le dijo—: ¿Por favor, podría decirles que no quiero verlos más por aquí?

El intérprete tradujo la orden. El esposo dijo:

—Pero él era *realmente* mi comandante.

—Lo siento —dijo el intérprete amablemente—, pero es mejor que os marchéis como él os ha ordenado. De otro modo, vuestra ficha será sellada en rojo y jamás podréis salir del país. Podéis creerme.

—¿Qué demonios les está diciendo? —interrumpió el entrevistador—. Su trabajo aquí consiste en traducir lo que yo digo y nada más ¿Está claro?

—Oh, sí, eso es lo que he hecho —dijo el intérprete. La joven pareja se marchó.

> Sentí una súbita furia hacia los norteamericanos. Si ellos no se hubiesen metido en nuestro país, nada de esto hubiera pasado.

—Eh, señor May —dijo mi entrevistador—, volvamos a lo nuestro. Tiene suerte de estar conmigo. Si hubiese estado con él, eso mismo podría haberle sucedido a usted. Ahora bien, piense en el año que prefiera, sólo uno o dos años mayor que su hermana, y yo lo cambiaré por usted. Si no lo hace, puede creerme, no pasará la próxima entrevista.

—¿Puedo pensarlo durante un par de horas? —pregunté.

La otra pareja había estado diciendo la verdad y a mí me pedían que mintiese sobre mi edad. Mientras hablaba del asunto con mi familia, sentí una súbita furia hacia los norteamericanos. Si ellos no se hubiesen metido en nuestro país, pensé, nada de esto hubiera pasado. Añadimos dos años a mi edad y regresé a la sala de las entrevistas.

—Muy bien —dijo el entrevistador cuando le dije mi nueva fecha de nacimiento—, ahora todo está correcto. Tendrá la próxima entrevista dentro de un par de días. Buena suerte.

Se lo agradecí de todo corazón.

—Por cierto —dijo él—, mi intérprete se marcha mañana. ¿Qué es lo que hace, aparte de esperar las entrevistas?

Yo no estaba haciendo nada.

—Su inglés es razonable, pero necesita un poco de práctica. ¿Le gustaría trabajar conmigo como intérprete?

Yo estaba encantado. La paga eran 10 *baht* por día, suficiente para comprar un par de paquetes de cigarrillos. De modo que comencé a trabajar para Mike, un hombre bueno y considerado. Siempre había una botella de Coca-Cola a mi lado y, a veces, también había fruta.

Al segundo día de empezar mi nuevo trabajo, se presentó una extraña pareja con acento del norte y que afirmaba haber vivido en Phnom Penh. Mike hizo salir a la mujer y luego le preguntó al hombre algunos detalles de la casa en la que habían vivido. Cuando llegó el turno de la mujer, la conversación se desarrolló de la siguiente manera.

Mike: ¿Cuántas habitaciones tenía la casa?

Yo: ¿Hay cinco habitaciones en la casa?

Esposa: Hay cinco habitaciones en mi casa.

Yo: Ella dice que en la casa hay cinco habitaciones.

Mike ¿Qué clase de árboles hay en el jardín?

Yo: ¿Hay un árbol de yak en el jardín?

Esposa: Un árbol de yak.

Y así continuó el interrogatorio, con la esposa fingiendo pensar y yo alzando mi voz al final de cada frase para que pareciera una pregunta. Pero éste fue el único caso deshonesto que tuvimos.

La peor entrevista fue con el grupo del Servicio de Inmigración y Naturalización: si cometías un error, podían romper tu

ficha tranquilamente delante de tus ojos y enviarte de regreso al campo de Khao-i-Dang. El entrevistador llegaba desde la embajada en un coche con chófer. Parecía extremadamente grande y nosotros sentíamos que nos despreciaba.

Una vez que estampó el sello de Aceptado en nuestros papeles, me miró duramente.

—Señor May —dijo—, usted trabajó para el *Washington Post*. ¿Sabía usted que el *Washington Post* estaba trabajando para los Khmer rojos?

Pensé que me estaba acusando de haber sido un agente enemigo, y mi rostro debió de demostrarlo porque, cuando me marché de la habitación, pude ver que se estaba riendo de mí.

Teníamos que permanecer despiertos toda la noche porque nos habían dicho que, si perdíamos nuestros nombres en la lista, tendríamos que quedarnos aquí.

El último gran obstáculo era el examen médico Bopha estaba embarazada de ocho meses. Otras mujeres embarazadas habían tenido que esperar hasta después de haber dado a luz para salir del país. Sabíamos que si el niño nacía en EE.UU. sería ciudadano americano. Pero necesitábamos análisis de sangre y rayos X y vacunas para inmunizarnos. Mis hermanas pusieron sus cabezas juntas y decidieron que Orphea era tan parecida a Bopha que podría ocupar su lugar. Tuvo que sufrir ocho análisis de sangre y dos inyecciones antes de que nos trasladaran.

Ahora, ante nuestra alegría, nuestros nombres fueron incluidos en una lista de personas que serían trasladadas al campo de Lumpini Pudimos ver un poco de Bagkok durante el viaje, la primera vez que veíamos una capital en cinco años. Y en un autocar con aire acondicionado. Vimos las enormes calles con puentes para peatones. Me pregunté si alguna vez la gente se caía de ellos sobre la carretera. Había supermercados, algo que yo no había visto nunca antes de mi vida. El tráfico y las bocinas me recordaban a Phnom Penh, sólo que esto era mucho más grande Por un momento pensé: tal vez Phnom Penh sea así. Me hubiese gustado hacer el viaje por la noche, hubiese sido más hermoso

En las puertas de Lumini vi un viejo rótulo que decía que era la prisión municipal. El corazón se me cayó a los pies o, como decimos en Camboya, se me salió el hígado hacia afuera. Pero el interior del campo me tranquilizó: había muchos vietnamitas camboyanos, laosianos y miembros de la tribu Mong. Todas las familias parecían tener un estéreo de alguna clase y el ruido de la música pop era terrible Los tailandeses habían permitido el comercio en el interior del campo y la gente estaba cambiando oro por *baht*. Había una cafetería que vendía alcohol y la gente brindada por su inminente partida con coñac.

Teníamos que permanecer despiertos toda la noche porque nos habían dicho que, si perdíamos nuestros nombres en la lista, tendríamos que quedarnos aquí. No había ningún lugar donde dormir; de hecho, era difícil encontrar incluso un lugar donde dejar la maleta. La gente se gritaba sus nuevas direcciones para ponerse en contacto cuando llegaran a su destino. Cuando la gente era llamada, sus amigos se apresuraban a ocupar sus lugares para dormir Se producían peleas. Un laosiano que había entrado en el lavabo de los vietnamitas fue duramente golpeado Todo el mundo le gritaba a sus hijos que no se separaran o podrían demorar la partida durante meses. Los que no sabían una palabra de tailandés, trataban de aprender los números de sus tarjetas de registro.

Nos quedamos despiertos. Than y Khun ya sabían leer y escribir todos nuestros nombres Se encargaban de examinar periódicamente la pizarra de anuncios. Mis hermanas permanecían siempre juntas, confortando a Bopha, que tenía aspecto de haberse tragado una bomba de tiempo En cualquier momento podía dar a luz. Y si lo hacía aquí... yo no quería pensar en ello.

Esperamos toda esa noche, todo el día siguiente. A medianoche Than llegó corriendo a través de la multitud con un trozo de papel Había copiado mi nombre y mi número de la lista para estar seguro. Reunimos todas nuestras pertenencias. Nos llamaron a la puerta del campo por el sistema de altavoces. Bopha hizo un esfuerzo por sonreír y ponerse de pie. Caminaba muy lentamente.

Todas las personas de Indochina tuvimos que cantar en coro. Todos entonamos canciones diferentes y parecía un coro de sapos.

Los dos guardias de la puerta estaban borrachos como cubas Se balanceaban de un lado a otro mientras nos hacían señas de que ocupáramos nuestros lugares en el camino. Pero cuando nos sentamos, se echaron a reír y nos dijeron que nos trasladáramos al otro lado del camino. Y cuando hacía ya algunos minutos que estábamos allí, y Bopha empezaba a relajarse, nos enviaron al otro lado. Los guardias se lo estaban pasando de maravilla. Se acercaban a nosotros con paso vacilante y nos decían que cantáramos, no una canción lenta, nada romántico, sino una melodía que tuviese ritmo Querían que cada nación les obsequiara con una canción.

Uno de los camboyanos se puso de pie muy nervioso Obviamente odiaba lo que estaba haciendo, pero, igual que el resto de nosotros, él sabía que estos guardias podían simular que nosotros no estábamos en la lista. Eligió una canción que a nadie le gustaba. Era la canción de Sihanuk «En la noche» Normalmente, es una canción romántica, pero el cantante hizo que durara apenas unos segundos. Farfulló las palabras, eliminó algunos versos y se volvió a sentar Pero el guardia que estaba más borracho de los dos se estaba divirtiendo Bailaba al son de la música y nos decía que batiéramos palmas. Encendía cigarrillos todo el tiempo, daba unas cuantas caladas y los apagaba en el suelo con ostentación.

Cuando cantó el laosiano sonó como si estuviera hablando Yo no sabía lo que significaba la canción, pero era muy melodiosa y sus compañeros aplaudieron calurosamente. El guardia estaba decepcionado. Quería que la gente cantara algo que él

DERECHA. *Los Khmer rojos siguen teniendo sus bases a lo largo de la frontera entre Tailandia y Kampuchea Si los vietnamitas se retiran como prometieron, los Khmer rojos pueden volver a establecerse en territorio camboyano.*

ARRIBA: *Un tétrico testimonio de los cuadros macabros. Los huesos de las masas asesinadas siguen cubriendo los campos de la muerte de Camboya.*

pudiera bailar. Un vietnamita se puso de pie y cantó con alegría. La canción pareció durar cinco minutos. Tenía ritmo y fue coreada por los otros vietnamitas. El cantante fue recompensado con un cigarrillo. Luego, como número final, los guardias pidieron a todos los pueblos de Indochina que cantaran formando un coro. Todos entonamos canciones diferentes y parecíamos un coro de sapos.

El guardia borracho se desplomó. Cuando llegaron los autobuses, su compañero nos estrechó la mano a cada uno. Me dijo que le gustaría acompañarnos. Pero incluso cuando ya estábamos en el avión, dudábamos de que pudiéramos salir de Tailandia La gente decía. «Pueden hacernos volver incluso ahora.» Miraban nerviosamente las puertas. Leí las instrucciones para atarse el cinturón de seguridad y las traduje a mi familia.

—No lo ajustes demasiado —le dijo Sisopha a Bopha.

—Ahora me está dando patadas —dijo Bopha

EPILOGO

De las 14 personas que abandonaron Phnom Penh durante la evacuación, sólo sobrevieron cuatro. Pero mi familia, en el momento en que escribo estas páginas, tiene nueve miembros. Orphea está estudiando informática en la universidad de Maryland Su ambición es trabajar en procesamiento de datos en un banco Sisopha y Bopha trabajan como camareras en un Holiday Inn cerca de Washington DC. Sisopha está casada con Cisco, un joven de El Salvador, y tienen un niño llamado Sotra Khun está en la escuela superior de Alexandria. Quiere ser piloto. Than trabajó primero como cuidador en un vivero y ahora es ayudante de cocina en un restaurante de Washington. Thavy, la hija de Bopha y Than, acaba de comenzar la escuela.

Recuerdo los gritos que provenían de las duchas cuando descubrimos el agua caliente Era asombroso. Nos instalaron a dos en cada habitación. Había camas, sábanas y mantas. Había lámparas en mesillas de noche. Las paredes estaban empapeladas. Yo nunca había visto nada parecido.

> Cuando alzaba la vista hacia los rascacielos, pensaba en lo terribles que debían ser las escaleras.

Todos los refugiados teníamos un estilo muy parecido. En cada etapa de nuestro viaje nos habían dado ropa occidental, zapatillas en Bangkok, y tejanos y gafas de sol La gente llevaba unas enormes americanas deportivas que les llegaban hasta las rodillas. Nos pusimos todas las camisas que teníamos. No podíamos creer el frío que hacía. Todo el mundo tenía un peine y nuestros peinados recordaban la moda de los años sesenta. Los jóvenes se habían peinado con gomina y había despedidas por todas partes. Se habían abandonado los cigarros fabricados con hojas de plátano y ahora todos fumaban cigarrillos More. Era elegante exhibir el paquete en el bolsillo de la chaqueta. Admirábamos los coches deportivos y cada uno elegía el que se compraría cuando hiciera fortuna. Yo estaba asombrado por la forma en que las carreteras subían una encima de la otra. Cuando alzaba la vista hacia los rascacielos, pensaba en lo terribles que debían ser las escaleras. ¿Y dónde estaban las bicicletas?

Ahora nos encontrábamos entre hombres de negocios en el vuelo a Washington. *Sus* americanas les quedaban perfectas. Y sus zapatos también. Había mujeres rubias con abrigos de piel, bellamente maquilladas y con piernas *café-au-lait*. Al mirarlas por segunda vez, descubrí que llevaban una especie de medias largas y finas. Me pregunté cómo serían. Todos parecían estar leyendo revistas con regímenes para adelgazar y, cuando el avión comenzó a descender, volvieron a maquillarse.

Todos estábamos preocupados por la posibilidad de que Bopha diera a luz durante el vuelo Ella permaneció muy tranquila y callada, y ahora que estábamos aterrizando me pregunté cómo demonios haría yo para reconocer a nuestros patrocinadores. La azafata me dijo que mantuviera alzado el bolso de la Comisión Intergubernamental de Inmigración. Hice lo que me había dicho. Hice todo el recorrido llevando el bolso encima de mi cabeza. La gente me miraba extrañada Me pareció que transcurrían dos años antes de llegar a la barrera. Ante mi sorpresa, nuestros patrocinadores del Servicio Social Budista eran vietnamitas...